

Blanca Busquets

A saber dónde está el cielo

se



Lectulandia

Todos tenemos un pasado, incluso el presentador del programa de radio más escuchado del país. Pero por culpa de una terrible equivocación Sergi, que hasta hoy ha sido una estrella mediática, se verá perseguido por ese pasado que, ahora que lo ha conseguido todo, puede dejarlo sin nada, comenzando por el prestigio y acabando por el trabajo. Nunca sabremos qué hay detrás de aquella voz que nos acompaña todas las tardes.

Con una prosa cercana y bella, Blanca Busquets extrae a través de unos personajes inolvidables los diamantes en bruto que encierra la cotidianidad. Sus vidas y sus pensamientos nos demuestran que la realidad y la ficción están más cerca de lo que puede parecer.

Lectulandia

Blanca Busquets

A saber dónde está el cielo

ePub r1.0

Titivillus 22.02.2018

Título original: *Vés a saber on és el cel*

Blanca Busquets, 2009

Traducción: Cruz Rodríguez Juiz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A todos los compañeros de Catalunya Ràdio, los de antes y los de ahora, con algunos de los cuales he pasado buena parte de los mejores momentos de mi vida y con los que comparto la pasión por una de las profesiones más fascinantes que existen.

Por supuesto, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Todos los personajes, sin excepción, son de ficción.

He gritado al verlo: el muerto no era el muerto.

—Impresiona, ¿eh? ¡Está tan desfigurado...!

Lo ha dicho con un hilo de voz y ha vuelto a llorar. He dejado escapar un pequeño sí para tener tiempo de pensar. De pensar, y ahora, qué diantre hago.

No: el muerto no es mi muerto. Se llama Ramón, eso sí, pero debe de ser otro Ramón. De qué Ramón se trata, no lo sé. Bueno, sí que lo sé, del Ramón de la viuda, Cristina, que se abrazaba desconsolada a la urna de cristal. Le he echado otro vistazo pensando que tal vez la descomposición no me había dejado verlo bien, pero no puede ser, no, ya puedes quedar desfigurado en un accidente que el pelo no se te vuelve rubio y rizado como por arte de magia. Y, además, yo no veo que el muerto esté desfigurado, parece que duerma plácidamente. Pero a la viuda no debe de parecerse, claro. He estado a punto, pero muy a punto, de decir: lo siento, me he equivocado de muerto; y ojalá lo hubiese hecho porque ahora mismo no tendría el problema que tengo de si vuelvo o no vuelvo y me ahorraría muchas complicaciones. Pero habría sido un duro golpe para Cristina, ahora que ya me ha contado tantas cosas. Habría resultado inhumano decirle: perdona, es que tu Ramón no me interesa nada y olvídate de lo que hemos hablado durante esta media hora porque no era contigo con quien tenía que hablar, adiós, encantado de conocerte. Ay, no, no podía hacerlo, porque habría quedado muy mal y todo el mundo acaba enterándose de estas cosas. He vuelto a mirar al difunto, el otro difunto, el otro Ramón. Cristina continuaba llorando abrazada a la urna. Está claro que, quienquiera que sea el muerto, su viuda lo adora, pese a que se ha contenido mucho mientras hablaba conmigo.

De repente, he tenido una idea y le he soltado sin más:

—Tendría que ir un momento al lavabo.

No ha quedado bien, ya lo sé, pero es que tenía que huir de allí enseguida. Ella, sin deshacer el abrazo con el cristal, ha dicho que sí con la cabeza. Y me he ido fuera. Y de fuera, hasta aquí.

PRIMERA PARTE

1

Me han dicho que esta noche ha muerto Ramón. Regresaba a casa y al parecer había bebido demasiado. Se ha saltado un semáforo en rojo y ha investido un coche. Él iba en moto.

Me lo ha anunciado el jefe de programas cuando he entrado en su despacho. Como suele pasar en estas ocasiones, me han dado la información de manera telegráfica, a trocitos, como si fuesen los titulares de un boletín de noticias: «Ramón ha muerto» era el titular principal, y después seguían los detalles, la información complementaria. Se me ha escapado una exclamación. El jefe de programas ha concluido la información diciendo: Ya hay otro, no sé cómo se llama, lo encontrarás allí, en el despacho de los informáticos. Claro, he dicho.

Recuerdo que mientras iba hacia allí he tenido una sensación de frío, somos como hormigas, he pensado, se muere una y la sustituyen por otra y la vida continúa. Todo continúa igual, sí.

Al tanatorio se me ha ocurrido ir por la imposibilidad de hacer acto de presencia en el entierro de mañana, puesto que es a la hora en que hago el programa en directo.

Apoyado en la pared del lavabo, recapacito sobre todo esto, le doy vueltas, pienso dónde está el error porque no acabo de entenderlo, mi muerto se llama Ramón y este también, es evidente y, por lo que me ha parecido entender, también es informático. Es el colmo de las casualidades, tal vez haya dos Ramón informáticos, uno al lado del otro, en dos velatorios diferentes, sí, debe de ser eso, pero me extraña no haberme encontrado a ningún otro conocido por los alrededores, aunque, claro, me he pasado media hora hablando con la viuda Cristina, ay, Señor, y ahora qué hago. Y ahora qué haces, Sergi, qué haces. Tendría que marcharme, escaparme, aprovechar que he salido del velatorio para desaparecer. Porque cómo le digo que no trabajaba con su marido. Cómo le digo no donde antes le he dicho sí. De hecho, no tengo que decirle ni que no ni que sí a nada, pero si me he quedado media hora con ella es porque no he visto a nadie más, porque me ha dado pena, debe de tener mi edad, que es la de mi Ramón y también la de su Ramón, esa edad en la que se supone que ya hemos madurado, pero eso sí que no puedo jurarlo porque un muerto, cuando está muerto, se vuelve como de cera, y la cera no tiene edad. No sabes lo que es que te llamen y te despierten cuando estás recién dormida y te digan: Somos la policía, su marido está en el hospital y está muy mal. Alzaba la mirada para explicármelo y yo veía que no sabía qué hacer para describírmelo con exactitud y que comprendiese todo el horror, el del impacto de la llamada. Podrían hacerlo con más delicadeza, se me ha escapado a mí. Si lo intentan, decía ella, pero no lo consiguen, no sé, será porque son policías, no sé si tienen alguno especializado en dar esa clase de noticias. Seguramente sí, decía yo, y mentalmente me imaginaba una entrevista, tengo que contárselo a Rosa sin falta, saco la agenda y lo apunto, policía, sí, pero nos traerán a los mismos Mossos de siempre y no saldremos de los casos más célebres y de la política que hay detrás. Y yo quería

hablar de la vida y milagros de los Mossos, de cómo se organizan y de cómo les enseñan a dar malas noticias, quién las da y cómo las da y si es mejor darlas de golpe o poco a poco. ¿Y no te dijeron que había muerto?, pregunto por preguntar a Cristina. No, no lo hacen nunca, y tú, claro, te aferras a la esperanza, y yo qué sé, Sergi, y yo qué sé.

Ahora, mientras me apunto eso de los Mossos en la agenda, ha entrado un chico al lavabo llorando. Es joven y me enternece. Si fuese una chica le preguntaría qué le pasa y quizá me acercaría y la acariciaría o le diría una palabra amable. Con un chico no me atrevo, me da corte. Qué disparate, si se ve que se le ha muerto alguien como la madre y que todavía es demasiado joven para asimilarlo así, de buenas a primeras. Tendrá unos veintipocos años. Cuando yo tenía veinte años todavía no se me había muerto nadie y era... bueno, no sé cómo era, un tarambana, que es lo que se suele ser a esa edad. No pensaba, bueno, sí que pensaba pero solo en cosas que en aquel momento me parecían terriblemente importantes y que ahora me parecen simplemente tonterías. Tonterías, cuántas tonterías para llegar hasta aquí. Y te haces mayor y creces y se supone que maduras para llegar a un día en que te equivocas de muerto y no sabes salir del apuro.

He entrado en el tanatorio corriendo, sudado, con la cabeza todavía en el último invitado de la tarde, qué pesado, era catedrático y en la universidad no saben hablar para la gente de fuera, lo tengo comprobado, creen que todo gira en torno a su mundo caduco de aulas y despachos de paredes amarillas. Llegaba yo con eso aún en la cabeza y me he lanzado a la entrada del tanatorio a buscar dónde estaba el nombre de mi informático, Ramón, que se ha hartado de aguantar mis ataques de ira contenida a las cuatro menos diez de la tarde, a la hora de empezar el programa con todo en el aire y sin guiones y yo maldiciendo y Rosa maldiciendo y todo el mundo maldiciendo, y el pobre Ramón recibiendo a menudo una considerable retahíla de insultos.

—Perdón, la toalla...

—Ay, sí. Lo siento.

La toalla. Cuando yo era pequeño jugaba a ponerme la toalla de la ducha como si fuera una capa y me imaginaba que era un rey y dominaba todo un reino. Después de bañarme, me plantaba delante del espejo, era una cosita de nada, flacucho, pero con la toalla encima todo cambiaba y me creía capaz de comerme el mundo. A veces me quedaba así un buen rato, sobre todo si fuera oía peleas, porque me sentía a salvo de todo en mi papel de monarca del lavabo. Y, de cara al espejo, practicaba miradas que pudiesen impresionar a los otros.

El chavalín lloroso alarga la mano mojada y me echa de mi rincón, porque he ido a ponerme justo al lado de las toallas de papel y ahora le da miedo mojarme para coger una. Ojos húmedos, manos húmedas. Y toallas de papel, que no tienen nada que ver con las nobles capas de mi infancia.

Número seis del primer piso. Número dos... tres... cinco... Cuando he llegado al

seis creía que habría bastante gente pero no ha sido así: de hecho, solo estaba la viuda con dos personas que saltaba a la vista que esperaban a que llegase el siguiente turno de visitas para esfumarse. Le he dicho: soy Sergi, trabajaba con él, no sé si te había hablado de mí. Me he arrepentido en cuanto lo he dicho porque si Ramón le había hablado de mí, no podía ser en muy buenos términos. Pero, para mi sorpresa, la viuda ha roto a llorar; ah, sí, sí, cómo no iba a hablarme de ti, si eres el único que le hacía caso, el único que le escuchaba. Gracias, gracias.

Nos hemos sentado. Ya era muy tarde. Ella iba de negro pero con un escote considerable que me ha enseñado todo el rato. Un modo como cualquier otro de llevar el luto, he pensado con un poco de ironía, estas cosas me las tomo con condescendencia y agradecimiento, no pasa a menudo que aparezca en tu vida una viuda y, entre lágrimas, te enseñe el escote. Claro que yo no estaba para escotes, porque a mí se me removía la conciencia. Y solo me faltaba que me dijese que hablaba bien de mí para que se me removiese todavía más. He tenido a Ramón por un don nadie todo el año que ha pasado en la radio, le he utilizado y le he maltratado psicológicamente. Y resulta que después él llegaba a casa y decía que yo era el único que le hacía caso. Cuando Cristina me lo ha dicho, esa pequeña conciencia oscura que me remordía el alma se ha movido todavía más y se me ha clavado en algún sitio muy blando. Que me ha dolido, vamos, y por un instante he pensado en lo que me dice Rosa: Sergi, eres un déspota.

El chico del lavabo llora mientras se seca. No puedo más:

—¿Puedo ayudar?

Él alza los ojos y me mira:

—La muerte es lo único que no tiene solución. De todos modos, gracias.

Dicha la sentencia y, después de sonarse con una de las toallitas, se ha ido. Y yo me he quedado solo con mi gran interrogante en la cabeza.

Me llamo Cristina, ha dicho ella, y me ha invitado a sentarme. Y entonces me ha contado que Ramón siempre me mencionaba y que yo me portaba muy bien con él y que él y yo éramos amiguísimos. No sé qué habría hecho sin ti, decía, y le temblaba un poco la barbilla. ¿Sabes? Como él era de esa manera, al menos tú le calmabas y lo llevabas por el buen camino. Yo creía que tenía alucinaciones mientras la escuchaba. De qué buen camino estaría hablando, Dios mío, si el buen camino me lo tendría que haber enseñado él, una persona tan discreta y abnegada, y yo venga a decirle acelera, chaval, que tengo prisa; va, que empieza el programa; hostia, que no tienes ni idea, ¿seguro que has nacido para informático? Todas esas imprecaciones iban repitiéndose dentro de mi cabeza mientras Cristina hablaba de cómo le ayudaba yo y lo amigos que éramos.

Y resulta que he venido para tranquilizarme la conciencia, pienso mientras estiro de una toallita y me seco el sudor de la frente. Para nada más, qué relación tengo yo con él, no lo sé, ahora resulta que le ayudaba muchísimo o quizá lo fingía; al mirar a Cristina se me ha encendido la bombilla y me ha dado por pensar que tal vez Ramón

tenía complejo de inferioridad ante su mujer, claro, no me extraña, menudo pedazo de mujer, si hasta con la cara desfigurada por el llanto parece un icono griego, y qué pechos, joder, Sergi, déjalo, deja de pensar en eso ahora, menuda falta de respeto, pues Ramón debía de llegar a su casa y fingir que era el rey del mambo en el trabajo, seguro que era eso, hay gente que lo hace, que aparenta cosas así delante de la pareja o de la familia o de los amigos. Se veía venir. Esto último, se veía venir, lo ha dicho sin llorar, en un tono casi indiferente, mirando a no sé dónde, la pared sería, lo que estaba detrás de mí, y yo me he imaginado una tragedia psicológica terrible, pobrecillo, de día sufría y de noche ahogaba las penas de bar en bar. Bebía tanto, decía Cristina, que yo no sabía qué decirle a los niños. Ha levantado la cabeza y, a traición, me ha planteado una pregunta clave mirándome con ojos incisivos: Cómo llevaba en el trabajo eso de la bebida. Oh, bien, bien, he contestado pensando si me sonaba que Ramón apestara a alcohol en algún momento; a comida sí, porque cuando teníamos los problemas de última hora era justo después de almorzar y yo no sé adónde iría a comer, pero siempre pensaba que salía impregnado de olor hasta que un día le dije: Vaya, no tienes ni idea y encima apestas. Una bromita que hizo reír al equipo, y yo también me reí un poco, y me fijé en sus manos temblorosas sobre el teclado y vi que apretaba los labios y le di un toquecito: Vamos, que no hay para tanto, hombre, ya está, vete que esto tiene que acabarse ahora mismo. Qué haces, hombre, no te entretengas, deja que me siente, largo, vete.

Y cuando salía del trabajo se desahogaba, es lógico. Pero yo no se lo hacía con mala intención, era todo broma, he pensado mientras contestaba a Cristina: No se le notaba que bebía, no se le notaba nada. Trabajaba muy bien, era muy buen chaval y siempre lo teníamos de un lado para otro, por toda la casa, los informáticos, ya se sabe. Sí, me ha dicho ella con un intento de sonrisa.

Me voy, está decidido, me lavo las manos, me vuelvo a secar la frente. Entra el chaval de los lloros, que está otra vez en las mismas, y me aparto un poco porque veo que va directo a las toallas.

Un día que me acababa de duchar y me había puesto la capa-toalla entró mi hermano y me encontró en plena exhibición monárquica delante del espejo. Mi hermano nunca me hacía daño, pero aquel día se rio y me hirió.

—¿Un... familiar? —le pregunto al chico, que se seca la cara.

—Sí. Mi hermana.

—Vaya, lo siento.

—Leucemia. Y solo con diecinueve años.

—Vaya...

—No me dijo nada. No lo supimos hasta hace dos días, nos llamaron del hospital. Ya no había nada que hacer.

—Vaya...

He dicho vaya tres veces. Sergi, eres estúpido, Sergi, eres el realizador del programa de radio más escuchado de Cataluña, te consideran agudo, directo, irónico,

rápido, divertido, y ahora no encuentras las palabras, solo sabes decir lo siento y después, vaya.

—Bueno, adiós.

Se va y me quedo viendo visiones. El lavabo está oscuro y la luz que se refleja en la pared hace chiribitas que juegan a deslumbrarme las pupilas. Agacho la cabeza y recuerdo que hace solo un cuarto de hora Cristina me ha dado las gracias de manera muy especial, me ha dicho: ¿Sabes?, me parece que eres el único que va a venir hoy. Aquellos dos de antes eran primos. En el trabajo no le tenían mucho aprecio, ¿verdad? Se le han llenado los ojos de lágrimas al preguntarlo y a mí me ha parecido que se había dado cuenta de que Ramón le mentía y en realidad era un don nadie y le trataban exactamente como a un don nadie. Le tratábamos, vaya, todos le tratábamos así. No sabes lo que significa para mí que hayas venido, eras muy importante para Ramón y ahora lo eres para mí, tenlo por seguro. Mañana, al entierro, vendrá solo la familia, ya lo verás. No habrá un alma, dices que no puedes venir, ¿no? Me lo ha dicho como si le fuera la vida, en realidad me estaba diciendo: Ven, por favor. Pues no, no puedo, he contestado, me he imaginado diciéndole al jefe de programas que no podía hacer el programa porque tenía que ir al entierro de Ramón el informático, o sea, misión imposible, pero Cristina tendría que entenderlo. Ya sabes que es un trabajo complicado para dejarlo así de pronto. Por supuesto, me ha dicho ella. Me quedaré un rato más, eso sí, le he asegurado. Y entonces, ay, entonces me ha sonreído como si fuera capital que me quedara un poco más, como si fuera esencial, vaya, y me ha dicho: De verdad, es que, es que... Es que, ahí se ha quedado y se ha echado a llorar otra vez. Estoy muy sola, mucho. No tengo a nadie. Vaya, yo no sabía si tocarla o no, si consolarla o no. No sabía qué hacer, y he optado por pedirle verlo. Y cuando me lo ha enseñado, me he llevado el susto más grande de toda mi vida. Pero eso ha sido después de mi discurso.

No puedo irme. Si he tratado a Ramón como lo he tratado y ahora dejo sola a la viuda de otro Ramón, se me tragará el infierno. Y mañana mismo lo sabrán todos. Vete tú a saber de quién es viuda esta, pero ahora tengo tiempo y no cuesta mucho hacer el papel del amigo del marido, no es para tanto. Siéntate, mujer, siéntate, y primero se me ha abrazado y he tenido que acercar una silla. ¿Sabes?, Ramón era muy especial aunque no lo pareciera, ha dicho sin hipar, y por mí hizo mucho, muchísimo, hace muchos años. Yo no sabía qué decir, no estoy acostumbrado a consolar viudas, bueno, eso no es del todo cierto porque una vez consolé a una pero de otra manera. Se ha producido un silencio incomodísimo y al final he decidido sacarme unas cuantas frases hechas de la chistera, los que hablamos ante un micrófono sabemos mucho de esas cosas, tantos años en primera línea de fuego enseñan a aparentar lo que no se siente.

Qué fuerte lo de Ramón, ha dicho esta mañana Rosa entornando los ojos. Los del equipo nos hemos quedado todos blancos. Nadie decía nada, ni siquiera Mone, que no se calla nunca, estaba de cara al ordenador, aparentemente concentrada, sin decir

ni mu. La muerte se ha apoderado del espíritu del equipo. ¿Alguien sabe cuándo es el entierro?, he preguntado mirando a Rosa, porque normalmente Rosa lo sabe todo. Mañana por la tarde, a la hora del programa. Vaya, qué lástima, he dicho, contento por dentro, porque yo he preguntado cuándo se celebraba el entierro porque hay que preguntarlo y hay que ir, pero no me apetecía nada. Y qué vais a hacer. Pues qué quieres que hagamos, nada, hacer el programa. Jordi, el guionista, siempre tan práctico, se ha encogido un poco de hombros, yo no tenía mucha relación con él, no sé. Ya, es lo que nos pasa a todos, he empezado a oír, y una voz que decía: Tú eres el que más hablaba con él. Le echaba la bronca, querréis decir, he pensado. Y me he dado cuenta, al mirarlos, de que sí, de que eso era lo que querían decir, me estaban reprochando con la mirada que le echaba la bronca y no le dejaba vivir. Y entonces me he cruzado con los ojos de Rosa, que ha desviado la mirada, y ella no desvía nunca la mirada. Me he acercado a Rosa y, en voz baja, le he dicho: Tú crees que tendría que ir, ¿verdad? Sí, yo creo que tendrías que ir, me ha contestado.

Si Rosa lo cree, yo voy al acabar el programa. Y entonces me encuentro con lo que me encuentro. Cristina la viuda llorando y yo consolándola y hablándole de la vida y de la muerte.

Tengo que salir de aquí, tengo que descubrir si Ramón está en alguna de las salas adyacentes. Quizá me he equivocado. Abro la puerta del lavabo y asomo la cabeza fuera. Espero que nadie me reconozca, hace tiempo que no trabajo en televisión y la gente se olvida rápido de las caras, ahora incluso me alegro de que así sea. Ahí hay una sala llena de gente dentro y fuera. Distingo al chico lloroso de antes apoyado en la pared y, a su lado, un niño que también impregna de lágrimas un pañuelo blanco. Será el otro hermano. El mundo está lleno de hermanas y viudas. Por tanto, ahí no está mi Ramón perdido, porque se trata de una mujer. Me acerco a las otras salas, a las que están junto a la de Cristina, y no hay ningún Ramón. Como veo que ella sigue dentro, me acerco al cartel con el nombre del difunto. Ramón García Sensat. Claro, el mío también se llama Ramón García, pero no sé si lo de Sensat coincide, es pedir demasiado. Veo que solo hay un piso de velatorios, el de Cristina y el otro Ramón. Pues nada, tampoco me he equivocado de piso. No hay más muertos que los cuatro de esta planta.

De pronto, me acuerdo de que tengo teléfono y vuelvo a entrar en el lavabo. Antes de hacerlo, se me van los ojos hacia el chico lloroso, que veo que me está mirando. Debe de pensar que me paso la vida lavándome las manos o colocándome junto a las toallas para molestar a los que quieren coger una. Da igual, que piense lo que quiera. Llamo a Rosa.

—Rosa, soy Sergi.

—Dime.

—Oye, ¿dónde era lo de Ramón?

—¿Cómo? ¿Todavía no has ido?

—Sí, sí... Pero es que... me he equivocado.

—Joder, Sergi, eres un desastre. Pues igual llegas tarde... Es en el tanatorio de Sant Gervasi.

—Vaya... ya lo entiendo. Estoy en el de Les Corts.

—Pues espabila porque estarán a punto de cerrar... Al final, Jordi y Mone también han ido.

Rosa debe de pensar que me he dado cuenta de que me había equivocado cuando he visto que no figuraba el nombre de Ramón; Rosa no tiene ni idea de que mi equivocación es mucho más grave, de que he consolado a la viuda y ahora, si me voy, la dejaré colgada, no tiene a nadie. Qué clase de hombre será este Ramón, el de Cristina. Qué clase de hombre sería, vaya, si no tenía amigos ni nada... Debía de ser una persona extrañísima, confieso que me corroe la curiosidad. Mientras cierro el teléfono, me lo guardo en el bolsillo y me lavo las manos para que si vuelve a entrar el chico aquel no se crea que hago vida de lavabo, vuelvo a preguntarme qué hacer, calculo tiempos y distancias, también calculo la pereza de ir de un sitio a otro y también, por mucho que me pese, empiezo a dejarme tentar por la idea de descubrir un mundo nuevo, que es el del otro Ramón y el de la viuda Cristina. Por qué está tan sola. Por qué nadie le hace caso.

Me decido, vuelvo a coger el teléfono y marco el número de Jordi, el guionista.

—Jordi, soy Sergi.

—Sergi, ¿dónde estás?

—Me he equivocado de tanatorio y ya es muy tarde. Dile algo a la familia, por favor, diles que he tenido que atender una urgencia.

—Mira que eres despistado, Sergi... No te preocupes, ya me inventaré algo.

—Gracias, Jordi.

Cuando digo: Gracias, Jordi, me doy cuenta de que casi nunca le doy las gracias, por no decir nunca, no recuerdo la última vez que lo hice. Al menos una palabra amable, era una de las quejas que Mone y él, en tanto que guionistas, habían trasladado a Rosa porque sabían que Rosa me lo diría y, sí, me lo dijo, y yo me enfurecí porque no me lo habían dicho a mí directamente y porque me parecía que intrigaban a mis espaldas. Además, es su trabajo, a mí nadie me da las gracias por hacer el programa. Solo me caen broncas. Pues yo hago lo mismo con ellos, que por algo son mi equipo. Y para eso les pagan. Rosa había endurecido la mirada aunque no había dicho nada más, nada en absoluto. Había dado media vuelta y se había ido.

Rosa siempre hace eso, maldita sea. Y yo no sé cómo reaccionar. Se me queda el estómago encogido y me siento mala persona, y yo no soy mala persona, hombre, solo tengo mis debilidades, como todo el mundo.

Ahora me seco yo con las toallas de papel y, suspirando, salgo afuera. El velatorio del Ramón muerto y la Cristina viva me atrae como un imán, no sé por qué.

Y, al fin y al cabo, no puede costar tanto fingir que el Ramón rubio y yo éramos amigos.

—¿Puedo volver a verlo?

Cristina no responde. Me indica que sí con la cabeza, que puedo pasar, que yo mismo. Ella se sienta en la salita, en el sofá. Yo paso dentro, me acerco a la urna de cristal y miro al otro Ramón, ahora ya con conocimiento de causa, con la sensación de que ya sé qué pasa, ocurre simplemente que me he equivocado de tanatorio y he ido a parar a otro Ramón García muerto, que ya es casualidad en un mismo día pero tal vez no tanta, aunque lo que sí es casualidad es que fuera informático y muriera en un accidente la pasada noche.

Sabes, Ramón, le estoy perdiendo el miedo a los muertos, le digo con el pensamiento al cuerpo inerte. Y después, vuelvo con la viuda.

—¿Hacía mucho tiempo que trabajaba en la empresa? —pregunto para ver si consigo averiguar algo más—. No lo recuerdo con exactitud...

—Oh, sí. Años...

Cristina se arranca a hablar, a contarme de dónde sale el tal Ramón, que es lo que yo pretendía. Se seca las lágrimas con el pañuelo y comienza a relatar que el padre del difunto era un inmigrante andaluz en pleno boom de los años sesenta que conoció a la madre, que era de aquí, y yo he pensado que la historia me sonaba, solo eso, al menos en el primer momento. ¿Sabes? Los padres de Ramón se llamaban Laura y Ramón, el padre también se llamaba Ramón, hace el gesto de secarse una lágrima y continúa y me cuenta cómo Ramón senior conoció a Laura Sensat, una chica que no tenía nada y se ofrecía para limpiar pisos y se ofreció a Ramón padre, y a Ramón le gustó y se casaron. Y después tuvieron a Ramón hijo, que es el que ahora... el que ahora está muerto... Cristina vuelve a secarse las lágrimas e hipa un poco, yo la abrazo por los hombros. No hace falta que me lo cuentes si no quieres, no hace falta. Oh, sí, porque creo que todo eso tú no lo sabías, él nunca te había hablado de sus orígenes ¿verdad? Pues no, digo. Francamente, no. Cómo iba a hablarme de sus orígenes, pienso yo, si no le conocía de nada. Pero callo y escucho, es evidente que Cristina tiene ganas de desahogarse. Ahora está muerto y tú eres su único amigo y te lo quiero contar...

—Cuando yo tenía quince años —dice. Y calla y se muerde el labio inferior.

Yo también callo. Cuando yo tenía quince años, repite, y me doy cuenta de que tiembla un poco, pues me salvó de unos chicos que me martirizaban a diario. Que me insultaban todos los días. Y que un día... un día...

Cuando veo que se calla, digo: Caramba, que es lo primero que se me ocurre. Cristina vuelve en sí.

—Perdona. Me ha parecido que tenía que contártelo. No sé por qué, no lo sé.

Me dirige una mirada que no sé cómo interpretar y continúa. Cerca de casa había un bar con hombres que bebían por las tardes. Yo pasaba por allí todos los días. Era muy inocente, nadie me había hecho nada y estaba siempre en la luna, volvía de la

escuela y pasaba siempre por allí porque no podía pasar por otro sitio. Y un día, delante del bar, un grupo de chicos se metió conmigo. Y al día siguiente. Y al otro. Y comenzó a convertirse en una constante, comenzó a ocurrir a diario. Me decían que parecía una caña de pescar porque era muy delgada. El primer día empezó uno, y después otro y otro... y al final eran cinco o seis los que se metían conmigo. Tendrían unos dieciséis o diecisiete años. No me hacían nada, solo me gritaban y se exclamaban. Me llamaban flaca, fea, me decían que no tenía tetas ni culo. Me llamaban caña de pescar.

Caña de pescar. La miro y algo me hace caer en una especie de desconcierto total. Caña de pescar, no puede ser.

—Pero no eres una caña de pescar —balbuceo.

Me dedica una sonrisa entre amarga y maliciosa.

—Esas cosas pueden arreglarse, Sergi.

Deduzco que ha pasado por el quirófano. Me la imagino entrando como una caña de pescar y saliendo como una estrella de cine, con esas tetas, con esas formas. Estoy harto de la historia y me levanto, pero por lo visto ella no ha tenido bastante.

—No he terminado —dice en un tono que me tomo como una orden de que no me mueva, de que me esté quieto.

A regañadientes, vuelvo a sentarme. Por qué me he quedado. Sergi, tendrías que haberte marchado en lugar de hacer experimentos de Ramones informáticos y sus viudas. Cristina mira a un punto inconcreto de la pared, un punto muy arriba, para continuar hablando, y ahora la luz desvaída de la sala la ilumina de pleno y le da un aire de dama abandonada de otra época. Y un día, empieza a decir, y los labios forman sombras cuando se mueven y semejan la entrada oscura a una cueva inexplorada que parece querer abrirse pero no se acaba de abrir del todo.

Se le traba un poco la lengua al decir un día, se le traba un poco y comprendo que a la dama iluminada vuelven a caerle las lágrimas. Qué historia tan estúpida y, no obstante, me ha despertado una pizca de mal humor, como si me molestara que me la contara, estoy incómodo, querría marcharme y ahora sí que no puedo. Ahora no puedo hacerlo de ninguna manera. Por qué he tenido que quedarme, Dios, con lo que bien que estaría ahora en casa viendo la televisión, durmiéndome en el sofá delante de una tortilla y una CocaCola como siempre que estoy tan cansado como hoy y no me veo con fuerzas para cocinar otra cosa.

Por cierto, ahora me doy cuenta de que todavía no había caído en una cosa, y es en la figura de Sergi, del otro Sergi. Quién era o quién es el otro Sergi. Y si viene ahora mismo, qué pasará. Si viene, ella descubrirá que soy un impostor y querrá desaparecer y me maldecirá por haberme contado lo que me ha contado. El colmo de las casualidades es que el mejor amigo del Ramón rubio también se llame Sergi, como yo, que quizá no fuera el mejor amigo del Ramón moreno pero tenía mucho contacto con él. Aquí pasa algo, pero no sé exactamente el qué.

Pasaba muchísima vergüenza, continúa ella, me esperaban y formaban un pasillo

para que tuviera que pasar por en medio. No se lo hacían a nadie más, solo a mí, así se entretenían, y salían los hombres de la taberna y también se reían. Era un martirio, era terrible, era una humillación diaria, era escuchar que te digan que no eres nadie y nunca en la vida lo serás porque no tienes forma de nada. Todos los días al levantarme pensaba aterrada en la tarde y, cuando estaba a punto de llegar cerca del bar, me decía: Ánimo, Cristina, que una vez superado, te quedarán todavía veinticuatro horas para el siguiente encuentro.

Cristina levanta una ceja y me explica que eso de las humillaciones duró una temporada completa, toda entera, hasta que un día, continúa por fin y retoma la historia donde la había dejado mucho antes, pues un día, cercano el verano, me siguieron tres de los chicos gritándome caña de pescar todo el rato, a coro, ¿sabes?, convirtiéndolo en una especie de canción. La dama llora, las lágrimas le resbalan por las mejillas. En este instante está cara a cara con su muerto, con el Ramón rubio que la salvó de lo que todavía ignoro, uno frente al otro, una viva y otro muerto, como si la existencia no tuviese suficiente fuerza para continuar animándolos a los dos. Se me para la respiración. Y qué hicieron los chicos, pregunto, porque pierdo la paciencia, no sé muy bien por qué, pero se me está acabando la paciencia, quiero marcharme y ella no acaba.

—Me arrinconaron.

Siento que se me para el corazón. Ella me mira como si buscara algo dentro de mis pupilas, algo que no encuentra. Kodak, suelta mirándome fijamente. Y ese Kodak me hace dar un respingo. Siento un frío terrible, miedo, incluso, tal vez esta mujer no sea una mujer, tal vez sea el demonio disfrazado de persona o la mismísima Muerte, aquella de la cual nunca quiero reírme y que ahora ha decidido llevarme junto a los dos Ramones solo porque yo he decidido continuar con la farsa de ser quien no soy y no saber quién soy. Yo lo había hecho con buenas intenciones, solo para que Cristina no se quedara sola, de buen rollo, eh, querría decirle al espíritu maligno que se esconde detrás de esta mujer que dice Kodak bajo esta iluminación morbosa; me recuerda al tiempo que pasé trabajando en televisión, cuando el realizador del programa me dejó claro que quien mandaba de verdad en una emisión era el iluminador, que el iluminador podía arruinar para siempre la carrera de un buen comunicador. Pues debía de tener razón, porque es la luz, solo la luz, la que ha hecho que la Cristina buena se convirtiera en esta Cristina mala. Le preguntaría qué es Kodak, por qué lo dices, pero no me sale nada, por lo visto me he quedado sin voz o se la ha llevado el demonio o la muerte en persona. En aquella portería ponía Kodak, dice ahora, en un papel pegado en la pared, era la época de las Instamatic, te acuerdas, ¿verdad? Digo que sí, claro que me acuerdo de las Instamatic, todo el mundo quería una. El frío se me ha extendido por todo el cuerpo y la mujer demonio continúa, seguro que la violaron y ahora me lo contará. Sergi, aguanta, que va a ser fuerte, me doy cuenta de que estoy temblando, de que no me encuentro bien, no sé lo que me pasa. Me empujaron dentro y dos de ellos me agarraron por los brazos y me

los sujetaron por detrás. Me hacían daño, mucho daño, me provocaron un esguince muscular que después en casa no sabía explicar cómo me había hecho. Y como no lo cuidé, no se curó, mira, y Cristina levanta el brazo, lo levanta hasta cierto punto y me dice: Lo puedo levantar hasta aquí, más no.

—Vaya —digo, en un intento por fin exitoso de hablar.

Aunque eso no fue nada, claro. Los dos que me sujetaban los brazos le dijeron al otro que me violara. Cristina se detiene antes de decir: Empecé a gritar y nadie, absolutamente nadie de la escalera me hizo caso. Nadie, recalca. Entonces uno de los chicos me tapó la boca con la mano. Fue aterrador. Era una mano oscura, era un chico oscuro. Al segundo no lo recuerdo y del que me hizo daño de verdad recuerdo sus ojos claros.

No sé por qué, el cerebro acaba de hacérseme polvo.

—Pero no te violó, ¿no? —digo como para salvar la situación de su historia.

—¿Qué se entiende por violar?

—Mujer, qué pregunta... Hombre... pues... hacérselo con una mujer en contra de su voluntad... penetrarla, vaya. ¿No es eso, violar a una mujer?

—Sí, eso es lo que me dijeron después. Sí, eso es lo que me han dicho toda la vida.

Cristina suspira. Pues tendríamos que decir que aquel chaval de dieciséis años no me violó porque se quedó parado y no se atrevió, por mucho que los otros le insistieron. Aquel chaval de dieciséis años mientras yo lloraba con la boca tapada e intentaba dejarme ir, sintiéndome indefensa, sintiendo todo el cuerpo a merced de aquellos gamberros y con el cartel de Kodak delante de las narices, pues aquel chaval me arrancó la blusa y me sobó los dos pechos incipientes, que yo no tenía nada, tú dirás, si me llamaban caña de pescar, nada de nada, solo un poco de pezón, y me pellizcó los dos pezones a la vez más avergonzado que otra cosa mientras yo lloraba y los otros se reían y le incitaban, y él iba pellizcando con una sonrisa idiotizada, sin mirarme, mirándolos solo a ellos y mirando la pared de detrás de mí pero sin mirarme a mí para no darse cuenta, supongo, de que yo no era un objeto, sino una persona de carne y hueso con ojos que debían de reflejar todo el horror que sentía en aquel momento. Y entonces los otros dos le dijeron: Y ahora dale, va, bájate la bragueta, tíratela que después nos toca a nosotros, y el chaval, que primero no quería pero que debió de sentirse alentado, al principio se quedó un poco parado, pero enseguida empezó a tocarse la cremallera del pantalón y a mí me entró pánico, un pánico tan grande que se apoderó de toda mi persona, de mi pensamiento y de mi corazón. Kodak, Kodak, sálvame, Kodak, y Kodak allá delante sin moverse. Y entonces apareció Ramón. Vivía en aquella escalera.

Cristina deja una pausa y aprovecho para echarme atrás y recostar la espalda en el sofá. La Kodak de la que habla se acaba de disparar y me ha iluminado la mente con su flash. De repente, lo veo todo claro, todo lo que hasta ahora no lograba ver. Ya no puedo moverme, ya no tengo fuerzas para nada más y dudo que las tenga de ahora en

adelante. Ella ya no llora, habla como si tuviese una grabación en el cerebro y la pusiera en marcha de pronto, sin más, como si hubiese abierto un grifo del que manase agua con una constancia insultante. Kodak, lo recordaré siempre, dice. Durante mucho tiempo soñé con aquel cartel, no con la cara del chico que me hizo aquello, ni con la de los otros que no veía. Solo los oía reírse y veía el cartel de Kodak delante de mí.

Cuando llegó Ramón, yo estaba aterrada. Abrió la puerta y los otros me soltaron al instante. Ramón era un poco mayor que ellos, tenía dieciocho años, él y yo nos llevamos tres, nos llevábamos, vaya. Yo corrí a refugiarme detrás de aquel chico que acababa de evitar una violación en toda regla. Ramón se quedó plantado como un pasmarote y se volvió a mirarme, momento que los otros tres aprovecharon para huir. Él no había visto nada. Qué te han hecho, me preguntó. Nada, decía yo, nada, yo misma me abrazaba el cuerpo y cuando él intentó tocarme, grité, solo me abrazaba a mí misma y lloraba y miraba al suelo, el cartel de Kodak había desaparecido. Tranquila, me decía él, tranquila, no voy a hacerte nada. Me hizo sentarme en un escalón despacio. Qué ha pasado, dime, qué ha pasado. Nada, querían violarme y no lo han conseguido porque has entrado tú. Nada, no me han hecho nada.

—Ya empezaba a esconderlo. Ya me daba vergüenza decirlo.

Levanto la cabeza, la miro. Estoy temblando, espero que no se note, porque todavía tengo los ojos deslumbrados y ahora, además, un nudo en el cuello que quiere salir disparado. Cristina continúa hablando: Me daba vergüenza contar lo que me habían hecho y, si aquel chico no lo había visto, mejor, así no tendría que explicárselo a nadie, ¿comprendes? Ramón me preguntó si me había asustado. Le dije que sí con la cabeza. Me contó que vivía allí y me acompañó a su casa. Yo no quería entrar. Seguro que están tus padres. Seguramente. Y qué les diremos. Pues la verdad, qué quieres que les diga. Huy, no, no, decía yo, no. Yo me voy a casa, no quiero saber nada, huy, no. Pero mujer, tienes que sentarte un rato, ya verás. Probamos a ver quién había, llamó al interfono y respondió una voz a la que le preguntó: Están los papas, Lidia. Y Lidia contestó que no. Lidia es mi hermana, me dijo Ramón, y mis padres no están en casa. Lidia vive encerrada en su habitación y no se entera de nada, va, vamos, sube, así te sentarás un rato y te preparo un café. No tomo café. Pues chocolate, en casa siempre tenemos chocolate. Por cierto, cómo te llamas. Cristina. Pues yo me llamo Ramón.

Ya era así, ya llevaba los rizos que ha llevado toda la vida, aunque últimamente había perdido unos cuantos, estaba quedándose calvo, ¿sabes? Me sonrío y yo no le devuelvo la sonrisa porque no puedo. Por qué, por qué he llegado tan lejos en esta farsa de Ramones. Por entonces tenía la mirada dulce, continúa ella. Eso después cambió, pero en aquel momento tranquilizaba, me sentí como si fuese mi padre, consiguió que subiera con él al piso y mira que yo quería irme a casa, no quería otra cosa, pero él me dijo que primero tenía que calmarme y sentarme unos minutos.

—¿Lo incineraréis? —pregunto de pronto. Es de mala educación cortar en seco

un monólogo así, pero necesito cortarlo, cambiar de tema, superar la situación, salir de esta ceguera que por momentos me acerca al horror de la evidencia sin que pueda impedirlo.

—Sí.

Silencio. Ha callado. Bendito silencio.

Ahora Cristina se pasea arriba y abajo, abajo y arriba, y no me atrevo a mover un dedo. Se ha dirigido hacia el cuerpo yacente de su Ramón y la oigo resoplar un poco. No sé si acercarme o quedarme. Lo que sí sé es que tal vez sea una buena oportunidad de marcharme, de escaparme. Pero tengo un problema y es que quizá Cristina no me conozca, pero la inmensa mayoría de la población catalana sí y ella un día caerá en la cuenta y sabrá quién soy y puede proclamar a los cuatro vientos lo que ha pasado y yo puedo salir escaldado, muy escaldado. De modo que no sé si quedarme o marcharme, no sé si intentar una huida drástica de todo esto o quedarme, le doy vueltas, tantas que a medio pensar ella vuelve y ya no tengo otra alternativa que la de quedarme.

—No vi a Lidia. Más tarde, sí... se convirtió en mi cuñada. Pero aquel día Ramón me hizo pasar a la cocina y me preparó un vaso de leche con chocolate. Recuerdo el sabor del chocolate, que me subió por la nariz hasta el cerebro. Y recuerdo el calor bajándome por el esófago. Nunca olvidaré aquel chocolate. Y desde entonces, para siempre jamás, he asociado el chocolate a una sensación de bienestar.

Me he acordado de Dani y Luis, siempre con chocolate en el bolsillo, pero del otro. Nos parábamos en cualquier rincón y fumábamos, siempre, y si no, bebíamos. O las dos cosas a la vez, lo importante era sentirse bien, sentir que hacíamos algo en esta Tierra y, al final, si no tomábamos chocolate no nos sentíamos bien en absoluto. Suerte que apareció Rosa y nos sacó de allí. Suerte que descubrí la radio. Suerte. Suerte hasta que ha llegado este destello de luz con Cristina que me ofrece regresar al pasado, también con chocolate. Vuelve a su posición de antes, vuelve a apoyarse en la pared, a dejar que la luz tenue que baja del techo juegue a pintarle arrugas que no tiene en la cara. Le diría: Cristina, no quiero volver al pasado, para mí el pasado es oscuridad, no hace falta volver ni hablar de él, dejémoslo, dejémoslo.

Pero ella ha encontrado el filón que la llevará a desahogarse de lo que salta a la vista que es un peso para su alma que la martiriza. Vuelve a abrir la boca, a permitir que la invadan las tinieblas. No puedo respirar, me cuenta lo que decía Ramón sin que yo pueda hacer nada por impedirlo. Te acompaño a casa, se lo explicaremos a tus padres. Oh, no, no, contestó ella. Cristina estaba horrorizada, dice que de pronto le entró miedo de que todo el mundo se enterara de lo ocurrido. Y yo no quería que lo supiera nadie, dice, y me mira un momento como de casualidad y después desvía la mirada, a Ramón tampoco le dije la verdad, solo que habían intentado violarme pero que no lo habían conseguido. Él me había preguntado de dónde habían salido aquellos chicos. ¿Los conoces? Y Cristina le había dicho que estaban todas las tardes en el bar por delante del que ella pasaba. Pues se lo contaremos a la policía. No, que

no. Que sí, no pueden quedar impunes, pero de qué tienes miedo, Cristina lloraba suplicando que no hiciera nada, que no moviese un dedo. No sufras, no volverán a intentarlo, tienen miedo y, si los denunciarnos, los detendrán y los juzgarán. No, por favor, no, gimoteaba Cristina, y Ramón no entendía por qué se lo tomaba de aquel modo, ella temblaba como una hoja y no lo comprendía. Costó mucho que exteriorizara lo que pensaba, que le contara por qué tenía aquella manera de tomarse las cosas. Costó que Ramón se impacientara y le dijera: Chica, no te entiendo. Entonces ella confesó la verdad.

—Le dije que no quería que nadie supiera la verdad de lo ocurrido. Que me daba vergüenza.

Con todo, acabó por convencerme, continúa Cristina mientras yo ya no sé ni dónde ponerme. Eso de la vergüenza parecía una tontería, yo misma terminé por darme cuenta. Y fuimos los dos a comisaría. Yo ya me había secado las lágrimas. Recuerdo la pintura desconchándose de las paredes. Recuerdo un policía de los de antes. Recuerdo a Ramón diciendo: La han agredido. Violación, dijo el PN, bolígrafo en mano. No, intento de violación. En qué sentido. Los ojos, los ojos de aquel hombre vestido de gris me taladraban. En el sentido de que han querido violarla y al entrar yo se han asustado y se han ido. Ya. El policía tenía papel y bolígrafo delante pero aun así no se decidía a escribir, a rellenar nada. Ramón me miró un momento. Lo han intentado, me dijo. Yo le dije que sí con la cabeza. El poli suspiró, cómo sabe que lo han intentado, eso es muy relativo, decía, y miraba a Ramón de un modo que significaba. Mire, que igual se lo ha inventado, que quizá era ella la que estaba jugando y luego se ha arrepentido, ¿está seguro? Todas esas preguntas se las hacía con los ojos y Ramón me creía, yo lo veía, pero no sabía qué decir ante tantas imprecaciones, no sabía cómo actuar ni qué contestar. Y al final, sabes qué, Sergi, pues que me salió de dentro una voz que no era la mía, que casi gritaba, me han pellizcado las tetas, y que resonó por toda la comisaría y el silencio se adueñó de pronto del local. Y yo quería desaparecer, desaparecer, desaparecer. Quería desaparecer, Sergi.

No sé adónde mirar. Sudo, comienzan a caerme gotas en los pantalones, aquí se han olvidado de poner el aire acondicionado, o quizá yo no lo he notado hasta ahora, no lo sé, el caso es que me parece que hace un calor terrible, estoy que no me aguanto, y siento como si me marease, por qué me está contando todo esto Cristina, por qué ha tenido que contármelo con más de cuarenta años que debe de tener, y que son también los que yo tengo, me sale con una aventura de la infancia, de la adolescencia, vaya, y a mí qué me importa, le diría para que callase, pero la verdad es que sí que me importa, me importa muchísimo y no sé muy bien por qué, o quizá sí que lo sé pero no quiero reconocerlo. Un alma joven es un alma débil y yo también lo era en cierto modo, cada vez veo con más claridad a Luis y Dani en mi cabeza y todo aquel mundo de frivolidades y marihuana, que Luis traía de no sé dónde y nos fumábamos sentados en la calle, en algún rincón alejado de los ojos de nuestras

familias y de la urbana que siempre paseaba por allí a la misma hora. Y las cervezas que nos bebíamos, una detrás de otra. Pero qué estás haciendo, me dijo Rosa ya el primer día, tendrás que elegir, o la radio o la cerveza, no puedes hacer radio estando borracho, haz el favor de comportarte.

Intente calmarse, señorita, y no se tome las cosas así, que no hay para tanto. Es lo que me soltó al final el policía mientras apartaba con una mano el papel que se suponía que tenía que rellenar y colocándolo muy bien colocadito sobre el resto de formularios para tener otro en blanco y para que no se le arrugase. Ramón y yo nos miramos. Pero es una agresión, dijo él. No digo ni que no ni que sí, contestó el policía un tanto impaciente porque tenía cola y sería hora de irse a casa, pero no podemos investigar a alguien que ha pellizcado los pechos de una joven, no tenemos efectivos para eso. Unos instantes de estupor por nuestra parte y después el poli dijo: Y ahora, si me permiten, hay otras personas que vienen a poner una denuncia.

Respiro hondo porque me estoy mareando de verdad. Dice Cristina que cuando salió de la comisaría le pareció que se había impregnado para siempre de la luz oscura que iluminaba aquella estancia y eso hace que ahora, después de tantos años, también yo me impregne de ella.

—Ramón me acompañó a casa sin decir nada. Solo, cuando nos despedíamos, me dijo, lo siento, chica. Y yo le di las gracias. No tenía fuerzas para nada más.

En casa no contó nada. Tampoco volvió a pasar nunca más por aquel bar, se inventó otro camino largo, larguísimo, pero a salvo de peligros. Yo volví a hacer vida normal, dice, y poco a poco conseguí enterrar aquel episodio de mi vida. Lo único que había ocurrido era Ramón... y a él no volvería a encontrármelo hasta al cabo de unos años.

Cristina sale del foco de luz y se dirige hacia el féretro. Y, desde allí, lo suelta:

—Enterrar a un muerto no significa que lo borremos del corazón. ¿No estás de acuerdo?

La pregunta se me ha lanzado de lejos y me ha impactado. Ha venido volando y me ha caído encima como una losa pesada. El tono de Cristina no ha sido ni lastimoso, ni lloroso, ni triste. No, era otra clase de tono. La cabeza me da vueltas y empiezo a notar que me sube por el cuello todo lo que tengo en el estómago, o sea, solo un cruasán que he arañado de la pastelería de al lado de la radio. Intento recuperarme, saco fuerzas de donde no hay para decir simplemente que sí.

Cristina aparece en la sala. Sonríe con condescendencia y cierra los ojos un momento antes de hablar.

—El susto se me pasó. Pero la humillación, no. La de no querer contarle a nadie lo que me había pasado y guardármelo para mí porque me daba vergüenza y porque creía que era tan fea y flacucha que nunca atraería a un hombre. La de creer que Ramón se había casado conmigo por pena. Hablo de una juventud arruinada por haber silenciado que un día, unos chicos me sujetaron de pies y manos mientras otro me sobaba y yo no podía defenderme. Hablo de no haber descubierto que no era una

caña de pescar, de obsesionarme después con una operación que quería como fuera, a cualquier precio. Hablo de no haber salido a la calle con sujetadores normales hasta que no conseguí una nueva silueta. De no haber tenido amantes hasta que salí del quirófano porque no quería que descubrieran que llevaba sujetadores tres tallas más grandes, llenos de algodón y prótesis. Hablo de haber convertido a Ramón en lo que se convirtió por culpa de todo eso. Por culpa de unos pellizcos en los pezones de hace treinta años.

No puedo más. Me levanto y murmuro algo así como que me estoy mareando. Los siento, siento los pellizcos en mis pezones, tan reales e intensos que me hacen daño y ese dolor se mezcla con el cruasán y algo más que se esfuerza por salir de mi cuerpo. Corro al lavabo, allí donde antes he pasado tanto rato. De cabeza al retrete, lo vomito todo.

Después me quedo tranquilo. Salgo y me lavo la cara, que a continuación me seco con las polémicas toallitas. Me miro al espejo y no me reconozco, tengo una cara espantosa. La misma cara que, debajo de aquel cartel de Kodak, debió de ver Cristina el día del intento de violación. La misma pero casi treinta años mayor. Porque el que le pellizcó las tetas era yo.

3

Mi padre y mi madre siempre se estaban gritando. Toni y yo nos pasábamos el día en la calle, intentando encontrar la tranquilidad que no teníamos en casa. Él tiraba de mí, era el mayor y tenía una especie de sentimiento paternal, un instinto de protección que buscaba protegerme de las heridas que seguro que le habían marcado el cuerpo cuando era como yo. Me decía: Vamos a dar una vuelta, y salíamos y vagábamos por las calles o nos llevábamos una pelota e íbamos al descampado y jugábamos a fútbol, él me enseñaba a jugar de portero, a reaccionar deprisa, a tener reflejos para parar el balón tanto si venía por la derecha como si venía por la izquierda, tanto si venía por arriba como si venía por abajo. Muy bien, ahora sí, no, ahora has sido demasiado lento, muy bien, sí, él me entretenía y yo, años más tarde, pensé que, mientras nos entrenábamos, nuestros padres estarían tirándose los platos a la cabeza. Nunca hemos hablado del tema, Toni y yo, pero un día comprendí que me había enseñado a parar la pelota solo por eso.

Rosa me recogió cuando yo tenía diecinueve años porque se lo dijo el cura, que ya nos tenía fichados. Ella entonces tenía veinticinco años, acababa de salir de la facultad de periodismo y era de aquellas que te fulminan con la mirada, que te analizan de la cabeza a los pies. Hola, soy la productora del programa, cómo se llamaba el programa, no me acuerdo, da igual. Soy la productora y querría haceros una entrevista. Yo estaba con Dani y Luis en una esquina de la iglesia, fumando y bebiendo, como siempre, y nos quedamos de piedra porque aquello se salía de nuestra rutina habitual, no estábamos acostumbrados, no sabíamos cómo reaccionar. Y eso qué significa, preguntó Luis, qué es una productora, no sé, qué radio es esa. Rosa suspiró y nos señaló con el dedo una unidad móvil que había al otro lado de la plaza. Aquella es la radio, Raig FM, es nueva y es en catalán, ¿vosotros habláis catalán? Un poco, contestamos los tres. Bien, no pasa nada, podéis contestar en castellano, nuestro programa habla de la inmigración, lo paga el gobierno, y como este es un barrio con mucha gente inmigrante pues hemos venido a quedarnos unos meses. Qué decís.

Yo no sabía qué decir. Miraba a mis dos compañeros, primero a uno y luego al otro, el líder siempre había sido Luis, él era quien decidía lo que se hacía o se dejaba de hacer, él también era quien decidía qué bebíamos y qué fumábamos y había sido él, dos años antes, quien había dicho: Sigámosla, sigamos a la caña de pescar. Qué risa aquella chica tan fea, alta y esmirriada, y a nosotros nos hacía pasar un buen rato, era nuestra distracción de todos los días, siempre pasaba a la misma hora y siempre la esperábamos todos. Ya viene la caña, ya viene. Alguna vez me la había encontrado por la calle yo solo, pero entonces no le decía nada, al contrario, pasaba por su lado todo lo rápido que podía para que no me viese, no me reconociese, cuando estaba solo me parecía que perdía toda la fuerza que tenía en grupo y me daba miedo hasta una caña de pescar como aquella. Vamos, vamos, sí, sí. La seguimos entre risas y codazos y yo haciendo eses, me había tomado una cerveza y todavía no estaba

acostumbrado a beber, recuerdo que la chica cada vez caminaba más deprisa, me parecía un saltimbanqui de los que actúan en los circos, que despiertan una sensación a medio camino entre la admiración y la lástima. Dónde vas con ese culo tan estrecho, gritaba Dani, y la gente se giraba pero nadie decía nada, solo algunos hombres se reían.

Me he quedado helado. Joder, joder, no se me ha encendido la lucecita hasta que Cristina ha dicho que le habían pellizcado los pezones. Y ahora, después de la impresión, después de tanto temblar, después de vomitar, tengo la mente en blanco como si, además de lavarme la cara, hubiese hecho limpieza de pensamientos y sentimientos. No recordaba nada de todo eso, nada de nada, serán cosas de la memoria, que esconde en un rincón lo que nos avergüenza haber hecho, que lo entierra a piedra y lodo, en aquel momento no me parecía muy grave haberle pellizcado las tetas a una chica flaca, no me parecía nada del otro mundo, ni un ultraje ni mucho menos nada de lo que ella contaba y que decía que le había arruinado la vida. Pero sí me parecía que había actuado como un pelele, que había obedecido a ciegas a Luis y eso era lo más preocupante, que había estado a punto de violarla solo por seguir las indicaciones del que yo entonces consideraba mi jefe y que, al cabo de unos años, terminó en prisión, como Dani. Yo fui el único que no acabó en la cárcel. Y todo gracias a Rosa y la radio.

Fue el de los ojos claros. Me miro al espejo y me doy cuenta de que sí, tengo los ojos claros. Nadie me lo había dicho así, solo una chica me dijo un día que me cambiaban de color. Son los ojos de mi madre, los ojos de una madre que después de recibir golpes toda la vida, primero por parte de su padre y luego por parte de su marido, había decidido levantarse en armas y rebelarse sin más contra aquella sumisión. Y cuando él la gritaba, ella le gritaba. Cuando él la pegaba, ella le pegaba. Mi padre había tenido un accidente laboral, se había lastimado un brazo y mi madre aprovechó el momento para utilizar su fuerza física e igualarlo.

En mi casa estábamos en guerra.

—Perdona que te moleste...

Instintivamente, he dado un brinco. Es el chico que lloraba por la hermana muerta. Ahora se ha secado los ojos.

—Como te he visto entrar deprisa... ¿Puedo ayudarte? ¿Estás bien?

—Me he mareado —digo por toda explicación.

Él me mira a la cara y debe de darse cuenta de que lo he vomitado todo. Se hace un silencio incómodo.

—Y tus padres... ¿cómo están? —pregunto solo por preguntar.

—Mi madre, pues ya puedes suponer... Es doloroso...

—Sí, por supuesto...

Y estoy a punto de decir: No solo la muerte es dolorosa. Y si no llega a ser por Ramón... Levanto la cabeza y veo al chico del lavabo mirándome intrigado. Continúo mareado, pero ahora no es el estómago el que se queja, sino la cabeza. Y

también el corazón. De todos modos no puede ser tan grave, no puede ser, no la violé. Ahora me dirijo a mi compañero del lavabo. Necesito saber si soy yo el que ve las cosas, los hechos, las historias, desde un punto de vista erróneo:

—Perdona, ¿puedo hacerte una pregunta?

Dice que sí con la cabeza.

—Tú crees... ¿Tú crees que pellizcarle los pechos a una mujer es violarla?

El chico abre los ojos llenos de curiosidad y comprendo que cree que no estoy bien de la cabeza. La verdad es que la pregunta invita a pensar que el que la hace tiene algún problema raro. Como ve que no es broma, que espero, que necesito su respuesta, se lo piensa un momento y luego dice, despacio y con sumo cuidado:

—Yo diría que pellizcar... es... sí que es violar la intimidad de la mujer, si es que la mujer no quería que le pellizcaran los pechos. Pero no sé si es violarla en sentido estricto, porque en sentido estricto es otra cosa, ¿no?

He estado a punto de decirle: Mira, la pregunta la hacía yo, pero no lo he hecho porque me ha parecido que le he entendido. El chico también piensa, como yo, que no es para tanto. Tengo la impresión de que la razón me ilumina de golpe: Cristina es una exagerada. Seguro que es una exagerada.

Me froto las manos, ásperas, como me las frotaba al principio de hablar por la radio.

Rosa nos sentó en torno a una mesa y nosotros le seguimos el juego como si escapáramos de algo, parecíamos conejillos asustados. Sentaos aquí, venga, entre maternal y decidida, nos animó a sentarnos y nosotros tomamos asiento entre risitas nerviosas y alguna palabrota en voz baja, abríamos la boca solo para decir palabrotas, parecía que no supiéramos hablar de otro modo, y Rosa se impacientaba, la presentadora del programa nos había saludado, altiva, con un gesto de la cabeza, sin darnos ni la mano, debíamos de parecerle unos inútiles, que de hecho es lo que éramos. Va, vamos, que se acaban las noticias, vamos. Se oía una sintonía, yo me sentía vendido, igual que debían de sentirse Dani y Luis, sentado delante de aquel micrófono que compartíamos los tres. En aquel momento me habían quitado toda la fuerza, la fuerza que me daba la compañía de mis amigos, nos habían separado y nos habían colocado a cada uno en una isla desierta sin nadie más donde no podíamos comunicarnos con nadie y donde cada uno tenía que espabilarse solo si quería sobrevivir. Recuerdo aquella primera experiencia delante de un micrófono con terror, terror es la palabra, sí, temblé como una hoja y me dije que no la repetiría nunca, jamás.

Pero Rosa se había fijado en mí.

En casa no supieron que aquel día había salido por la radio. Lo supo el cura, que todos los días nos daba sermones sobre cómo teníamos que intentar enderezar nuestros caminos torcidos. Nosotros, claro, no le hacíamos caso; cómo hay que hacerle caso a un cura, cuando eres una oveja descarriada no haces caso de nadie y menos de un cura. Solo haces caso a tu líder, aquel al que has elegido jefe y que lo es

pase lo que pase, a ese sí que le haces caso, a saber por qué, durante años crees que otro tiene que pensar por ti. Al menos yo lo creía. Primero pensó Luis, después Rosa. Y ahora, se supone que tengo que pensar yo. Cuando me dejan solo, cuando tengo que sobrevivir, me encuentro en medio de la sabana atacado por todos los leones del mundo.

¿Puedes venir otro día, por favor? Rosa me miraba a través de unas gafas oscuras y me señalaba con dedo de hierro. Los tres estábamos sentados en el banco comentando, precisamente, la entrevista del día anterior, buscándole el punto de escarnio para poder reírnos de lo ocurrido y así poder recuperar la seguridad en nosotros mismos, no como individuos, claro, sino como grupo. Y entonces la habíamos visto acercarse y los tres habíamos palidecido. Por aquel entonces, Rosa impresionaba al caminar, se movía sinuosamente pero pisaba con firmeza y, lejos de ponerme caliente, aquel día me hizo temblar y tener frío. Los tres nos callamos, los tres lo habíamos pasado mal el día anterior contestando a preguntas que no queríamos contestar o no sabíamos contestar. No sé por qué has querido que fuéramos, le reprochábamos a Luis. Eh, tíos, decía él, ya sois mayorcitos para decidir, eh, qué pasa, ¿ahora soy vuestra mamá? No, Luis no era nuestra mamá y, de hecho, yo ya tenía otra mamá, pero una que no se ocupaba de mí porque estaba todo el día pendiente de defenderse de las agresiones constantes de su marido. Y la mamá no escuchó la entrevista de la radio, no, pero al cabo de un tiempo se enteró de que me habían contratado en la radio y no sabía si reírse o llorar porque no sabía si era bueno o malo. Déjalo, mujer, le había dicho mi padre en un momento de lucidez. Y la mamá había corrido a ver al cura para que le dijera si eso de la radio era un antro de perversión o estaba bien para su hijo. El antro de perversión es la calle, le respondió el cura, eso me lo explicó él pasados varios años. Te escapaste de milagro, chico, me decía, y me miraba con una sonrisa triste, mira adónde han ido a parar Dani y Luis. Yo no quería mirarle, como no quiero mirar nada de lo que dejé atrás. No se debe mirar al pasado.

Y ahora aparece una mujer enlutada y me dice que le maté el alma cuando tenía quince años. Me gira la cara y me obliga a mirar el camino que he recorrido a lo largo de los años y el primer lodo que pisé. Yo no me acordaba, no sé por qué. No entiendo cómo puedo haberme olvidado de una cosa que, en cambio, ha sido trascendental para la vida de otra persona. Afortunadamente, de su agresor solo recuerda que tenía los ojos claros, es obvio que no me ha reconocido, que no tiene ni idea de quién lleva hablando con ella toda la tarde, simplemente Cristina se desahoga con el mejor amigo de su marido muerto, o con el que ella cree que lo era. Se desahoga y cuenta cómo se conocieron, cómo la salvó, cómo aquel hecho le cambió la vida.

La vida, por cierto, es un cúmulo de casualidades. Empiezo a pensar que ha intervenido el demonio, aquí pasa alto insólito y extraño, ilógico, no puede ser que vaya a ver a un muerto que se llama Ramón, que este también se llame igual y no sea el mío, que los dos sean informáticos, que su amigo íntimo se llame Sergi como yo y

que, cuando me pongo a hablar con la viuda, resulte que también le mandé la vida al garete hace muchos años, hace toda una vida. Aquí pasa algo y no sé qué es. Me pongo a intentar recordar si un día de estos he pasado por debajo de una escalera o me he cruzado con un gato negro una noche de luna llena. No me acuerdo, pero seguro que aquí ocurre algo sobrenatural. Y, contra lo sobrenatural, no hay nada que hacer.

—Oye, haces unas preguntas un poco extrañas —dice, de pronto, el chico del lavabo.

—Sí, lo siento...

Me he sonrojado. Lo he notado. También lo noté cuando Rosa me dijo solo a mí que fuera a la radio. Me quemaban las mejillas. Más tarde me quemaría el cuerpo entero solo con mirarla, pero en aquel momento solo fueron las mejillas. Aquel día le pregunté con tono insolente qué pasaba y ella me contestó que había quedado mal un corte de voz, uno mío, y que tenían que emitir la entrevista esa misma tarde, que era muy importante que saliera con claridad lo que yo había dicho porque, dijo, lo hiciste muy bien. Me echó un piropo delante de mis amigos y yo quise morirme, no quería que me piropeará delante de todos. Me levanté de prisa para que no volviera a hacerlo y la seguí. Por el camino me dijo: Nada, si puedes repetir todo aquello de los alicientes de los que vivís en la calle y demás. Muy bien, le dije, y pensaba que sencillamente había pronunciado la palabra de moda, entre nosotros todo eran alicientes, fumábamos para tener alicientes y nos metíamos con la gente de la calle para tener alicientes y todo eran alicientes. Y ahora resultaba que la frase me había quedado bien. Ocurre que seguramente también la usaremos para una promoción del programa, sabes, nos ha gustado. Ya. No es que no haya quedado bien, pero sería mejor que la repitieras. Ya. No lo he dicho allí delante porque, si no, habrían venido todos y nosotros solo te queremos a ti, si te parece bien. Alzaba una ceja y me miraba de aquel modo que solo ella sabe hacer, como continúa mirándome, solo que ahora lo hace con un toque escéptico y un deje de ironía, siempre, no sé a qué viene ni a qué se refiere. Pues claro, dije, qué iba a decir, no sabía si sentirme bien o mal, no sabía si me encontraba en la gloria o en el purgatorio, justo el día anterior me había prometido a mí mismo que no volvería a ponerme delante de un micro, que me había parecido horrible, y, mira por dónde, repetía al día siguiente.

Caminaba por la calle con aquella chica alta y bien plantada y me sentía poca cosa, con mi pelo acabado en cresta en mitad de la cabeza, sin ninguna capa ni toalla ni mirada de rey ni nada, qué vergüenza, cada vez que me acuerdo me gustaría borrar mi pasado y volver a comenzar y, en ese segundo origen, hacer de niño bien de buena familia que va a una buena escuela y se relaciona con otros niños bien de otras buenas familias, todo ello en un barrio de los de la zona alta de la ciudad. Un día, justo antes de lo de la radio, habíamos ido a Sarrià a intentar afanarle la cartera a algún despistado para levantarle la pasta. Cuando lo pienso, no me lo creo. Necesitábamos dinero para chocolate, se nos había acabado, no sabíamos de dónde

sacarlo y se nos ocurrió lo de Sarrià. Dani, que tenía mucho mundo, nos explicó que en Sarrià siempre había cuatro gatos. Bah, había dicho, vamos, cobramos y volvemos en metro. Así de fácil.

Así de fácil. Rosa me miraba y me lo volvía a repetir. Aquí, hasta hablar es un aliciente. Yo callaba. A ver, repite, se impacientaba ella. Y yo acababa diciendo: Aquí, hasta hablar es un aliciente. Ah, bien, bien, decía Rosa, y el chico del otro lado del cristal también sonreía, bien, bien, los dos estaban contentos, parecía que se emocionaran y me hacían volver a repetirlo. Y yo, al final, me atreví a preguntar: Y eso qué significa, o sea, lo que me habéis hecho decir. Se quedaron los dos de piedra. Pues... no sé, dijo Rosa. Me habían hecho volver a repetir lo que había dicho el día anterior, pero no les había gustado y habían terminado cambiando la frase y convirtiéndola en aquella tan extraña de aquí, hasta hablar es un aliciente. Está bien, está bien, se defendía Rosa quitándole importancia. Entonces se acercó al técnico y le dijo algo en voz baja y, después de hablar desde el otro lado del cristal como en una película muda de la que solo captas el movimiento de los labios, se volvió hacia mí y apretó algo en el control que hizo que resonase por el altavoz del estudio donde estaba yo, muy alto, la pregunta: Oye, ¿te gustaría repetir? Cobrando, me refiero.

En la radio puede empezarse de muchas maneras, por ejemplo, de esta. Raig FM está llena de niños bien de buena familia que han estudiado en buenas escuelas y han llegado a donde yo estoy por el sistema que se supone que debería ser el normal. Y también hay un par que sé que han recogido de la calle como me recogieron a mí, pero ni nos lo decimos ni nos lo hemos dicho nunca, lo sabemos mirándonos a los ojos y respetamos un pacto de silencio no firmado que nunca hemos proclamado en voz alta. Esas cosas no se dicen, forman parte de la vergüenza del pasado que unos tenemos más que otros. Todo el mundo se avergüenza de algún detalle del pasado, pero solo algunos, si de vergüenza se trata, podríamos recoger varios cubos. Y Rosa, como sabe que no me gusta que se sepa de dónde he salido, me chantajea, me saca lo que quiere cuando quiere, las mujeres son así, crueles y retorcidas, aunque en aquel momento a mí me pareció una salvadora o una santa o algo así, cuando oí cobrando me quedé clavado en la silla, se había acabado cargar cajas de un lado a otro por cuatro duros, ahora tenía trabajo en la radio. Recuerdo un momento de ceguera absoluta en que, por delante de mis ojos, pasaron imágenes de un futuro que acababa de inventarme en la cabeza, de un cuento de la lechera que acababa convirtiéndome en el puntal de aquella emisora de radio, que es esta en la que ahora trabajo y de la cual soy realmente un puntal, eso que quede claro, porque si yo me voy, se les hunde la tarde y les gana la competencia. Soy líder de audiencia. Cuántas veces me lo habré repetido, soy líder de audiencia.

Ahora le preguntaría al chico de los llantos quién soy. Necesito que me miren con admiración, necesito que alguien hable de mí con un poco de adoración.

Seguro que este chico del tanatorio es de buena familia, de los de Sarrià. Se me escapó una exclamación de fascinación sincera al ver todas aquellas casas, si parecían

de peli americana, comparadas con los bloques de pisos de nuestro barrio, donde todo eran tendedores cargados de ropa que colgaban de cara a la calle, fantasmas de colores que se colaban en nuestras vidas para recordarnos continuamente de dónde veníamos, y donde los rincones solo olían a meados. Donde el único parque que había era la hierba a orillas del río sucio. No, Sarrià no era eso, Sarrià era de señores, todo estaba lleno de casas buenas, algunas incluso con jardín, y la gente vestía de modo muy distinto a como íbamos nosotros. Y eran muchos, eso sí.

Pero Dani, ¿no decías que aquí había cuatro gatos? Sí, decía él sonrojándose, es que hemos coincidido con la salida de los colegios. Todo eran niños que corrían de un lado para otro, que gritaban y se empujaban, niños bien vestidos, adolescentes que no tenían nada que ver con nosotros y que llevaban abrigos de los que veíamos en las películas, Dios, qué diferencia de clase tan abismal, ahora que lo pienso, fue una constatación cruel e inhumana. Vamos a ver si arrinconamos a alguno, propuso Luis, y echamos a andar en una dirección. Pero entonces, lo que ocurrió fue que no había forma de deshacerse de un grupo que nos venía detrás, un grupo numeroso de chicos de entre catorce y quince años que comenzaron a decirnos cosas, a preguntar si nos habíamos escapado de un barrio de obreros, tal cual, y era verdad, y se reían de nosotros y nos decían: Cuidado que se os escapará la cresta, y es que los tres llevábamos cresta, y se burlaban de nosotros y se daban codazos entre ellos y cada vez se reían más. Luis nos hacía acelerar el paso. Vamos hacia allí, vamos. Girábamos una esquina, qué martirio, y nosotros que no queríamos que se nos notara de dónde veníamos, pero ellos no abandonaban la partida y nos lo echaban en cara o, mejor dicho, a la espalda, y nos sentíamos obligados a sentir que apestábamos a fábrica y llevábamos cresta como los gallos, y que si no teníamos dinero para comprarnos abrigos como Dios manda en lugar de aquellas cazadoras que cantaba que eran de plástico. Y, aunque éramos tres, nos pusieron muy nerviosos. Nosotros teníamos dieciocho años; ellos quince, pero quizá fueran diez. Luis había traído una navaja, pero, claro, era impensable utilizarla contra tanta gente. Así que nos escapamos como buenamente pudimos y, cuando vimos la boca del metro, nos metimos en ella de cabeza y no salimos hasta que regresamos a nuestro barrio, al de los meados y la ropa tendida, al del humo de las fábricas, al del río sucio. A nuestro entrañable barrio.

Ahora vivo en Sarrià, no en una de esas casas con jardín, pero sí en un piso antiguo, amplio, donde entra el sol y los techos son muy altos.

El chico de los lloros acaba de marcharse después de despedirse con un gesto de la mano. Creerá que todavía podría hacerle más preguntas extrañas, me parece que le he dado un poco de miedo.

Miedo y vergüenza, eso es lo que había pasado yo mientras nos perseguían aquellos chicos. Tenía la sensación de no poder escapar, de estar a su merced, un ser indefenso que no podía hacer nada contra la montaña que se le venía encima. Y nosotros habíamos ido a Sarrià a asustar a alguien. Dentro del metro, de regreso, no

nos dijimos nada. Solo me pareció que, nada más sentarnos en el vagón, tanto Dani como Luis temblaban un poco. Yo temblaba mucho.

Así debía de temblar Cristina cuando la perseguimos los tres... El mundo está lleno de perseguidores y perseguidos. Y yo, ahora, no sé qué soy. Y no sé qué pienso, continúo con la mente en blanco.

Ya en casa, tuve la impresión de que nunca más podría huir de mi mundo. Y, si no llega a ser por Rosa, a fe que no salgo de él. Volvimos a instalarnos los tres en nuestro rincón junto a la iglesia, en nuestro banco predilecto, y volvimos a imprecicar a los que pasaban y volvimos a fumar y a beber y la vida se estaba tiñendo de un color desdibujado pero con un tono peligrosamente morado que comenzaba a resultar demasiado intenso. Fue entonces cuando vinieron a buscarnos Rosa y los de la radio. Bendita radio.

Mi padre me había buscado el empleo de llevar cajas de un lado para otro en la fábrica donde él trabajaba, trabajo de transportista, vamos. Eran cajas de ropa, nunca habría dicho que pesarían tanto. Le dedicaba cuatro horas por la mañana. Dani y Luis también trabajaban, de manera más esporádica, durante toda la mañana. A continuación, íbamos a casa a almorzar y después enseguida nos reuníamos en el mismo sitio, en el banco de la plaza. Bueno, al principio no, cuando tenía quince años y se acabó la escuela, quedábamos en aquel bar donde quedaban todos los hombres, porque nosotros también nos queríamos hacer los hombres, y fue allí donde nos conocimos y enseguida nos entendimos. Nos pasábamos allí las tardes viendo pasar el tiempo, observando cómo la vida se nos escapaba de las manos, fumando y tosiendo, contemplando y codiciando en secreto la seguridad de aquellos hombres hechos y derechos que se atrevían a maldecir de aquel modo delante de todos cuando el día antes había perdido su equipo de fútbol favorito. Hombres que, cuando terminaban el trabajo, pasaban por el bar y bebían y así empujaban poco a poco las horas, después debían de llegar a casa con ganas y empuje para pegar a la mujer y pasársela por la piedra, que era lo que se llevaba y lo que se esperaba de ellos. Hombres que después de tanto gritar han ido cayendo en el olvido y han ido muriéndose prematuramente a causa de una salud maltratada. Aguas de borraja que quedaron en nada pero que para nosotros, en aquel momento, eran el ejemplo que debía seguir.

Y un día cualquiera de una tarde cualquiera hice un gesto que truncó para siempre la vida de una mujer... o eso es lo que ella dice porque... no sé si creérmelo.

Me lavo la cara otra vez. Sí, cuando te lavas la cara te da la impresión de que también te lavas el pensamiento y que, de repente, lo ves todo claro. No puede ser que me esté pasando esto. Me miro al espejo y veo que me corren gotas por las mejillas, por la poca barba que llevo hoy. Me afeité antes de ayer y no puedo hacerlo a diario porque tengo la piel sensible. Estoy solo en el lavabo y me digo que no puedo irme, que hay demasiadas cosas por resolver y que tengo que saber qué ocurre exactamente, si estoy soñando o ella exagera, si las casualidades son fruto de la imaginación de algún ser superior que lo mezcla todo o si es posible que de verdad el

mundo funcione de tal modo que tiras los dados y, a la primera, te sale un repóquer.
Ahora es mi vida la que ha quedado truncada. No puedo irme, no puedo.

El del velatorio de al lado le ha ofrecido unas pastas a Cristina, que ahora está dentro de la sala, sentada en el sofá comiéndose una. Cuando me ha visto ha retomado la historia donde la había dejado:

—Eché tierra sobre lo ocurrido, sabes. Se lo oculté a todo el mundo, también a mí misma. Llegó un momento en que ya no me acordaba.

Ves como eres una exagerada, he pensado. Yo, aparte de delgada, era muy fea, continúa ella. Al principio, después del intento de violación, me obsesioné y me miraba todos los días al espejo para ver si me habían crecido un poco los pechos, aunque fuera un pelín. Me miraba y veía como se me marcaban las costillas y como prácticamente parecía un chico por las pocas formas que tenía, unas formas ridículas, no había nada que hacer con mi cuerpo. Después me tapaba y me pasaba el rato tumbada en la cama, abrazada a mí misma, llorando. Me hundí completamente, no podía soportar pensar que alguien me había pellizcado aquellos pellejos, que los había visto y los había tocado, eran míos y eran mi secreto, mi secreto ultrajado, profanado. Sentía como si tuviera un agujero en el corazón, aquí, sabes. Se señala la boca del estómago y yo vuelvo a pensar que no es para tanto.

No calla. Habla como si le hubieran metido una pila, maquinalmente, habla de la época en que yo transportaba cajas, que para ella era otra historia. Yo estaba estudiando para enfermera, dice, porque en casa intuían que, si estudiaba, podría salir de aquel ambiente, lo tenían muy claro, y yo también, y el poco dinero que sobraba de lo necesario para vivir se invirtió todo en mis estudios. Qué diferencia de familia, he pensado yo, y me he acordado de mi padre, siempre con las prisas para que acabara la educación obligatoria y me pusiera a trabajar y así aportara dinero a casa como hacía Toni desde hacía años. Pero a Toni le bastaba con aprender a manejar una máquina, encontrar una novia y casarse, formar una familia, tener hijos. Y a mí no, a mí no me bastaba con eso, ni a mí ni a mis dos amigos, y por eso ellos acabaron en la prisión y yo trabajando en la radio.

El día que volví a casa diciendo que tenía trabajo hablando en una radio catalana, mis padres se quedaron de piedra. Estaban peleándose, como siempre, chillándose. Pero aquel día, en lugar de irme directo a mi cuarto, grité más fuerte que ellos. Tengo trabajo en una radio catalana, exclamé. Y los dos se callaron de golpe.

Poco a poco fui dejando de mirarme en el espejo, dice Cristina. Y dejé de abrazarme y llorar, entendí que tenía que reaccionar, que tenía que salir de aquel pozo extraño, que no podía cambiar el pasado y que tenía que seguir adelante. Más valía olvidarlo. Y me lo propuse y durante cierto tiempo lo olvidé. Me mira fijamente con esos ojos grandes que me obligan a bajar la vista. Y salí, continúa, seguí estudiando y busqué trabajo y... un día volví a encontrarme con Ramón. Estaba en el hospital, enfermo. No lo había vuelto a ver, sabes, yo había dejado de pasar por delante de aquel bar y aquella calle a propósito, no quería saber nada más de todo aquello. Y

claro, cuando vi a Ramón, se me removió algo muy grande por dentro. Vi, en una cama, el vestigio de un pasado negro que, por más que había intentado olvidar, vivía dentro de mí acompañando mis sentimientos más profundos. Vi, recién operado de apendicitis, el lado bueno del hecho que había truncado mi adolescencia. Dormía, pero de repente abrió los ojos y me miró.

Cristina se levanta y coge un cigarrillo. Me ofrece otro, que rechazo.

—¿Te molesta que fume? ¡Hoy me apetece tanto...!

—No, no me molesta...

Mentira, sí que me molesta, y mucho, pero no tengo valor de decírselo. Ella continúa, Ramón me dijo que me había vuelto muy guapa, sabes. Solo eso. Dibuja una leve sonrisa y vuelve a bajar la mirada. Y cuando ya se encontraba mejor me propuso ir un día a tomar un café. En la conversación no había surgido el tema de la agresión y tuve miedo de que, si nos sentábamos a charlar, acabara por salir, y debió de notármeme en la cara porque inmediatamente Ramón me dijo: Ha pasado mucho tiempo, no hace falta volver a hablar de ellos nunca más. Y entonces acepté.

Yo también había aceptado, pero no sabía si me tomaban el pelo o no. Si me tomaban el pelo, me pagaban por dejármelo tomar y a mí me convenía cobrar. Se hartaban de reír conmigo, me grababan diciendo aquello de *setze jutges d'un jutjat* y después me explicaban que era para mostrar las diferentes maneras de hablar catalán que había en Cataluña. La mía, en aquel momento, estaba completamente castellanizada, me costaba pronunciar las eses y las jotas sonoras y también las vocales neutras, pero por eso me querían, y lo entiendo perfectamente porque yo también tengo cuñas de promoción en el programa en las que hago hablar en catalán a la señora de la limpieza de la radio, que es de Perú y hace lo que puede y está muy contenta de salir por antena. Yo también estaba contento de salir por antena, pero era un hombre en una edad en que se tiene más orgullo que otra cosa y aguanté solo para salir de allí y poder decirle a la familia y los amigos que trabajaba en la radio, a pesar de que por la mañana continuaba transportando cajas del almacén a la fábrica donde trabajaba mi padre. Dani y Luis se quedaron boquiabiertos cuando se enteraron, era un trabajo de tarde dos días a la semana y, por tanto, significaba que no podría estar tanto con ellos. Y cuánto durará, me preguntaron. Pues no lo sé, contesté encogiéndome de hombros, no me habían dicho nada, pero había oído a Rosa comentar que estarían un año emitiendo el programa a diario. O sea que quizá tuviese trabajo para un año, porque todos los días emitían una promoción diferente, las escuchaba en un transistor pequeño mientras transportaba cajas. El primer día me emocionó tanto escucharme a mí mismo que se me cayó la caja que transportaba y casi me caigo yo también y me rompo algo.

—Ramón siempre hablaba de sus alumnos. Era profesor, ¿te lo había dicho?

Cristina habla como una iluminada. A mí me sorprende lo que acaba de decirme:

—Ahora sí que no te entiendo. Era informático, ¿no?

—¡Ah, sí! Pero... había estudiado magisterio, ¿sabes? Había sido profesor de

informática... y así acabó en este mundo.

Hace un gesto que me parece gracioso cuando me pregunta si la entiendo y me despierta una sonrisa:

—Sí, comprendo.

Pues fuimos a tomar un café y me contó su vida y yo le conté la mía. Y el Ramón que me había salvado de aquellos salvajes dejó de existir, aunque siempre sentí por él un agradecimiento indescriptible, ya sabes. Y en su lugar nació otro Ramón... uno nuevo, me refiero.

Ya sabes, sí. Todo el mundo salva a todo el mundo y Rosa me salvó a mí. Tiempo después, cuando le pregunté por qué yo y no los demás, me dijo que tuvieron que elegir y ella decidió. Se sonrojó. Había pasado un año, yo ya era diferente, ya le había preguntado si había algún trabajo para mí en la radio, si podía hacer alguna otra cosa, si podía quedarme para siempre. Mi concepción del mundo había cambiado mucho en aquel tiempo, poco a poco había dejado de frecuentar a mis dos amigos y empezaba a no verle la gracia a nada de lo que hacían. Me había parecido intuir un mundo nuevo en aquel camión maravilloso que se abría y que, como por arte de magia, hacía aparecer un estudio radiofónico que para mí estaba convirtiéndose en un paraíso en medio de aquella ruina humana, de aquella destrucción de espíritus que empujaba a tantos jóvenes de mi edad a acabar pinchándose debajo de un puente y robando y matando y entrando y saliendo de la cárcel durante el resto de sus vidas.

Ramón me mostró otro mundo. No es que el mío fuera malo ni terrible ni nada de eso. Cristina coge otra pasta y mira al infinito, o sea, a la pared, mientras sigue hablando, los muertos tienen eso, despiertan unas ganas impresionantes de hablar entre los vivos, de contar qué clase de vida llevaban y cuál era su relación con ellos, será la manera de consolarse, yo no lo sé porque todavía no me ha pasado, aunque no me escaparé de eso de la muerte, como no se escapa nadie. Cristina, serena ahora, levanta una mano y me dice que en los ojos de Ramón veía la vida, una vida diferente, porque, continúa, lo que yo había hecho hasta la fecha era no hacer nada, solo vivir, no sé si me explico.

Ramón empezó a hablarme de música, de arte, de libros. Su madre fregaba escaleras cantando, y muy bien. Por lo visto su padre se enamoró de ella al oírla cantar. Su padre tenía una pianola... Eran una gente rara para aquel barrio porque les gustaba cantar y tocar la pianola en las celebraciones. Cuando estaba con él, me parecía que no tenía los pies en el suelo, que volaba. De vez en cuando Ramón me decía: Ay, perdona, habla tú, que no te dejo decir nada, pero yo no tenía nada que decir. No, da igual, continúa tú, me gusta mucho lo que me cuentas, prefiero que hables tú. Y él continuaba, el Ramón de los primeros tiempos era casi un ídolo para mí, yo salía del trabajo pensando solo en que quedaríamos y pasearíamos juntos un buen rato. Y es lo que hacíamos. Cristina suspira mientras se limpia unas migas de ese escote suyo tan sugerente. Y no hablábamos de sexo. Pero yo sabía que un día saldría el tema, porque las parejas normalmente practican sexo.

No contesto y se instala un silencio incómodo. Así pues, vuelve el tema, el tema recurrente, hala, Sergi, a aguantar las consecuencias de tu inconsciencia juvenil. Pero, no, no puede ser que se alargase tanto. No puede ser, Cristina debía de tener otro problema que no me cuenta. Si no la violé, si solo la toqué un poco. No puede ser que fuera para tanto.

Yo no había tenido ninguna experiencia con ninguna mujer, solo me la había pelado, en solitario, cuando me acostaba o, a veces, en el lavabo. Luis sí que buscaba chicas por las calles y no sé cómo se las apañaba pero a menudo conseguía correrse con alguna en un rincón y volver al cabo de un rato subiéndose la bragueta y dejándonos a Dani y a mí pasmados y muertos de envidia. Pero al conocer a Rosa dejé de tener tiempo para pensar en esas cosas porque, después de unos cuantos meses trabajando en aquel lugar mágico, comencé a animarme, no sé si por reafirmación de la autoestima, pero el caso es que, si al principio todo mi ser era pura timidez, pasado cierto tiempo todo mi ser estaba a punto para cualquier cosa. Y con aquella mujer tan impresionante y decidida a mi lado, estaba claro hacia dónde tenía que disparar. Noté que no le gustaba la cresta y me la quité; vi que no le gustaba la cazadora y me compré una nueva. Me di cuenta de que me quería más mono, más tirando a los chicos de Sarrià, e intenté imitar a los que había visto el día de nuestro intento frustrado de atraco a mano armada. Ella se dio cuenta de que lo hacía para gustarle y eso la hacía volverse tímida unas veces y poderosa otras, de manera que unas veces me sentía halagado y otras a merced de una mujer que hacía lo que quería conmigo. Entre nosotros dos nacía y se deshacía una sustancia química que nos envolvía y que, pasara lo que pasase, nos envolvería el resto de nuestras vidas porque, por muy mal que me sepa, para mí lo que haga o diga Rosa sigue siendo fundamental.

Ella vestía moderna, pero no como las chicas que yo veía pasar por las calles del barrio, qué va. Rosa iba bien vestida, con clase, era diferente, llevaba los labios perfectamente delineados en un color discreto y no en aquellos rojos chillones y mal repartidos de las chicas con las que estaba acostumbrado a tratar. Y usaba ropa cara, vaya, de la que ahora estoy harto de comprar pero que en aquel momento para mí era pura ciencia ficción. Y sabía moverse, eso era muy importante, sabía moverse, se movía de una manera que no dejaba a nadie indiferente, o al menos a mí no me dejaba indiferente, como no me deja indiferente, pese a lo que sé y a lo que me cuenta, Cristina, pero ahora, pasados los cuarenta, soy capaz de controlar los instintos mucho mejor que a los veinte años. Y hubo un día que no pude más.

Hubo un día que Ramón me pidió permiso para besarme, cuenta Cristina. Como él conocía mi historia nunca lo había intentado, paseamos e hicimos vida de amigos durante más de un mes. Por supuesto que puedes, le contesté temblorosa. Me besó en plena calle. Aquella primera vez me pareció que todos los ángeles cantaban a una, fue el beso más romántico que un hombre haya dado jamás a una mujer, y yo fui la mujer más feliz del mundo y pensé que nunca más tendría miedo de nada y que nunca más me dolería el pasado y que nunca más tendría ningún tipo de problema con ningún

recuerdo de ningún hecho terrible del pasado. Fue solo aquel beso, Sergi, porque al día siguiente, aquel sueño tan bonito acabó para siempre.

—¿Qué pasó? —pregunto, incapaz de resistirme.

Y me doy cuenta de que, al preguntarlo, estoy tirando piedras a mi propio tejado. Cristina ha cruzado las piernas, una sobre otra, lleva una falda por encima de la rodilla y le veo la parte de fuera del muslo derecho, que se columpia suavemente al ritmo que ella marca con el pie, con el zapato de tacón colgando únicamente de la punta del pie. Me mira un momento con esos ojos que me dan un poco de miedo y tengo la impresión de que un rayo acaba de atravesarme el cerebro.

—¿Qué pasó? —repite, burlona—. Pues que al día siguiente me llevó a su casa. Vivía solo.

Por lo visto en casa de aquel chico, que ahora es una especie de mármol dormido en la habitación de al lado, no reinaba la felicidad. La felicidad vive solo en algunas casas, pero nosotros nos empeñamos en localizarla en todas partes. Cristina se dejó llevar y se dejó besar. Mientras lo cuenta, se frota suavemente el pecho izquierdo y me pone caliente sin proponérselo, y me hace pensar que ese pecho que intuyo debajo del sujetador y por el escote realmente no tiene nada que ver con aquel pellejo de la caña de pescar que un día, para mi desgracia, pellizqué. Cristina se dejó empujar delicadamente hacia la cama grande de sábanas blancas. Se dejó quitar la ropa... todo menos el sujetador. No, no, eso no, dijo. Cómo que no, contestó Ramón extrañado. Haz lo que quieras por ahí abajo, pero arriba, no. Fui taxativa, sabes, me dice, tenía muy claro que a mí nunca más volvían a tocarme las tetas. Además, le dije, si no tengo tetas, para qué carajo las quieres. Se lo dije muy seca y a Ramón se le enfrió de golpe todo lo que se le había calentado. Bueno, me dijo, no me lo esperaba pero lo entiendo, quizá haya ido demasiado deprisa. No, le dije yo, has ido bien, pero yo no tengo tetas para que me las toquen los hombres, mis tetas son mías y no sirven para nada, son demasiado pequeñas. No puede ser. Ramón se quedó de piedra, no sabía qué hacer. Ahora, Sergi, no termino de creerme, no me creo todo lo que ha pasado. Pero en aquel momento tenía las cosas clarísimas, a mis tetas no se acercaría nunca nadie, no las tocaría nunca nadie, solo yo. Ramón se levantó de la cama. De acuerdo, dijo, y se marchó despacio. Recuerdo la impresión de verlo alejarse por el pasillo, medio desnudo, con pasos silenciosos y lentos, como si estuviera pensando muy deprisa, como si estuviera tratando de asimilar mucha información recibida de golpe para procesarla y, después, tratando de dar coherencia a la incoherencia. Porque, como sin duda comprenderás, Sergi, aquello no tenía coherencia, qué es eso de que una mujer se lo deje hacer todo menos que le toquen los pechos a menos que le hayan quedado deformados por alguna razón o a menos que se los hayan extirpado. Pero Ramón entendió eso y más. Y aquel día se fue, pero las otras veces supo adaptarse a lo que yo le ofrecía.

Cristina vuelve a mirarme y yo continúo con mi estupefacción mental.

Solo la palabra tetas ha puesto una nota de color entre tanto pensamiento en

blanco, porque cuando pienso en la Rosa de aquella época, solo veo tetas. Me sumergí en ellas el primer día que me dejó tocarlas, allí mismo, en el estudio de radio, estábamos solos, todo el mundo se había ido. Me miró de mal humor y me dijo: Llegas tarde. Le contesté que no había podido llegar antes, que en mi casa habíamos sufrido un cataclismo. Era verdad, fue el día que Toni se marchó de casa. Yo creo que no lo había hecho antes por mí. Mi hermano mayor se había pasado la vida tratando de evitarme las peleas de mis padres, de sacarme de casa como fuera, llevándome a contemplar la luna desde la otra punta del barrio, si hacía falta. Y yo todavía no se lo había agradecido porque todavía no era consciente de la importancia de lo que había hecho por mí. Cuando vio que yo había encontrado un trabajo como aquel, al menos un empleo digno que me permitía asomarme a otro mundo distinto de la violencia y las peleas, de las cajas de la fábrica y la suciedad de las calles, de las cazadoras de plástico y los domingos con la cresta bien perfilada dividiéndome en dos el cráneo, pues cuando vio que había encontrado una alternativa a todo eso, sencillamente se fue a vivir tranquilo. Aquel día, en casa, no habíamos aguantado gritos. Para variar un poco, mi madre había llorado y mi padre se había callado. Y yo, con una sonrisa, le había dicho que me alegraba mucho. Toni me devolvió la sonrisa y me dijo: Has cambiado, has cambiado mucho.

Sí, había cambiado. Rosa también me lo dijo. Lo siento, le dije, mañana vendré a la hora que me digáis y grabaré el doble, es que en casa ha habido follón y no he podido escaparme hasta ahora, lo siento de veras. Siéntate y mira, así sabrás de qué va y eso que tendremos ganado. Noté que ya no estaba enfadada. Encima de la mesa del estudio estaban los papeles con los textos de las promociones, los escribía ella porque, excepto ponerse ante el micrófono, Rosa lo hacía todo. Se sentó a mi lado como las otras veces pero aquella tarde estábamos solos. Y se me arrimó demasiado. Y aquellos pechos me perdieron, me quedé embobado mirándolos mientras notaba, horrorizado, cómo se me hinchaba lo que no estaba bien que se me hinchara en aquel momento. Qué pasa, me preguntó divertida. Nada, le dije intentando concentrarme en el papel. Sí que pasa, insistió arrimándose todavía más. Las mujeres, cuando se ponen, hacen perder el norte a cualquiera, y Rosa no tenía un pelo de tonta. Me puso el pecho izquierdo, el que hace un momento se ha frotado Cristina, encima del brazo derecho con toda la impunidad del mundo. Y yo no pude más.

Cristina se levanta y va a ver al difunto. ¿Qué tienen los muertos que no tengan los vivos? ¿Por qué ejercen esta insólita fascinación en nosotros si, al fin y al cabo, son seres inanimados...?

Sergi, tienes la cabeza llena de fantasmas. Pero es que no estoy completamente seguro de que un muerto no pueda volver a la vida, no sería la primera vez que pasa y hoy ya no me sorprendería nada. Basta, basta, en serio que tengo la cabeza llena de fantasmas, como aquel día de hace veinte años, solo con Rosa en un estudio de radio, la tenía llena de pájaros.

Nos miramos un momento y luego me lancé de cabeza. Ella me puso

inmediatamente una mano sobre los pantalones y me abrió la bragueta con la otra. Y, al momento, estábamos los dos encima de la mesa, frotándonos los instintos más primarios, devorándonos todo lo que teníamos devorable. Haciendo el amor con auténtico delirio, vaya, sin miramientos, sin ternura ni suavidad, era mi primera vez y se notó, no sabía controlarme y enseguida estallé dejándola primero desconcertada y luego con la impresión, acertada, de que acababa de desvirgarme. Ay, señor, dijo al tiempo que se levantaba e iba a por papel de lavabo mientras yo intentaba no manchar nada. Cuando regresó, yo no sabía qué hacer y miraba al suelo para disimular. Qué vergüenza, cuando lo pienso, qué vergüenza, suerte que ya hace mucho tiempo que dejé de pasar vergüenza con Rosa.

Cristina ha vuelto a sentarse y suspira antes de continuar contándome que Ramón le dijo: Iremos poco a poco, no tengas miedo, lo superarás, ya verás. Pero yo, me dice Cristina, le contestaba que no tenía que superar nada, que mis tetas eran pequeñas y no servían para nada y que, por tanto, no se usaban y punto. Me había crecido una costra sobre mi mal de manera que no veía la herida de debajo, la había enterrado, no quería saber nada de ella, había llegado a una especie de pacto conmigo misma consistente en hacerme creer que no quería que me tocara las tetas porque no le interesaría, porque aquel era mi rincón y punto. Y me negaba a rascar la costra, que tampoco veía, porque me había olvidado por completo de que allí había habido una herida. Y si no rascaba la costra, no había nada que hacer.

Ramón, en cambio, pensó que saldría adelante, que solo era cuestión de tiempo. Fuimos tirando y me mudé a vivir con él.

—No he sabido lo que es el placer sexual con otra persona hasta casi los cuarenta años, Sergi. Hasta los treinta y siete, para ser exactos.

No me lo puedo creer. A mí la vida sin placer sexual me parece inadmisibile.

—¿En qué piensas? ¿Piensas que hablo por hablar? Cómo no, eres un hombre...

No añade nada más, pero suelta una risa irónica y cruel que se me clava en las carnes como una aguja fina. Después enciende otro cigarrillo. Esta mujer no para: o fuma o come o pasea, no sabe estarse quieta. Yo contengo la respiración, como si estuviese a punto de emprender un descenso salvaje por una montaña rusa gigante.

Rosa también fumaba y tampoco se estaba muy quieta. Ahora un poco más, se ha hecho mayor y eso se nota. No sé lo que haría sin ella. Aunque finja que sería capaz de espabilarme solo, no es verdad, me sentiría perdido, necesito constantemente sus consejos, me he acostumbrado a preguntárselo todo. Oye, que solo soy la productora del programa, se queja ella de vez en cuando, no soy ni tu madre ni nada de eso. Pero lo cierto es que me hace de madre, mucho más que mi madre de verdad, que ya no sirve ni para pelearse con mi padre. Un día cuando ya me ganaba bien la vida, cuando ya tenía un buen contrato en la radio, cogí a mi madre y le dije: Pedimos el divorcio y te ayudo a buscar una casa para ti sola, no te preocupes por el dinero, yo te ayudaré, y él, que se espabile. Y entonces, oh, sorpresa, mi madre me miró de aquel modo, como asustada, como si tuviese miedo de que yo llegara a hacer todo eso y la obligara a

separarse de mi padre. No hace falta, no hace falta, decía y negaba enérgicamente con la cabeza, no hace falta, repetía otra vez. Y entonces comprendí que habían creado una relación de dependencia mutua en la que él la necesitaba a ella tanto como ella a él. La vida crea curiosos lazos de amistad y de amor. A mí enseguida me colocó al lado de Rosa. Intentaré encontrarte algo en la radio, me dijo. Se iban al cabo de una semana y, al enterarme, se lo supliqué prácticamente de rodillas. Para mí la radio había significado un soplo de aire fresco, un cambio de vida, una puerta abierta al mundo, una puerta que ahora se me cerraba. No podía ser, si se acababa, no lo resistiría. Lo intentaré, te lo prometo, me dijo al verme el miedo reflejado en los ojos.

Estuve un mes sin radio. Un mes terrible. Aunque, antes de irse del barrio, habían pedido al técnico que me diera unas clases sobre cómo manejar una mesa de sonido. Esto puedes hacerlo muy bien, ya verás. Aprendí, me lancé a hacer lo que fuera para poder meterme de pleno derecho en aquel universo que me enganchaba tanto como antes me había enganchado la marihuana. Antes fumaba mucha marihuana, pero desde que trabajaba en la radio, solo de vez en cuando. Y, cuando me marché, cuando por fin me dieron el puesto de técnico, dejé de fumar, dejé de beber, lo dejé todo, me volví un santo. Ahora no habrías podido hacerlo, me dice a veces Rosa; los dos somos conscientes de ello, ahora para entrar en una emisora de radio piden unos estudios que nunca he tenido, como no he tenido nada, como he ido aprendiendo poco a poco todo lo que sé, este es un oficio de ir haciendo día a día y no de estudiar mucho y quien diga lo contrario miente, hay que saber mucho de la vida y tener mundo, mucho mundo, pero no del mundo que yo tenía, sino del que comencé a probar el día que Rosa me dijo: Tienes trabajo, Sergi, empiezas mañana a jornada completa.

Mientras yo me iba del barrio, Cristina pensaba en formar una familia con Ramón.

—Me quedé embarazada y tuvimos un hijo. Y al cabo de un año volví a quedarme embarazada y tuvimos otro. Y todo fue bien hasta que lo pillé con una mujer que se dejaba tocar las tetas.

Enciende otro cigarrillo, se levanta, sale fuera, la oigo pasear. De repente, la conciencia, o una especie de sombra negra que se le parece bastante, me cubre todo el pensamiento.

Al cabo de dos años ejerciendo de técnico de sonido quise hacer algo más. Se te han subido los humos, me acusó descaradamente Rosa. No, no se me han subido, repuse, simplemente empecé poniendo voces y ahora estoy aquí sin hacer nada. Cómo que sin hacer nada, se enfadaba Rosa, si resulta que estás al control de dos programas en directo. Sí, mujer, pero no hablo. Yo quería hablar, quería triunfar, quería ser alguien. Al principio me había parecido maravilloso poder escapar del círculo vicioso de la fábrica, la droga y el no hacer nada. Pero ya estaba harto. Se me había subido a la cabeza eso de oírme la voz, necesitaba volver a oírla.

Rosa tenía que estar muy enamorada de mí porque, si no, no se entiende que me hiciera tanto caso. Si hubiera sido al revés, yo no le habría hecho ni la mitad de caso, lo habría mandado todo a paseo. Por un lado, me arrepiento mucho de haber hecho el notas de aquel modo cuando, en realidad, era un chavalín recién salido del cascarón que no sabía nada; por otro, es evidente que si no hubiese luchado por hacer algo más, ahora no sería quien soy. Claro que tampoco habría conocido a Ramón el informático como lo conocía porque, como técnico de sonido, no le habría necesitado tanto. Y en consecuencia nunca habría acabado en el velatorio de otro Ramón con una viuda que, como por arte de magia, me ha cargado para siempre con un peso en la conciencia de aquellos que no pueden eliminarse. Yo no tenía pasado... me refiero a antes de la radio, y ahora resulta que sí lo tengo. Bastante me cuesta deshacerme de las eventuales llamadas de Luis y Dani, que van contando por toda la cárcel que son amigos míos y que una vez incluso se lo dijeron a un periodista que luego me lo preguntó en una entrevista para su diario y yo, que no sabía qué decir, salí del paso como pude: Mira, ya se sabe, tuvimos contacto de críos. Ah, pero ellos dicen que cuando entraste en la radio tenías veinte años y que ellos también grabaron algo. Ah, sí, despistaba yo, ya no me acordaba, sí, bueno, es que por entonces todavía nos íbamos viendo, ya sabes, vivíamos en el mismo barrio. Qué ganas de investigar y de complicarse la existencia, qué ganas de unir mundos que no pueden unirse de ninguna manera, existe una barrera infranqueable entre mi mundo de gloria y el suyo de rejas.

Olvídame, Dani, le dije la primera vez que me llamó. Pero qué dices, tío, si no quiero nada, solo charlar, qué guay escuchar tu voz, había telefoneado a Raig FM y me habían pasado la llamada y yo no sabía cómo quitármelo de encima, si hasta me sonrojé mientras hablaba allí, en medio de la redacción. Luis está fatal, pero yo he dejado la droga, sabes. Lo decía con un deje de orgullo. La primera vez me lo creí: Ah, sí, caramba, eso sí que me alegra, se lo dije de corazón, era verdad, me alegraba saber que había conseguido huir de aquel submundo terrible donde yo, de hecho, no había llegado a entrar aunque me había librado por muy poco, uf, por poquísimos, cuando lo pienso se me ponen los pelos de punta. Y Dani me explicó lo que haría cuando saliese de la cárcel: Me faltan tres años pero lo tengo todo previsto, sabes,

cuando dejas de pincharte todo es diferente, tengo un niño y su madre me lo trae de vez en cuando, estamos separados pero tenemos buen rollo. Dani abría el grifo de la incontinencia verbal y hablaba y hablaba, no sé de dónde sacaba el dinero para telefonar, pero el caso es que lo tenía y me llamaba y me contaba toda su vida y sus planes de futuro y después, cuando iba a colgar, decía: Oye, ya te llamaré otro día, y yo pensaba, no, pero era sí, y a mí me sabía mal cortarle, al fin y al cabo solo tenía que aguantar un rato el rollo y en la cárcel no hay muchas posibilidades de hacer algo que se salga de la rutina y te mantenga en contacto con alguien del otro lado. Y Dani volvía a llamar a la semana siguiente y, a la tercera llamada le dije: Oye, llámame al móvil, porque no sabía cómo justificar aquella voz y aquel tono a quienes me veían atender la llamada y no sabía qué decir y sudaba a mares, y acabé dándole el número de móvil y la cagué.

Los pasos por fuera de Cristina me distraen de mis pensamientos y me devuelven a la boca el regusto amargo de la realidad. Ahora hace tiempo que Dani ya no llama. Cuando está drogado, no llama. Cuando asoma la cabeza por encima de las nubes es lo primero que hace, y es para asegurarse, una vez más, de que ya no volverá a pincharse, de que ha dejado la droga para siempre y de todo lo que me promete periódicamente. La primera vez le pregunté: ¿No habías dicho que lo dejabas? Sí, tío, pero es que tuve un problemilla aquí dentro y ya sabes. Un problemilla, tío, porque siempre me llama tío y a saber el problemilla al que se refería, como lo de ya sabes, que tampoco sé nunca a qué viene exactamente. Vale, colega, ya te he entendido, últimamente me lo quito de encima aunque intento cogerle el teléfono porque, si no, me llena el contestador hablando sin parar y todavía es peor porque me lo bloquea y no me cabe nada más. Es peor que mi madre, que cuando no me encuentra, también le cuenta todos sus problemas al contestador. Ahora mis padres ya no se pelean, o eso parece de puertas afuera. Claro que yo dejé de enterarme de lo que pasaba en casa cuando me fui a vivir con Rosa. Cerré los ojos y los oídos al barrio, al ambiente, a todo. Se había acabado. Basta.

Me levanto bruscamente y salgo afuera. No aguanto más, tengo que respirar.

—Voy a tomarme un café —anuncio a Cristina, y desaparezco deprisa.

He visto que se ha quedado embobada mirando el velatorio de la chica de la leucemia. Me parece que lo que la sorprende en realidad es que haya tanta gente. Pero no debería sorprenderla, si dice que Ramón no tenía amigos y, en cambio, es normal que una persona de diecinueve años atraiga a tanta gente. Y por qué Ramón no tenía amigos es una cosa que no entiendo. Subo la escalera mientras intento sacarme de la cabeza esta y otras preguntas que me obsesionan. Hoy es un día de muertos, y un día de enfrentarse a un pasado que hasta ahora juzgaba inexistente, y un día de preguntas que surgen todas a un tiempo y no sé si estoy capacitado para contestarlas.

En la cafetería veo al hermano de la muerta, mi compañero eventual de lavabo, que consuela a otro hombre mayor que él que supongo que será su padre. Al verme, hace un gesto con la cabeza. Tienen la sala llena de gente y ellos están aquí abajo, se

habrán escapado aprovechando precisamente la compañía. ¿Por qué velamos a los muertos? ¿Tenemos miedo de que se escapen? He aquí nuevas preguntas que plantearse, más preguntas que quedarán sin respuesta y que no sé si quiero contestar porque la respuesta me da miedo. Todo lo sobrenatural me da miedo, aunque sepa que el muerto no se mueve.

No tengo más remedio que sentarme muy cerca de ellos porque no hay más mesas libres. Queda indiscreto, pero es que realmente no hay otro sitio. Ahora el chico de los lloros no me hace ni caso, se limita a seguir hablando con el que supongo que es su padre. Tú no has hecho nada, le dice, tú siempre la has querido igual que a mí e igual que a Octavi, no tienes que sentirte mal. Pero se lo dije, se lo dije, repite el padre, y habla con la voz entrecortada y me fijo en que le ahoga el llanto, le brotan las lágrimas de aquel modo tan difícil de parar que dirías basta, es suficiente, pero para tu cuerpo no es suficiente, qué va. Y enfermó y tuve que decírselo, insiste el viejo, y se le vuelve a romper la voz, ay, Marc, si pudiese volver atrás no lo haría igual. Marc, el chico lloroso se llama Marc, pero ahora ya no llora, ahora el que llora es el padre y él lo consuela: Vamos, vamos, papá, Griselda enfermó porque llevaba la enfermedad dentro, son células enfermas que se comen todas las sanas y es una enfermedad que tiene mucho de genética y... Marc se calla de golpe y dice: Lo siento, por lo visto ha metido la pata, el padre murmura: No pasa nada, y yo empiezo a atar cabos, Griselda no era hija del viejo, es la primera explicación que se me ocurre, seguro que no lo era, qué va, madre mía qué historia más jugosa tiene que haber detrás de todo esto. Y tu madre me mira como si fuera un asesino, ahora sí que el padre de Marc ha hablado en un tono desmesuradamente alto y casi no puede concluir la frase porque rompe a llorar con fuerza y acaba con la cabeza entre los brazos, Marc primero lo mira con impotencia y luego termina por desviar la mirada y cruzarse con la mía. Siento que me han descubierto y sonrío débilmente, qué voy a hacer si no, comprendo que no soy el único con problemas de conciencia por mucho que los del padre de Marc sean o parezcan muy distintos de los míos.

La última vez que vi llorar a alguien antes de hoy fue a Mone. Acababa de dejarla el novio y estaba destrozada, me lo contó Rosa después de ver la bronca que le echaba por un guión mal hecho, mal estructurado. Ella siempre hace los guiones muy bien y aquel no estaba en absoluto a la altura de sus posibilidades. Además, parecía que se le hubiera secado el grifo de la creatividad a la mitad, porque era un guión muy corto. Haciendo gala de mi poder sobre todo el equipo, levanté los dos folios y, en voz muy alta, pregunté, mirando a Mone: Qué se supone que es esto. Un guión, contestó ella a media voz. Esto no es un guión ni es nada. Si trabajas en uno de los dos grandes magacines de la radio con más audiencia de Cataluña, sabes que la vida es dura y se te exige el máximo y pueden decirte cosas como esta en cualquier momento, forma parte del juego, y yo siempre lo he aprovechado al máximo, aunque Rosa me llame déspota. Una vez estuve a punto de echarla, no sé qué se ha creído, critica todas mis decisiones y todo lo que hago, me deja mal delante de todo el

mundo, y aquel día no fue una excepción. Ponte gafas, me dijo tranquilamente Rosa, si no ves que esto es un guión, es que tienes un problema grave. Tú calla, le dije, y se calló, aunque me miró con insolencia y los ojos muy abiertos. Pero mientras, Mone se había echado a llorar y eso me exasperó, no soporto que me lloren las mujeres, me deja sin fuerzas, es como si ablandaran el hierro de mi voluntad con las lágrimas. Oh, no, y ahora qué te pasa, que no es para tanto, solo digo que esto no está a la altura de lo que haces normalmente. No pasa nada, contestó ella secándose las lágrimas, lo siento, es por otro asunto y esto me ha hecho explotar, lo siento, repetiré el guión, no pasa nada. Lo dijo del tirón. Déjalo, repuse, desconcertado, no da tiempo.

El tiempo se saca de donde sea, el tiempo se alarga y se encoge, no es cierto que no haya tiempo para hacer una cosa, solo si es simultánea, como en el caso del programa y el entierro de Ramón, del otro Ramón, del auténtico, del verídico, joder, se me hace raro pensar que no volveré a verlo, que no volveré a gritarle, que no volverá a mirarme con aquellos ojitos de ratoncillo asustado. No como los ojos de este Ramón, que nunca he visto porque hoy los tiene cerrados y protegidos por un velo de cera, el velo de la muerte que se lleva el calor de la vida, y la otra vez que lo vi fue a contraluz y tampoco pude distinguir su mirada, no sé cómo miraba el Ramón de Cristina aquel día de hace treinta años, pero sí sé cómo miraba Cristina, eso sí, porque recuerdo que tuve que desviar mi mirada por miedo a encontrarme de frente con aquella intensidad, con aquellos ojos aterrados, y pasar directamente al tema, que eran los pechos-pellejos de la caña de pescar. Dios, me parece que voy a volverme loco, no lo resistiré.

Me levanto y voy a la barra a pedir una cerveza. Mientras espero, el chico-lloroso-Marc se coloca a mi lado. Miro atrás y veo que el padre ya no está, se ha ido. Le sonrío, él pide un refresco y, cuando me siento, me sigue y me pregunta si puede sentarse conmigo. Claro, contesto algo sorprendido, y me pregunto por qué quiere compartir mesa, aunque enseguida me respondo, tiene ganas de hablar, hasta ahora ha dejado que se desahogaran los demás y ahora quiere hablar él. Como yo no tengo lágrimas en los ojos, le parece que mantengo cierta distancia afectiva con mi muerto y debe de pensar que puedo servirle de tubo de escape. Será eso.

—Eres el de la radio, ¿verdad?

Doy un respingo, esta sí que no me la esperaba, una pregunta que me hacen muchas veces pero que, no sé por qué, nunca me hubiese imaginado en boca de este chico.

—Sí.

Me ha reconocido. Lo cual me hace crecer por dentro, me llena una especie de globo interior que se infla más y más. Me siento bien durante unos instantes, mientras dura la hinchazón, porque ya se sabe que lo del globo tiene un principio y un final, que puede ser precipitado porque lo pinchan o bien lento porque el aire se escapa poco a poco.

—¿Es de la radio, el muerto?

—Sí... no, no, qué digo: no es de la radio. Es el marido de una amiga, de Cristina.

—Cristina... qué nombre tan bonito.

Dibuja una pequeña sonrisa y se queda un momento mirando el techo, como colgado. Después suspira y me dice que le preocupa su padre.

—Le he visto muy afectado... —dijo por decir algo.

—Sí, pero es que se siente culpable. Y no tiene motivos. No era el padre de mi hermana... de Griselda, ¿sabes?

—Ya.

Este chico, Marc, parece tener las ideas claras pese a su juventud. Levanta la cabeza y me dirige una mirada que también es clara. Se hace un pequeño silencio. Yo solo he contestado ya, para no parecer un fisgón, pero por lo visto él esperaba que le preguntara algo porque este silencio se está alargando más que un día sin pan. Bebo un sorbo de cerveza para hacer tiempo, por hacer algo, y después me lamo la espuma que se me ha quedado en los labios. Hoy todo el mundo me cuenta su vida, pienso.

—Griselda era hija de mi madre y un amante que tuvo durante una época, cuando mis padres ya estaban casados. Yo era muy pequeño pero recuerdo que me mandaron lejos y que en casa había muy mal ambiente. Después, debieron de llegar a un acuerdo porque nació Griselda y nunca volvió a tocarse el tema, hasta que mi padre se lo dijo hace un año a mi hermana, delante de todos, y nos quedamos de una pieza y, en fin, toda una historia. Y ahora cree que le provocó la leucemia.

—Vaya...

No sé qué más decir. Me doy cuenta de que, a base de exclamaciones prácticamente monosilábicas, estoy sorprendiendo a un chico que debía de pensar que le daría un discurso de esos que de vez en cuando suelto delante del micro. Un discurso como el que le he soltado antes a Cristina, cuando todavía no sabía quién era ella ni quién era Ramón. Pero lo de antes era comedia y ahora no podría hacerla, y yo, si no tengo un micro delante, soy más bien discreto, prefiero callar y escuchar. Y además parece que Marc me condicionara las actuaciones cada vez que mira, parece que pudiera mandarme con los ojos, y no sé qué pensará de mí, aunque da lo mismo porque ha decidido que también me contará su vida. Afortunadamente, lo hace cabizbajo, mirando a la mesa:

—Entre mi padre y Griselda siempre ha habido una tirantez extraña, la notábamos todos, pero ya nos habíamos acostumbrado, ¿sabes? Y el día aquel de hace un año descubrimos a qué venía. Fue por Navidad, uno de esos días... puede que Sant Esteve o quizá Nochevieja, estábamos los cinco solos, y mi padre bebió. Y él no bebe nunca, pero aquel día bebió, y después nos dijo que había bebido para poder hablar. Porque si no bebía no podía hablar y no podría explicar jamás lo que le oprimía el corazón.

Marc se detiene un momento para beber un sorbo de limonada. Me mira y me incomoda una vez más; después, vuelve a bajar la mirada, habla al vaso largo y estrecho que tiene delante. Claro, continúa, cuando lo dijo nos quedamos todos de piedra, sobre todo Griselda. Mi madre rompió a llorar y después se abrió una brecha

en medio de nosotros, sabes, Marc la escenifica con la mano, como si cortara el aire, quedamos divididos, es decir, mi padre de un lado y todos los demás, del otro. Lo mejor del caso es que mi padre me ha confesado que él pensaba que la brecha se abriría entre mi madre y los demás. Dice que no lo hizo a propósito, que lo hizo porque necesitaba quitarse un peso de encima, porque necesitaba que supiéramos lo que había hecho nuestra madre, después de tantos años no podía aguantar más.

—¿Y la leucemia? —pregunto al ver que se calla.

—La leucemia es de hace dos días. Vaya, que lo sabemos desde antes de ayer, es lo que te decía antes...

Se le rompe la voz, me dice: Perdona, y se seca los ojos con una toallita de papel. La muerte sirve para redimir la vida desde los tiempos de Jesucristo. ¿Por qué nos pasa eso a los humanos? Necesitamos que alguien pague por lo que hacemos los demás, solamente así entendemos que no hay nada tan grave ni tan imperdonable; necesitamos que alguien nos deje con la palabra en la boca con un sacrificio impuesto por Dios, o por los dioses o por quienquiera que nos mueva desde un lugar inalcanzable para nosotros. Necesitamos lecciones de vísceras y sangre. Si no, no reaccionamos.

Marc se enjuga las lágrimas:

—Griselda pidió explicaciones a mi madre, eso sí, claro, pero no fue con exigencias ni rabia, sino sin más, pidió explicaciones en ningún tono en especial. Mi hermana es... era muy sensata y entendía las cosas. Hasta entendió aquello enseguida, a pesar de la impresión. Se quedó un rato mirando el plato y luego se volvió hacia mi madre y le preguntó si era verdad.

Una vida se trunca cuando le sacuden los cimientos: en el caso de Griselda, el quedarse sin padre de golpe; en el caso de Cristina, el tener que crecer sobre unos cimientos defectuosos. ¿Hay culpables en el primer caso? No lo sé y, si los hay, no sé de quién es la culpa exactamente. En el caso de Cristina sí los hay, uno concretamente o, mejor dicho, tres, pero los otros dos son de los que están acostumbrados a acumular culpas y a ahogar en los efluvios que se inyectan y les suben al cerebro y así las diluyen, el líquido mágico diluye la culpa igual que diluye cualquier sentimiento intenso que pueda llegar a tenerse en la vida. Y así, todo les pasa en imágenes, todo es *light*, aunque creen que todo es definitivo y para siempre, Dani decía que me llamaría y no lo hacía, desaparecía, y yo sabía que había recaído y que un día, al cabo de unos meses o de un año, volvería a llamarme para contarme que ya estaba mejor y que lo había dejado definitivamente. Y si en la primera recaída le había reñido, a partir de la segunda, cuando me decía que ya lo había conseguido, yo fingía creerlo, le seguía el rollo, le decía: Oh, qué bien, fantástico, Dani, ya puedes buscarte trabajo y todo lo demás porque seguro que sales adelante.

Y de todo ello había aprendido que la novia eterna de mi amigo era una Reina que se infiltra en la sangre de sus amantes, que ejerce un gran poder sobre todo al que domina y nunca abandona su reino. Esta Reina sí que es para siempre. Eso es lo que

he aprendido. Y por eso tendría que estar eternamente agradecido a Rosa, por haberme sacado de un nido de ratas donde no habría sobrevivido o donde, al menos, no habría podido vivir en las mismas condiciones que ahora.

Marc me distrae de mis pensamientos hablándome de su vida. Todo el mundo tiene necesidad de hablar menos yo. Yo hoy prefiero callar y que todo esto no salga de aquí, que no se vea la inmundicia que hoy he descubierto que tengo en la cabeza y el corazón y que ha salpicado toda mi vida. De repente resulta que llevo una mochila mucho más pesada de lo que puedo cargar, un peso acumulado durante muchos años que no he podido calcular y al que no he podido acostumbrarme porque no lo había descubierto hasta ahora. Mi padre se fue esa misma tarde, se marchó después de brindar y comerse el postre refunfuñando, era el único que comía, todos los demás habíamos mandado los turrónes a paseo, Marc continúa hablando y me fijo en el color apagado de su limonada, que debe de ser de todo menos limonada, esas cosas son solo un invento químico que fabrican algunas industrias y que acabamos tragándonos porque tenemos sed. ¿Qué estamos bebiendo en realidad?

Mi pregunta mental queda en el aire y Marc da un trago antes de contarme que su madre les explicó lo que había pasado cuando el padre ya no estaba. Octavi tenía solo trece años y no entendió nada, ese sí que no.

—Mi madre nos dijo que sentía mucho que nos hubiéramos enterado y, más, que nos hubiéramos enterado de aquella manera. Nos contó la historia de siempre, ya sabes, la de la mujer de buena familia que se enamora del hombre que le promete poner patas arriba su vida aburrida. La historia de una mujer de Sarrià que conoce y se enamora de un hombre de moral dudosa, de otro ambiente, de otro lugar, un inmigrante, uno de esos que no se sabe por qué embelesan a las mujeres de una cierta posición...

Me sonrojo sin poder evitarlo. Me siento retratado, siento que me ha descubierto, aunque parece que Marc no se da cuenta, tiene la cabeza y el corazón ocupados en un tema demasiado importante como para dar cabida a otra cosa, ya no tiene sentimientos ni intuición ni instintos para nada más, está exhausto, como mucho tendrá veinticinco años pero en su mirada se leen como mínimo cincuenta, es como si hubiera vivido mucho, como si lo supiera todo de la vida, quizá es eso lo que me incomoda, no lo sé. A mí me ha pasado, me dice, y entonces levanta la cabeza y a mí todavía me queman las mejillas pero él sigue sin darse cuenta. Yo tenía una novia que era la guapa de la clase cuando estudiábamos COU. Y la más inteligente. Todos me envidiaban. Sonríe, y en esa sonrisa, tan clara como su mirada, se dibuja toda una historia, la de aquel chico que parece que aún no tiene historia pero sin embargo la tiene, porque todos, incluso los bebés con segundos de existencia, tenemos una historia. Hace años, dice él. Años, en el caso de Marc, significarán cuatro o cinco. En mi caso, años son diez o veinte, en este mundo todo es relativo, se me pasa el sofoco, escucho un relato de sueños adolescentes. Pensaba que había encontrado a la mujer perfecta, sabes, me dice, y gira el vaso con ambas manos y calienta la limonada, peor

para él, pienso, después dirá que está muy caliente. Se le acaba la sonrisa. Ella trabajaba de voluntaria en un centro para niños de un barrio necesitado y allí se enamoró de un monitor que le tomó el pelo, aunque ella no se dio cuenta hasta pasado un tiempo, porque decía que valía mucho, que, encima de pobre, iba a ayudar a los niños, y siempre me hablaba de él y no se daba cuenta de que yo me ponía celoso, mucho.

Yo me ponía celoso cada vez que Rosa hablaba con otro hombre, aunque fuera el técnico de sonido o el productor o el guionista o el jefe de programas. No lo soportaba. Me ponía celoso porque tenía la impresión de que antes o después Rosa caería en la cuenta de que yo no era nadie y los otros lo eran todo, porque yo no había recibido la educación de la que ellos habían disfrutado. Me parecían unos gallitos vanidosos que sabían perfectamente cómo moverse para conseguirlo todo de la vida y de todos, en particular, de las mujeres. Y las mujeres de Raig FM se comportaban de manera muy diferente de las que estaba acostumbrado a tratar hasta entonces porque hablaban con todo el mundo y salían a almorzar, a cenar e incluso a divertirse con otros hombres sin que eso supusiera que sus parejas oficiales se pusieran celosos. Me di cuenta cuando estaba a punto de perder a Rosa, cuando ella me dijo que o cambiaba de actitud o podía largarme de su casa y de su vida. Entonces, durante una temporada me tiré de los pelos y me mordí los puños y las uñas y todo, y pasé una especie de síndrome de abstinencia de la dependencia que había cultivado yo mismo el día que cambié el alcohol y la droga por una mujer y una radio, y tardé mucho tiempo en comprender que las reglas y las normas sociales de mi nuevo ambiente no tenían nada que ver con las del ambiente que me había visto nacer y crecer.

Y ahora, Marc me habla de celos desde el otro lado, desde el lado de Sarrià.

—Pero yo pensaba que hablaba por hablar. Y me parece que también ella lo creía, pensaba que nuestro amor era firme y todo eso... Era muy ingenua en ese sentido y no se dio cuenta de nada hasta el día que aquel chico la besó.

Vuelve a sonreír. Ahora, en esta sonrisa, que es un poco más oscura que las otras, está la cicatriz del tiempo que todo lo cura, la cicatriz de la resignación que primero ha sido una herida profunda, la primera, seguramente, de su juventud.

—Era mi primer amor. Y era intenso.

Ahora me da pena y me sabe mal, pienso que es demasiado joven para haber pasado por algo así. Me dice que cuando su chica se besó por primera vez con el inmigrante, le confesó que se dio cuenta de que aquello era amor de verdad y no lo que tenía con Marc. Vaya, digo, intentando estar a la altura de las circunstancias o porque no sé qué decir. Él se ha callado, ha bebido un sorbo de limonada, y después me dice, con otro tipo de sonrisa, esta impregnada de timidez:

—Ay, no sé por qué te cuento todo esto, si a ti debe de darte lo mismo. Además, tú vives en otro mundo, eres famoso y eso.

—No, no, ¡qué va! Soy una persona como todo el mundo.

Acabo de decirlo y me doy cuenta de que lo he dicho muchas veces, a mucha

gente, porque es lo único que se me ocurre cada vez que alguien me reconoce como me ha reconocido Marc y se encuentra en situación de inferioridad porque a mí me escuchan durante tres horas diarias en todo el país y a él o a ella no. Pero, eso sí, es la primera vez que lo digo con convencimiento, creyéndomelo, es la primera vez que pienso de verdad que soy una persona igual que las otras. No es que hasta ahora no lo supiera, claro que lo sabía, no soy tan burro como para no saberlo, pero sí para ponerme delante una capa protectora que me ha cegado y me ha impedido ver el agujero que ahora, por primera vez, comprendo que tengo dentro, que todo aquello que yo creía lleno de vida, experiencia y solvencia, no es más que un bluf que se desinfla de golpe con la punzada del recuerdo de un pasado que, Dios, no entiendo cómo he podido olvidar, no entiendo cómo he podido desproveerlo de la importancia que, tal vez para mí no pero sí para otros, puede haber tenido, hasta el punto de haber desmantelado una vida de esta manera, y eso que todavía no la he escuchado exactamente, pero ahora ya no puedo marcharme sin escucharla, sin que Cristina acabe de contármela con puntos y comas. Porque me importa, me importa mucho.

La vida de Marc, en cambio, me importa poco. O puede que no. Ahora no sabría decir si también hay algo en todo lo que me cuenta que me toque de cerca. Quizá es que toda mi vida gira alrededor de Sarrià y del contraste con mi barrio junto al río, del puente de los yonquis, del despojo humano que supone el camino que eligieron Dani y Luis o, mejor dicho, que se encontraron delante de las narices, el único que podían seguir porque, desengáñate, Sergi, a ti te subieron a una alfombra voladora, te llevaron por las nubes en bandeja y solo tuviste que alargar la mano para tocarlas.

—Todo eso de mi primera novia te lo contaba porque es lo mismo que le pasó a mi madre, solo que yo me enteré pasados muchos años. Es como aquel libro de Marsé, ya sabes, *Últimas tardes con Teresa...*

—Sí, sí...

Me han hablado mucho de ese libro. No lo he leído, pero una vez que Marsé vino al programa, como teníamos que hablar del libro, Jordi me lo resumió y ahora es prácticamente como si me lo hubiera leído, sí, la historia de siempre, de la chica rica enamorada de un miserable, todo se repite, las vidas de todos los seres humanos se parecen, incluso en mi caso, si este chico lo supiera no se lo creería. Pero no debe saberlo.

Si quieres salir por antena, tendrás que quitarte ese acento y esa manera de hablar, afortunadamente eres muy dúctil. Rosa me llevó de la oreja a ver al jefe de los lingüistas: Ya he hablado con él, me dijo, y le he explicado que aprendes muy rápido y que se puede hacer un gran trabajo contigo. De aquí a un año, volvemos a hablar. Un año es mucho, exclamé exasperado, yo quería triunfar enseguida, qué estúpido era, si ahora alguien me dijera lo mismo, me echaría a reír y le llamaría imbécil. Rosa, en cambio, no me llamó imbécil, sino que me dijo: Pues mira, así son las cosas, chaval; me prometió que, si salía adelante, ella misma hablaría con el jefe de programación para que me diese una oportunidad. Y el jefe de programas me hace

caso, ya lo sabes, me miraba con aquellos ojos redondos y oscuros que toda la vida me han impuesto respeto. Era verdad, Rosa tenía cierto poder sobre él, eran muy amigos y el jefe de programas era uno de los hombres que, cuando hablaba con ella, más despertaba en mí toda clase de demonios dormidos que, no obstante, no me interesaba nada que traslucieran. De acuerdo, contesté resignado, y me puse en manos de los lingüistas, cumplí un programa estricto de horas de estudio y, sobre todo, de dicción, que me tuvo todo un año mareado pero surtió efecto.

—Aquel inútil dejó a mi novia. Pero a mí ella ya no me interesaba, me había decepcionado mucho. Bueno, me desengañé, no sé...

Marc hace un gesto aclarativo con las manos y no hace falta que haga nada más, porque le entiendo perfectamente, que te dejen es ofensivo y más si lo hacen por alguien que de cara a la galería no tiene tu categoría, ya sea social o de prestigio, como el chico salido de la nada en el caso de su novia o el técnico de sonido que sedujo a Rosa y consiguió que se fuera no hace tantos años, aunque después rompieron, al final todos rompen. No te conviene, le dije cuarenta veces a pesar de que la frase exacta debería haber sido: No me conviene, porque yo, sin Rosa, no me veía capaz de nada, y realmente durante aquel largo año en que desapareció de mi vida no fui capaz de nada, no era lo mismo trabajar con una productora nueva, que era muy despierta pero no tenía mundo, ni agenda ni nada, y al final me quejé y me pusieron a la otra, que no era despierta pero tenía agenda y, resignado, pensé: Mira, pues entre las dos igual hacemos una Rosa, porque me negaba a reconocer que sin ella no era nadie. Te hundirás, fue lo último que me dijo Rosa, y yo le contesté: Eso es lo que tú te crees, ahora te demostraré quién hace que la antena brille, soy yo y nadie más. No sé por qué lo dije, menudo estúpido, la antena no brilló ni mucho menos, primero trabajé con el ímpetu, la fuerza de la rabia y el deseo de venganza y después me desinflé y fui aguantando todo un curso no sé cómo y, al final, cuando Rosa regresó del permiso que había pedido, cuando ya se había peleado con el técnico al que afortunadamente habían despedido de Raig FM, nos encontramos un día a solas en mitad del pasillo y me dijo, mirando al suelo, que le gustaría volver al programa. Y yo le contesté que si solo al programa y ella me preguntó si tenía algo más que ofrecerle y, vuelta otra vez, Dios, Rosa y yo somos como un imán: nos odiamos o nos adoramos, no sabemos sernos indiferentes, como no es indiferencia lo que hay ahora entre los dos a pesar de que la última vez que nos separamos ella aseguró que no volvería nunca más conmigo, jamás, pero que, si yo quería, ella no tenía ningún interés en dejar el programa. Y yo, después de aquella experiencia le dije que me parecía bien y, desde entonces, o sea, desde hace cinco años, ella ejerce conmigo de ángel de la guarda y policía de los que de vez en cuando tengo que escaparme, continúa siéndolo todo para mí y yo no sabría funcionar sin ella pese a que no compartimos cama, pese a que no compartimos cama porque ella no lo permite.

Yo me moriría por irme a la cama con ella.

—Me parece que mi madre, cuando era joven, necesitaba emociones fuertes, todos las necesitamos, y al final, en mi casa, hemos encontrado lo que buscábamos, pero de una manera un tanto... salvaje.

Le ha temblado la voz al decir lo de salvaje y le ha caído una lágrima en la limonada. Oh, ha exclamado por disculpar la negligencia, se ha turbado un poco y yo he querido arreglarlo. No pasa nada, le he dicho, mira, es agua salada y caliente que cae en un líquido frío y dulce. Y un poco ácido, ha añadido. Es como la vida, he pensado yo, la misma mezcla sorprendente de dulce y salado, de frío y caliente hasta que un toque de ácido le da, de pronto, un gusto a limonada que no habías previsto. O a vinagre, pienso, porque mi zumo sabe a vinagre y me ha perforado el estómago.

—Imagínate, mis padres se conocen desde críos, las familias eran amigas, los dos son abogados, los dos han trabajado durante muchos años en el mismo bufete, que era de mi abuelo materno. Mi madre, además, lee mucho, habla varias lenguas y toca el violín. Mi madre era la típica niña de buena familia, ya sabes...

Pienso, de pronto, que este chico está obsesionado con la manera de ser y hacer de los de buena familia, ya me lo ha dicho dos veces, y a mí no me gusta que me lo diga porque me encuentra las cosquillas, me mete el dedo en la llaga, él también me recuerda de dónde vengo y desde que he entrado en esta casa mortuoria todo el mundo se empeña en recordarme de dónde vengo y el mal que he hecho. Pero Marc el de la mirada clara, la sonrisa clara y las ideas claras, ha abierto un grifo que no se agota, el de todos los secretos de su casa, y así sé que su madre, otra Griselda, la que dio nombre a la chica muerta, a la hija tenida fuera del matrimonio, nació y creció muy cerca de donde vivo ahora, en la calle Major, cerca de la plaza donde los domingos veo pasear a numerosas familias, donde me siento a leer todos los periódicos, uno a uno, para no perderme ninguna noticia, para estar al día y saber de qué hablar al día siguiente y, a veces, llamo a Rosa y le pregunto qué le parecería si hablásemos de esto o lo otro y ella finge que se enfada porque la llamo en domingo, pero no es verdad que se enfada porque sé que le gusta, a los que hacemos radio nos gusta que nos llamen en domingo y nos hablen del día siguiente, porque siempre estamos pensando en el día siguiente, la nuestra es una profesión que también es nuestra vida, quizá una vocación, quizá como la del cura que nos aleccionaba a mis amigos del barrio y a mí. Llevaba unos meses poniendo voces en la radio y todavía iba de vez en cuando por allí con Dani y Luis, más por rutina que otra cosa, hasta que me enganchó una vez que me dirigía al banco, a nuestro banco, al banco de piedra de siempre, al que habíamos sacado brillo del roce de los pantalones, y me dijo: Basta, no te acerques, porque tú te salvarás y ellos no. Parece Jesucristo, pensé. Y no sé si lo era pero acertó, yo me salvé y ellos no.

—Las apariencias eran muy importantes en mi casa, mantenerlas era y es una norma clave en determinados estatus para que una clase social pueda mantenerse tal como es. No son cosas de antes, qué va. Continúan de plena actualidad y no sé hasta qué punto estoy a favor o en contra, sobre todo después de lo que vi, después de lo

que pasó y después de lo que ha pasado con Griselda.

Esta vez caen tres lágrimas en el vaso de limonada. Qué clarividencia, continuó pensando, si este crío no llega a los veinticinco años y ya piensa mucho más que yo. Porque Marc me cuenta que Griselda se fue de casa con la excusa de estudiar inglés. Ha pasado fuera el último año y eso que tenía pagada la matrícula de la universidad, y eso que quería empezar magisterio porque le gustaban mucho los niños. Pero se marchó sin decir nada. Mi madre le pidió perdón y Griselda le contestó que no tenía nada que perdonarle. Mi padre entendió que debía marcharse de casa, es curioso, ninguno de nosotros culpó a mi madre de lo ocurrido y, en cambio, culpamos a mi padre por haberlo dicho, tal vez por eso que te cuento de las apariencias. Aunque, no te creas, no le dijimos nada, nadie dijo nada, nadie gritó, nadie lloró, solo mi madre. O al menos, no lo hicimos en público. Y Griselda ha regresado para morir.

Lo ha dicho con una frialdad sorprendente, sin que caigan lágrimas en el vaso. Me sorprende, este crío tan joven haciendo un examen de conciencia tan preciso a su edad. Se me ocurre una pregunta y la planteo sin pensármelo mucho. Me arrepiento de inmediato:

—¿Estás seguro de que su estado de ánimo no ha tenido nada que ver en la enfermedad?

—¡No! Por supuesto... Debía de hacer tiempo que tenía leucemia. Tal vez fuera genética. No sé de dónde ha salido... quizá de su padre, ya ves...

Suelta una risita nerviosa. Después bebe lo que le queda de limonada y suspira. Alza los ojos, me mira y me confiesa la verdad de lo que cree:

—Pues claro que ha influido: aunque la enfermedad fuera genética es evidente que la declaración de mi padre la ayudó a salir, a manifestarse... a matarla.

6

Cuando he regresado arriba, Cristina no ha esperado a que me sentara para continuar contándome su historia.

—Pues sí. Lo pillé dentro del coche.

Me miraba con los ojos cargados de reproches, como si yo fuera en realidad su marido o su hermano y tuviese la obligación de estar en el velatorio con su Ramón en lugar de en el bar y como si no pudiera ausentarme una hora de su lado, que es lo que he hecho, para ir a escuchar la historia de otra alma perdida, de otro mundo.

Cuando he entrado en la sala, Cristina estaba con Ramón, el muerto. Ha levantado un momento la vista para mirarme y entonces me ha dicho lo del coche y la mujer que se dejaba tocar.

—Y eso que yo tenía las tetas grandes —dice sonriendo—, acababa de tener a nuestro segundo hijo...

Fue en una calle solitaria del barrio, cuando volvía a casa con los dos niños, era invierno y estaba oscuro. El coche estaba aparcado y se movía, porque cuando se hacen determinadas cosas dentro de un coche, el automóvil se mueve, ya sabes.

Me mira y hace un gesto con las manos que quiere ser gracioso. Después, vuelve a ensimismarse con la urna de cristal. Me la imagino con los dos niños, caminando por una calle oscura, encontrándose con un coche que se movía.

—Mi hijo mayor exclamó: ¡El coche se mueve! Lo dijo a su modo, todavía no hablaba correctamente... Yo no pasaba nunca por allí, porque el camino era largo y oscuro, pero estaban de obras en la otra calle y no tuve más remedio. Allí no había nunca nadie... Primero yo también miré el coche divertida porque, claro, yo sí sabía por qué se movía. Entonces me fijé en la matrícula y, Sergi, todo se vino abajo. Todo, en un instante.

Te sientes segura hasta que te sientes insegura, dice Cristina. Debe de ser como llevar la capa puesta y darte cuenta, de repente, de que es una toalla solo porque alguien se ríe de ti, y es lo mismo que según Marc dijo Griselda antes de marcharse, cuando pudo hablar un momento con él: Te sientes segura hasta que te sientes insegura. Y la Griselda de Marc se llevó su inseguridad a Londres mientras que la Cristina de Ramón se la llevó a casa con los dos niños y la respiración entrecortada porque intentó, sin que los niños se fijaran, echar un vistazo dentro del coche y así vio los rizos rubios de Ramón y una pierna de mujer larga y delgada. Nada más, dice Cristina que no alcanzó a ver nada más. Solo aquella pierna, y corrió hacia casa y empezaron a saltarle las lágrimas y, en fin, si solo fueran las lágrimas de fuera, nada, puntualiza, no pasaría nada, pero el problema es que del corazón comienzan a manar lágrimas y lágrimas y no paran, manan, manan y no paran de manar y a mí se me secaron las lágrimas de fuera, pero las de dentro, no, y eran ácidas y me quemaban. ¿Sabes qué hice? Pues pasé por un estanco y compré un paquete de cigarrillos, nunca había fumado, y aquel día empecé a fumar, a propósito, buscaba algo que me

calentara por dentro y pensé que tal vez el humo del tabaco calmaría el fuego que tenía en el pensamiento, acosté a los niños y me instalé en el comedor a quemar cigarrillos, uno detrás de otro, sin tragarme el humo, porque lo intenté una vez y casi muero ahogada, hasta un tiempo después no empecé a tragarme el humo y, ya ves, un día de estos tendría que parar porque ya está bien de tanto fumar.

A Griselda no la detuvieron, como tampoco detuvieron al padre de Marc cuando quiso marcharse. En una familia donde todo funcionaba, en una familia modelo de las del pastel del domingo en Can Foix y el diario en el quiosco de la plaza, todo acabó en un instante, en una explosión de quien no pudo contener ni un minuto más una herida escondida durante tantos años. El padre dejó de ser el padre y, cuando el padre deja de ser el padre, todo se rompe. El pequeño Octavi dejó su espléndido rendimiento escolar, Griselda se fue, la madre dejó de ser la mujer con empuje que los había ayudado a todos a tirar adelante para convertirse en un espíritu cargado de culpa, siempre con los ojos llorosos, y el padre desapareció, no sin antes asegurar que no se arrepentía de nada. No volvimos a verlo hasta que lo llamamos hace dos días, dice Marc, y fui yo, porque mi madre no quería telefonarlo, yo tampoco tenía ganas pero me tocó y mira que hasta antes de ayer lo despreciaba con toda mi alma, pero cuando lo vi reaccionar a la noticia, me di cuenta de que entendía que se había equivocado en muchas cosas.

De las equivocaciones, se aprende. Oye, le he dicho, no acabo de entender que culparais a vuestro padre de todo si, al fin y al cabo, fue vuestra madre la que se fue con otro. Hasta cierto punto tienes razón, me ha contestado Marc, cuando vi cómo se lo tomaba Griselda me tranquilicé, ella era la única que me importaba, y Octavi hizo lo mismo que yo, Octavi siempre hace lo mismo que yo porque soy su hermano mayor, ya me entiendes. Sí, claro. El caso es que eso era lo de menos, pasó hace muchos años y era inevitable y, en aquel momento, lo único importante en nuestras vidas era la estabilidad, era esencial que no se moviera nada para poder continuar viviendo. El pastel del domingo y el diario, he pensado, sí, como todas esas familias que pasean por la plaza cada domingo, familias aparentemente tan unidas que quién sabe si ocultan secretos como el que escondían en casa de Marc. Sí, quizá lo único que importa en Sarrià es la estabilidad, al contrario que en mi barrio del río, de donde es Cristina, de donde soy yo, donde los sentimientos pasan en primer lugar y si hace falta se demuestran gritando, como mis padres: ¿No vienes a cenar, nene? Esta semana no puedo, lo siento, tengo mucho trabajo. Entendedlo, ya no sé qué hacer para evitarlos, siempre pienso que un día me pillarán con el coche aparcado delante de aquel bloque de pisos del que soy algo así como el hijo predilecto y me sacarán una fotografía que saldrá en una revista del corazón y todo el mundo sabrá de dónde vengo y los periódicos hablarán del tema un tanto burlones y yo no sabré cómo defenderme de tantas lenguas afiladas. Me dan pánico las lenguas afiladas.

Mi madre le encontró a Griselda una familia londinense que alquilaba una habitación y mi hermana se marchó sin decir nada, solo adiós. Parecía que se hubiera

pasado las noches de los últimos días llorando, pero en el momento de irse estaba muy tranquila, muy serena. Curiosamente serena.

Curiosamente serena, dice Marc, como más o menos dice Cristina que estaba ella aquella noche de humo en el comedor mientras esperaba a que Ramón regresara del coche que se movía.

—Se presentó alarmadísimo, creía que la casa se quemaba porque salía humo de todos lados.

Cristina se ríe, es una risa pelín maliciosa. Yo también sonrío, la situación debió de ser de película cómica. Cuenta Cristina que le preguntó si lo había pasado bien mientras él le decía: Qué es este humo, qué haces fumando, pero ella fingía que no lo oía, solo le preguntaba si lo había pasado bien y, al final, Ramón estalló: Por qué me preguntas eso, y ella le dijo: Me ha parecido que lo pasabas muy bien cuando he pasado al lado del coche. Y entonces todo se rompió. Ramón se quedó mirando la pared sin decir nada durante un rato, hasta que al final empezó a hablar, dijo: Ella, y no dijo nada más, solo ella. Y dice Cristina: Yo ya sabía cuál era el final de la frase.

—El final de la frase era:... se deja tocar las tetas, pero no lo dijo en voz alta para no herirme más, porque se dio cuenta de que bastante herida estaba...

Llegado este punto Cristina se muerde los labios y calla un momento. Aquel día se acabó todo, dice mirando fijamente la caja mortuoria y volviéndose también de cera, quizá por el reflejo de lo que hay debajo del cristal, dice que todo se acabó. Y entonces empecé a tener miedo, un miedo terrible de que me dejara. Y me propuse operarme sin decir nada.

Se agarra a la caja, como si no quisiera dejarla escapar. Lo de operarme se me ocurrió al cabo de unos días, claro, en casa había caído un rayo que, aparte de dividirnos para siempre, me había alcanzado de pleno y me había abrasado. Hice lo que hace todo el mundo cuando descubre que su pareja se va con otra, pedí explicaciones y él me dijo que había pasado sin más, que no había podido reprimirse. Le pregunté quién era ella y no quiso decírmelo, no quiso decirme su nombre, nunca me lo dijo, me dijo que no importaba, se cerró y se volvió frío como el hielo y yo pensé que se marcharía esa misma noche. Pero no se fue, se quedó conmigo. Por las noches llegaba un poco más tarde que antes y yo sabía que había pasado un rato dentro de un coche que se movía o en una habitación escondida del mundo, a saber dónde. Y, poco a poco, dejé de preguntar porque volví a tener miedo, miedo de que me dejara si preguntaba demasiado, y decidí intentar que no lo hiciera, intentar que se quedara conmigo, porque aunque no me quisiera, estaba allí, conmigo, y la esperanza nunca se pierde, Sergi.

—No, la esperanza nunca se pierde —repito maquinalmente.

Yo no pierdo la esperanza de que un día Rosa quiera volver conmigo. A veces me pregunto qué le veo si ya es una mujer madura, ya no tiene ni mucho menos los atractivos de las chicas de veinte a las que a veces miro por la calle, o de las de treinta que, alguna vez, aprovechando la fama, consigo llevarme a la cama. No me faltan

oportunidades, no puedo quejarme, y normalmente con mujeres que valen la pena, pero, mira por dónde, la única que me interesa de verdad no se deja atrapar. Estoy harta de tus caprichos y tus actitudes de criatura, me dijo la última vez, pareces un niño de cinco años, a ver si aprendes a espabilarte solo. No sé por qué me dice eso si ella sabe que nunca me espabilaré solo, que no sé cocinar, ni cómo se llena la nevera, ni cómo se hace una cama, ni cómo se plancha, pero por eso pago a una mujer que se encarga de las tareas del hogar un par de días a la semana y a menudo me deja la comida preparada y a punto para que la recaliente. Y los demás días voy al supermercado y compro comida preparada. Todo de microondas. Sin Rosa en casa no puedo hacer otra cosa, ella lo sabe hacer todo y yo no sé hacer nada.

Pero, eso sí, delante del micro soy un crack, lo dice todo el mundo.

Lo primero que consiguió Rosa fue que me dejaran hacer un programa de una hora los fines de semana. Grabamos un piloto y entró en el despacho del jefe de programas y no sé qué le diría o le haría, pero cuando volvió a salir teníamos el programa, es decir, podíamos empezar a grabarlo a la semana siguiente, le había gustado la idea y, dijo Rosa: Así te rodarás. Yo no sabía cómo agradecerse, no sabía qué hacer, me desbordaba la alegría muy a mi pesar: la posibilidad de comerme el mundo a través del micrófono casi me hizo perder la cabeza. La radio me había convertido desde hacía tiempo en un adicto a aquella manera de vivir diferente, difícil de entender para quien no era del mundillo y totalmente inconcebible para gente como Dani y Luis, que tenían otra droga. La radio se convirtió en mi punto de partida y mi objetivo final, era mi vida y me desvivía por ella, me habría pasado en la radio noche y día, no me habría ido nunca de vacaciones, me habría quedado encerrado entre aquellas cuatro paredes para siempre. Raig FM era para mí lo mismo que para Hänsel y Grettel la casita de chocolate.

No sé cómo, pero el programa funcionó, y empecé a ganar la seguridad necesaria para salir adelante y pensar incluso en hacer otras cosas. Qué morro tienes, me decía Rosa con descaro, y ese morro es el que te empuja adelante, no sabes nada y no te importa no saberlo. No sé nada, le decía yo, pero iré aprendiendo; era verdad, yo era muy consciente de que no conseguiría ascender si no me impregnaba de cultura mediática, de esa que no sé si es la buena o no, pero sí la que hace falta para salir adelante en este mundo de la comunicación, donde es más importante hacerse ver y dominar la terminología y los nombres que están *à la page* que saberse de memoria todas las obras de Shakespeare que, al fin y al cabo, no le importan a nadie y ya sé que son muy trascendentales pero, no jodamos, se escribieron hace millones de años y a quién le importa lo que se escribiera hace millones de años si ahora los problemas del mundo son otros.

—Ramón empezó a desaparecer. Cada día venía más tarde. Me contaron que lo habían visto con diferentes mujeres. Por si fuera poco, comenzó a beber, bebía sin parar y dejó de ser él mismo. Pero yo fingía que no pasaba nada, lo entiendes, verdad, fingía que todo seguía igual.

Me ha mirado como si necesitara mi aprobación desesperadamente. Sí, la entiendo, sí, porque sé qué es necesitar que todo siga igual, que nada cambie, pero también sé qué es ser el culpable de que todo cambie, pese a que noto que no puedo hacer nada, nunca he podido hacer nada, siempre he tenido que hacer burradas, he tenido que escurrir el bulto, cuando todo está en su sitio, siento la necesidad de escurrir el bulto y así, cuando he vivido tranquilamente con Rosa, he sentido la necesidad de irme con otras mujeres y de salir y emborracharme y desaparecer dos días y, si a eso le añadimos que no sé hacer nada de lo que hay que hacer en una casa, se entiende que haya agotado su paciencia un par de veces. Y que, a la tercera, Rosa haya dicho basta, nunca más, se entiende, sí. Vamos, si se entiende.

—Y entonces se fue... O sea, entonces fue a trabajar con vosotros, ya sabes.

—Ah, sí, claro.

—Tú y yo no nos hemos visto nunca porque nunca ha traído gente a casa pero habéis salido juntos, ¿verdad? O eso me decía... ¿O se iba con otras mujeres? Él siempre decía que salía con Sergi... Supongo que se refería a ti...

Me quedo con la boca abierta. Ya no recordaba la gran mentira que supone esta escena mortuoria en este tanatorio de Barcelona. Reacciono como puedo:

—Eh... sí, a veces... sí.

Joder, qué lejos queda el otro Ramón, el informático de la radio. Me he metido de lleno en otra vida, en la vida de un Ramón que no he conocido pero que se supone que ha sido mi gran amigo. Cristina me mira de reojo y me pide muy poco a poco:

—Dime... Tú y él ¿salíais con mujeres, no?

Me siento acorralado y noto que me suben los colores. Para mi sorpresa, Cristina se echa a reír:

—Oh, no te preocupes, me importa poco, ¡por no decir nada! Hacía mucho tiempo que yo tampoco... que yo nada, vamos. El único problema eran los niños, su padre era un aguafiestas y yo no sabía qué decirles porque no estaba nunca y, cuando estaba, no me hacía ni caso. A los niños sí que les hacía caso de vez en cuando. Bueno, ha sido todo un poco difícil.

—Sí, claro.

Estoy cada vez más sorprendido, hay cosas que cada vez son más increíbles y más surrealistas. Y no acabo de entender cómo, pese a esa vida desdibujada que dice que llevaba, Ramón no tenía un solo amigo, nadie ha venido a verlo, no acabo de entenderlo, no sé en qué empresa trabajaba, pero seguro que ha tenido que venir alguien aparte de los primos de antes, si es que eran sus primos, claro. Todo esto es muy extraño y complicado y Cristina ya no me parece tan inocente, tan ingenua y tan malograda como me lo ha parecido hasta ahora, cuando he sabido lo que le había hecho yo, cuando lo he recordado, cuando he mirado atrás.

—Y... ¿cuándo te operaste?

—Hace diez años... ¿Nos sentamos?

Me precede camino de la sala, ya basta de mirar muertos. De fondo se escucha

música, por lo visto alguien ha contratado los servicios de un cuarteto de cuerda. Puedes pedir que toquen en el funeral, me explica la viuda, pero yo no tengo dinero para esas cosas, aunque Ramón, eso sí, nos ha dejado bastante dinero porque, al final, bueno, al final resultó que se ganaba bien la vida y estaba muy bien situado. ¿Eh? Sí, por supuesto, digo por decir, y ella suelta una risita, le sigo la veta y pienso que mi Ramón, el que yace en otro tanatorio, en otro velatorio, no se ganaba tan bien la vida, como, en general, no se la gana ningún informático. Qué hombre tan extraño debía de ser este de aquí, quizá cometiera un desfalco, vete tú a saber, quizá robaba.

—Me transformé, Sergi, muy poco a poco. Cuando digo muy poco a poco, me refiero a lo largo de los años, de muchos años...

La miro y la imagino transformándose. Enciende un pitillo y expulsa humo, parece una chimenea erótica, expulsa humo como debió de hacer aquella primera noche. Dejé de preguntarle, dice, solo quería que se quedara conmigo y no hacía falta pelearse ni hablar de cosas desagradables, o sea que dejé de hablarle del todo porque no quería que me hiciera daño, era como si me paseara todo el rato por el borde de un risco con riesgo de precipitarme al vacío en cualquier momento pero sin querer verlo. Me sellé los pechos, sabes. ¿Sellar? ¿A qué te refieres? No te entiendo. Estoy francamente extraño. Bueno, dejé de mirármelos, me los tenía que lavar y eso, ya lo sé, pero cuando me quitaba el sujetador, no me los miraba. Fue una época horrible. Decidí operarme, primero para volver a seducir a Ramón y después para seducirme a mí. Bueno, y al final, no fue ni para Ramón ni para mí, sino para otros hombres. Se traga el humo inspirando muy fuerte, lleva las uñas de rojo intenso y los labios también, los deja marcados en el blanco del papel de fumar y todas las colillas abandonadas en el cenicero tienen su marca roja. Tardé diez años en operarme porque no tenía dinero y no se lo quería pedir a Ramón. Fui ahorrando poco a poco, muy poquito a poco. Y durante aquellos diez años fue una suerte tener esa idea, que era lo único que me mantenía con vida a pesar de que en algunos momentos pensé que nunca lo conseguiría y que, si no me operaba, mi vida no valdría ni un duro.

Todo eso es de la época de los duros y las pelás, pienso. De cuando nos vendían chocolate a mil pelás. Todo lo que después se metieron en el cuerpo mis amigos debió de costarles bastante más caro, pero el chocolate de fumar valía más o menos eso, todo iba al mismo precio. Tío, me he quedado sin pasta, me dice Dani cada vez que me llama después de una recaída, y me lo dice para ver si le paso dinero, pero yo me guardo mucho de dárselo, porque tengo muy claro en qué lo gastará por mucho que ahora me diga que, si tuviese dinero, lo emplearía en rehabilitarse y montar un negocio nuevo y no sé cuántas cosas más, son las ilusiones de quien ve la vida por un agujero o, mejor dicho, a través de la reja que lo separa del mundo desde la celda o se la imagina del otro lado del muro que cierra el pequeño patio que rodea, eso sí, un montón de ideas, fruto de imaginaciones tan enfermas que pueden llegar muy lejos, mucho más lejos que la de cualquiera de los que estamos del otro lado y que no por eso somos más libres, o al menos yo, ahora, no me siento nada libre. ¿Cómo está

Luis?, le pregunté a Dani la última vez. Pues fatal, me dijo, lo han llevado al hospital, de esta no sale. Sida, muerte, ellos sí que están acostumbrados a convivir con palabras definitivas, drásticas, palabras que significan un punto y final, un adiós para siempre, un dejar de existir el día menos pensado o la noche menos pensada, como los dos Ramones.

—Me hundí. Quería huir de mí misma y no podía, quería huir de mi cuerpo, dejarlo en algún sitio y salir y ser otra con un cuerpo bonito, otra salida de la nada. Y no podía ser, claro, no podía dejar de ser yo. Llegué a pensar en acabar con todo, cada día lo pensaba más en serio, quería irme lejos, no tenía nada que hacer en este mundo, todo había dejado de interesarme.

No puedo más y me levanto:

—Voy al lavabo.

—Vaya, vas muy a menudo...

Le ha salido así, deprisa, y con un poco de ironía, pero me da igual, tengo que volver a salir y, si puede ser, definitivamente. Ahora ya sé todo lo que quería saber. Ahora me voy.

—Todavía no te he contado qué pasó después del calvario... No te vayas, ¿eh? Es decir, vuelve, que tengo que contarte lo de la operación... Mira, falta poco para que tengamos que irnos todos a casa, están a punto de cerrar...

—Sí, pero tengo que salir... Ahora vuelvo, ¿eh?

No, no, ahora no vuelvo, ahora sí que me voy. Adiós para siempre, Cristina, se acabó esta historia, esta sensación de haber caído en un infierno que no me interesa nada, porque ahora ya no la veo tan inocente, no me gusta, me asusta, me da miedo, no es trigo limpio, no, nada limpio. Salgo disparado de la sala, empiezo a oler a muerto por todos lados. Lejos, unos acordes finales del cuarteto que debe de haber tocado a saber en qué funeral. Y aplausos débiles, de esos de ahora no sé si hay que aplaudir o no porque ha sido una misa de difuntos pero, al fin y al cabo, ellos son músicos y han dado un concierto y se lo merecen, han sido unos aplausos tímidos de alguien que ha empezado y luego se le han sumado los demás, pero solo clap, clap, nada más, para una misa de réquiem sobra, Dios mío, ya no sé si taparme la nariz o las orejas o los ojos y todo para no ver, oler ni oír la muerte que me rodea, que me persigue, que casi me atrapa.

—¡Un momento!

Estoy fuera y Cristina me ha llamado. Me detengo, me giro. Me giro y la miro y lo que veo me hace temblar. Está bajo la luz diáfana del vestíbulo, ella también ha salido, y aquí parece una mujer normal, como las que te encuentras por la calle, en el mercado o en la oficina, una mujer como las otras, muy atractiva, pero como las otras. Pero es la mirada, Dios, su mirada es una flecha que se me clava, no sé por qué, en las pupilas. Y hace un gesto extraño con los labios, una especie de sonrisa sarcástica, cuando los abre para decir en tono pretendidamente ingenuo:

—Solo quería preguntarte cómo te va por la radio...

SEGUNDA PARTE

1

Dentro de esta caja hay una vida que ha dejado de serlo. O sea, que ya no hay una vida, solo un cuerpo sin espíritu, porque el espíritu se ha ido. Y adónde ha ido el espíritu, pues eso no lo tengo claro y, por más tiempo que pase, seguiré sin tenerlo claro, más o menos como todo el mundo, vamos, aunque mi madre esté convencida de que arriba entre las nubes hay unas sillas donde Dios se ha instalado con todos los ángeles y en las que va y viene todo el mundo, por toda la Tierra, por eso a veces hay nubes y otras no. Y después de tantos años intentando quitarle esa idea absurda de la cabeza y diciéndole que si hubiera viajado en avión vería que encima de las nubes no se sienta ni Dios ni ningún ángel y respondiéndome ella, tozuda, que son invisibles y por eso no se ven, pues después de tantos años declarando abiertamente esta y otras burradas de padre y muy señor mío, decidí no presentársela a nadie porque, cada vez que la llevaba a algún sitio, decía algún disparate de esos que la gente de mi entorno no sabía cómo tomarse, joder, qué mal lo he pasado, los padres no se eligen y, no es que no los quiera, no es eso, los quiero mucho, pero no los puedo sacar de casa. Cuando era pequeño yo también me creía eso de las nubes y Dios sentado en un trono rodeado de ángeles y, pese a la vergüenza que me provoca confesarlo, lo creí durante mucho tiempo, quizá hasta que entré a trabajar en Raig FM, porque allí me hicieron bajar de las nubes divinas y celestiales y tener los pies en el suelo y mi concepto de espiritualidad cambió radicalmente.

El cura recita una letanía a la que la mayoría de los que estamos en esta pequeña capilla respondemos maquinalmente, son murmullos multitudinarios, huele a incienso y reina un silencio sepulcral roto solo por sus interpelaciones esporádicas, las de siempre, las de las misas de difuntos que recuerdo del barrio cuando era pequeño porque, cuando se moría alguien, íbamos todos al oficio y la iglesia se llenaba de gente vestida de negro y, sobre todo, de mujeres que lloraban y alguna que gritaba mucho. Cuando un hombre lloraba, tenía que esconderse, no quedaba bien que un hombre manifestara semejante debilidad, los hombres no lloran, por Dios, los hombres son los que resisten el embate con la firmeza necesaria, los que siguen viviendo quienquiera que sea el muerto o la muerta, les afecte o no directamente, y por tanto, el que no podía controlar las lágrimas, las tenía que liberar muy poco a poco, intentando contenerlas, o esconderse en un rincón a desahogarse. Recuerdo haberme quedado boquiabierto un día al ver a un hombre llorar porque se le había muerto el hijo. Para mí era un espectáculo insólito. Pero toda mi vida está llena de espectáculos insólitos.

Ahora mismo, mi madre me diría: Quién te ha dado vela en este entierro, y tendría toda la razón, qué hago yo aquí, en la vida me habría imaginado que acabaría aquí, yo, en la vida me habría imaginado que esta persona del ataúd tenía realmente algo que ver conmigo, como en la vida habría dicho que pasaría la noche que he pasado, una noche en blanco, una noche de velorio, como si estuviera delante de un

muerto, pero es que he estado delante de un muerto, de otra clase de muerto o, mejor dicho, de las consecuencias de un muerto y de una muerte y me ha sido imposible dormir y esta mañana a primera hora he tenido que telefonar a la radio para decirles que he cogido una gastroenteritis y no paro de vomitar, me lo he inventado, naturalmente, pero es que hoy sería incapaz de hacer el programa, absolutamente incapaz, hay cosas que te desmontan el tinglado, cosas como esta, que se convierten en una revelación demasiado desgarradora y te hacen pensar, joder, y ahora qué hago. Y continúo pensando que esta es la gran pregunta, ahora qué hago, ahora cómo tiro adelante, cómo soluciono todo esto, si nada, de hecho, tiene solución. Si, de hecho, no puedo hacer nada, solo darle vueltas al sentimiento de culpa, darle vueltas y más vueltas.

Por qué tuve que equivocarme de tanatorio, ay, por qué.

Cuando me he levantado, después de llamar a Raig FM, he ido a la iglesia de al lado de casa, la iglesia que piso en Navidad y Pascua porque creo que, si de verdad existe un Dios, aunque no esté sentado en las nubes, debe de apuntarse en alguna parte quién le visita en las fiestas importantes y quién no. No es que yo crea, mejor dicho, no sé si creo, pero voy esas dos veces al año por si acaso, no cuesta nada y no se entera nadie y punto, no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Fui a la iglesia en busca del cura, necesitaba confesarme, necesitaba soltárselo todo a alguien que no tuviera nada que ver, que fuera imparcial, eso por un lado y, por otro, necesitaba la absolución celestial, si no, no podría vivir ni un minuto más, no después de todo lo que había pasado, todo deriva del mismo punto, todo viene del día en que el imbécil de Luis me ordenó que pellizcara las tetas de Cristina. Y, si no llega a ser por Ramón, la violo. Soy un bestia consagrado y me urgía que Dios lo supiera y me perdonara. Y lo he soltado todo, todo. He tardado un cuarto de hora y el cura ha estado callado todo el rato, salvo en algún momento en que no había entendido algo y quería que se lo repitiera. El cura estaba desayunando cuando he ido a su encuentro, no me conoce de nada, no me tiene visto. Vine por Navidad, a la misa del Gallo, ya sabe, le he dicho sonrojándome de pronto. Ah, bien, dime, hijo mío, no sé por qué los curas tienen la manía de llamar hijo mío a todo el mundo, el de mi barrio del río también nos llamaba así. Pues es que necesito confesarme. No ha dicho nada, solo se ha secado los labios y ha dejado a medias el café con leche para levantarse y acompañarme a la iglesia, es muy alto, me saca un palmo, yo no soy nada del otro mundo y quizá por eso la culpa me afectaba tanto a los extremos nerviosos de todo el cuerpo.

Con el otro cura no me confesé nunca pasados los catorce años. Era una época en que no me sentía culpable de nada, culpaba de todo a los demás, y he continuado culpando a los demás de todo lo que me ha pasado hasta ahora, es la primera vez que siento que he tenido algo que ver con las desgracias que mueven el mundo, que me he sentido implicado y, por tanto, la primera vez que creo que debo confesar pecados de los que no he sido consciente hasta ahora. Solo cuando era pequeño me confesaba

porque todo el mundo se confesaba y me remordía la conciencia si no lo hacía, tenía remordimientos no de pecados que debía ir improvisando cuando estaba delante del cura, sino de haber olvidado confesarme. Hasta la adolescencia, claro, el cura de aquella parroquia abandonada en medio de un descampado ya lo sabía, sabía perfectamente que, cuando llegábamos a la adolescencia, dejábamos de confesarnos, de asistir a misa con nuestra madre y de todo, pero también sabía que aquel edificio nuevo, construido según el gusto dudoso de la época, nos imponía cierto respeto, sabía que podía jugar un poco con nuestra superstición, con Dios no nos metíamos, no íbamos a misa porque no quedaba bien, pero estábamos plenamente convencidos de que el Ser Supremo controlaba todos nuestros actos y de hecho, por la noche, en secreto, en el silencio de un rincón solitario, apelábamos a Él para que nos ayudase a obtener esto o lo otro y le pedíamos perdón por haber fumado y, cada vez que emprendíamos un proyecto complicado, besábamos con devoción las dos medallas que todos llevábamos colgadas del cuello, la de la Virgen de la Macarena y la del Sagrado Corazón. Lo hicimos incluso el día que decidimos ir a Sarrià a atracar a alguien por la calle, como si la Virgen con cara de dolor y el Sagrado Corazón sanguinolento, en el caso de que existieran de verdad en alguna parte fuera de aquellas medallas, pudieran apoyar intenciones tan malévolas. Ahora veo a los jugadores de fútbol hacer eso de las medallas y Rosa se ríe de ellos, pero yo estoy convencido de que, en cualquier empresa que emprendes, influye mucho que al menos hayas dedicado un pensamiento a Dios o la Virgen en el hecho de que consigas llevarla a cabo con éxito.

Cuando he terminado de contarle todo, después de quince minutos de hablar sin parar, el cura de hoy me ha preguntado si me arrepentía. Le he dicho que sí. Y entonces me ha dado la absolución. Aun así, no me he levantado del confesionario sin preguntarle una cosa que me corroía por dentro: Oiga, cree usted que ella también debería confesarse o cree que ella no ha hecho nada. Me refería a Cristina, claro está. Pues eso es cosa suya, ella es la que debería saber si tiene algún pecado que confesar o no. Sí, sí, pero usted qué cree, he insistido, tozudo, y él, me parece que para quitármeme de encima, ha acabado contestando: Mira, hijo mío, todos somos pecadores y de un modo u otro pecamos a cada paso. Seguro que esa chica también tiene muchas cosas que contar en un confesionario pero, en cualquier caso, es su problema. El cura me estaba diciendo con otras palabras que no me metiera en los asuntos de otros, pero yo no creía que fuera un asunto solo de ella, qué va, después de todo lo que había pasado, no. No es solo problema de ella, le he espetado, pero el cura ya no estaba, se había escabullido fuera del pequeño reducto de madera para ir a la rectoría de la que le había arrancado a acabarse el café con leche y la rebanada de pan con mermelada.

No, su problema, no, es el problema de los dos, al menos esta vez me ha tocado recibir a mí, después de que ella recibiera hace muchos años de manera mucho más definitiva, eso sí; esta noche ha habido un momento en que todo este asunto me ha

parecido surrealista, por no decir directamente irreal, y me he preguntado si se trataba de una pesadilla en la que ella, Ramón y yo y toda la gente que nos ha rodeado a lo largo de estos años eran fruto de una imaginación demasiado desbordada porque últimamente estoy cansado, trabajo demasiado, si ya me lo dicen mis padres, que no me ven el pelo, aunque Rosa siempre asegura que soy un fresco y que debería esforzarme más y, cuando intento sublevarme, me recuerda que he llegado a donde estoy gracias a ella. Tienes suerte, eres un gran comunicador, me lo dijo cuando llevábamos tres años haciendo aquel programa de fin de semana, tienes una facilidad sorprendente para esto. Yo había aprendido mucho, quedó un hueco en la hora de las tres a las cuatro de la tarde y me propusieron a mí para cubrirlo. Era un programa diario en Raig FM, me pareció que veía visiones y castillos en el aire, no me lo creía, entonces sí que me pareció que soñaba. Y Rosa y yo ideamos un programa que enseguida subió la audiencia de aquella franja horaria, una especie de tertulia subida de tono donde recibíamos a los representantes de la intelectualidad más ajada del país. Y así durante cinco años más, hasta que llegó el programa de tarde, el magacín, después de un año de televisión con un programa semanal que nos tenía a Rosa y a mí para el arrastre porque no dejé la radio. Y una imagen, como siempre, valió más que mil palabras, de tal manera que dejé de tener vida privada, aunque ya dicen que ese es el precio de la fama.

Hice felices a mis padres que, cada miércoles, día de emisión del programa televisivo, invitaban a todas las amistades a casa para verme. La cosa duró un año, tras el cual en casa no han dejado de pedirme que vuelva a hacer un programa de televisión y yo les digo que con el magacín de tarde no podría. Claro que podrías, me dice Rosa burlona, pero tienes horchata en las venas, solo te veo activo en antena o cuando tienes delante a alguien a quien poder echar la bronca. Eres un déspota.

Rosa no se corta, no se queda con las ganas de decírmelo todo sin ambages y no sé si me habré acostumbrado, pero la cuestión es que no le hago demasiado caso y, al fin y al cabo, es la única que me lo dice porque los demás me tienen miedo.

Bueno, era la única hasta ayer. Ayer se sumó también Cristina. Cuando me preguntó cómo me iba en la radio me quedé lívido. Y yo, que me marchaba de prisa, corrí al lavabo a lavarme la cara otra vez para quitarme el calor y volví al velatorio donde ella me esperaba fumando, como siempre, quemando cigarrillos, tiñéndolos de rojo, había vuelto a pintarse los labios y me sonreía con provocativa crueldad. Marc me dedicó un gesto extraño de lejos, me vio pasar con el rabo entre las piernas, le devolví el saludo vagamente pero no le sonreí, no estaba para sonrisas ni para Griseldas muertas en la flor de la vida. Entré en la sala temblando, ella sabía que volvería después de su pregunta sobre la radio, con aquella pregunta se había asegurado de que no me escaparía. No dije nada, simplemente me senté delante de ella y me callé.

Cristina ni siquiera me miró cuando empezó a decir: Normalmente te escucho todos los días, te sigo desde hace años, me gusta tu programa. Dio una calada honda,

de las que hundan las mejillas, y expulsó el humo de manera muy teatral antes de continuar, esta vez sí, mirándome de frente: Pero no te había reconocido, ni siquiera cuando saliste por televisión, porque la pantalla y las luces y todas esas cosas que os ponen en la cara para fingir que sois lo que no sois me habían engañado, no sé, no te he reconocido hasta que te has acercado, hasta que te he tenido a dos palmos de la cara. Entonces te he visto los ojos, los ojos claros de debajo del cartel de Kodak.

Lo dijo así, simplemente. A mí primero me recorrió un escalofrío y después intenté pedirle perdón, pero no pude porque había enmudecido.

Tantos años buscándote, dijo columpiando la pierna derecha que había cruzado sobre la otra y aguantando el zapato únicamente con la punta del dedo gordo como había hecho también al inicio de nuestra conversación. Primero me dabas miedo, me daba miedo encontrarte en una esquina, pero una vez operada, me puse a buscarte, hacía cuatro años que te buscaba, que volvía al barrio, que miraba y volvía a mirar, que intentaba seguir tu rastro. Conocía tu historia, la del Sergi de la radio, tus padres se la han contado a todo el barrio, pero, claro, no tenía ni idea de que fueras el mismo hijo de puta que me arruinó la vida. Lo de hijo de puta lo dijo tranquilamente, sin alterarse en lo más mínimo, pero yo sí me alteré por dentro, el corazón me latía muy rápido y ella me dio miedo, parecía Rosa, capaz de hacer conmigo lo que quisiera. Te tenía delante de las narices y no te veía, mira por dónde, es gracioso, te tenía localizadísimo y no lo sabía. Soltó una risita irónica y a mí se me heló el alma de repente.

Le habría preguntado inmediatamente qué me habría hecho si me hubiera encontrado, no me atreví, y tampoco hizo falta porque me lo dijo directamente: Solo quería contárselo a todo el mundo, solo eso. Y, claro, es fantástico que tengas el trabajo que tienes porque cuando todo el mundo se entere se te habrá acabado ¿eh?

Eh, así de simple. Me quedé todavía más helado, era como si me hubiera caído encima una jarra de agua recién salida del congelador. Abrí la boca y la volví a cerrar, todavía no podía hablar, todavía no tenía voz, era ella quien mandaba y hacía conmigo lo que quería, yo, desde mi posición de terror absoluto, veía que estaba a su merced, como si ella pudiese apretar un botón en cualquier momento y mandarme al otro barrio en el sentido metafísico de la palabra o al otro barrio literal, de vuelta al del río; qué diría Rosa si lo supiera, joder, qué diría.

Se hizo el silencio y noté que debía decir algo, por ejemplo, perdón. Y es lo que hice, ahora sí, pero con un esfuerzo sobrehumano para que me saliera la voz que parecía haber perdido para siempre. Me salió una palabra medio ahogada, ridícula para la magnitud de la tragedia, completamente ridícula, y ella volvió a reírse: ¿No crees que es un poco tarde para excusarse? Dejó de reír. Dónde estabas aquel mismo día y al día siguiente, y al cabo de un mes y al cabo de un año, dónde estabas mientras yo me sentía morir, mientras yo me sentía de todo menos mujer, mientras yo no podía llevar una vida normal de persona normal, dónde has estado todo este tiempo que no has hecho ningún esfuerzo por encontrarme.

Se inclinó adelante y me lanzó una mirada horrible.

No lo sabía, murmuré asustado. No me acordaba.

Otro silencio y una expresión de estupor. No te acordabas, lo he escuchado bien, no te acordabas, dices, no me lo puedo creer, Sergi, tú no te acordabas y yo lo he recordado a cada minuto de mi vida. Cristina iba subiendo el tono de voz inconscientemente. Oh, será porque propiamente dicho no me violaste y tú solo recuerdas las violaciones, cuántas mujeres violaste, Sergi, porque imagino que solo fui una de tantas, ni la primera ni la última, a qué os dedicabais tú y tus amigos. Había ido excitándose poco a poco y cada vez gritaba más y se acercaba un poco más, mirándome de frente, fijamente, con aquellos ojos grandes y secos, muy secos, sin una sola lágrima. Eh, no, no, me defendí, yo no he violado a ninguna mujer, fuiste solo tú, por casualidad, no me acordaba de nada, te lo juro, cuando me lo has contado se me ha encendido la bombilla y me he acordado de lo de la caña de pescar y de que les seguía la corriente y también me he acordado de que me angustiaba lo que me pedían pero hacía lo que me mandaba el que siempre daba las órdenes, no lo sé, Cristina, y lo siento, no sé por qué lo hice y no sé por qué obedecí. Ibas a violarme, dijo prácticamente gritando. Sí, sí, es verdad, lo recuerdo perfectamente y no sabes cuánto me alegro de que entrara Ramón y lo evitara, de él no me acuerdo nada, fue solo un flash e intenté no mirarlo mucho para que no me reconociera, de modo que no le recuerdo, como no recordaba nada más, tú me has despertado unos recuerdos que lamento mucho que para mí no tuvieran ninguna importancia hasta hoy. Lo siento, lo siento, no sé cómo decírtelo, lo siento.

Yo me había disparado, el hecho de que me acusara de violador en serie abrió el grifo de las explicaciones, de los perdones, de los arrepentimientos y lo dije todo del tirón, de golpe, sin pararme a pensar nada. Y primero se calló, para negar luego lentamente con la cabeza. Es increíble, chico, increíble que tú no lo recuerdes, es lo que más me sorprende, lo que me indigna. Ya he visto que no me reconocías, pero he pensado que cuando comenzara con lo de la caña de pescar recuperarías la memoria de golpe y, en cambio, no ha sido así, no la has recuperado hasta que te he recreado la escena con todo detalle, con tus ojos claros que no han cambiado nada, son igual de aterradores que antes.

Aterradores, mis ojos. Si la oyera cualquiera de la radio no se lo creería. O quizá le daría la razón, al fin y al cabo, me tienen por un dictador.

Hablando de la radio y del otro Ramón, pregunté también para cambiar un poco de tema, que hay tantas casualidades entre las historias de los dos Ramones. No hay ninguna casualidad, dijo volviendo a echarse para atrás, volviendo a pintarse la sonrisa burlona en los labios, me lo he inventado todo para que te quedaras, bueno, algunas cosas no, pero me lo he inventado casi todo. Ah, te lo has inventado, repetí maquinalmente como un imbécil, completamente desconcertado. Sí, admitió con toda la tranquilidad del mundo, cuando te he reconocido he sentido una sacudida tal que he roto a llorar y temblar pero, claro, en una viuda que vela al marido muerto tiene

sentido, ¿verdad? No era por Ramón, dije con la boca abierta. Ella se rio: Lamento que haya muerto y he llorado por él, claro que sí, éramos buenos amigos, pero hace muchos años que dejamos de ser pareja, desde que me dejó, desde que me dijo que no soportaba aquella situación, que no la entendía. A qué te refieres. Me refiero a que se marchó, solo estuvimos casados un año y él ya no vivía aquí, solo hacía una semana que había regresado y, ah, no tengo hijos. Suelta una risita, solo quería tener hijos porque, viendo a las otras mujeres, me daba cuenta de que al dar el pecho les crecían las tetas y a veces me creaba la ilusión de que había tenido uno o dos. Suspiró y concluyó: He ido inventando sobre la marcha, Sergi.

Si me pinchan no me sacan sangre. Está completamente loca, pensé. En particular eso de haberse inventado una descendencia que no tenía me ponía los pelos de punta, si hasta me había hablado de la reacción de los hijos al ver el coche que se movía. O ella no está bien de la cabeza o no lo estoy yo, me dije. E inmediatamente después me pregunté por un instante, solo por un instante, si también Marc el del lavabo y el bar me había contado una historia inventada, puesto que ayer parecía el día de las mentiras. El día de los Santos Inocentes ya pasó, dije con un poco de rencor. En eso tienes razón, pero no te lo tomes así, aquí solo hay una verdad, una gran verdad, y es que tú empujaste toda una historia hacia el lado que no tocaba, fuiste el factor decisivo para que yo no creciera recta, sino que me decantara hacia un lado. Como una caña de pescar, me espetó con una de sus risitas irónicas. Sí, mujer, pero había otras maneras de decirlo, me parece que lo has retorcido todo. Cuando le dije eso estaba un poco enfadado, me consideraba con derecho a enfadarme porque la mujer a la que casi violé me había contado una sarta de mentiras sobre su vida y la de los demás. Sentía que pisaba terreno inseguro, las aguas pantanosas de una realidad entre virtual e imaginada, volvía a no saber quién era el muerto y quién era ella.

No he tenido demasiado tiempo para pensar, chico, me ha pasado por la cabeza que, si te lo decía, echarías a correr. Pero tú ya sabías que trabajaba en la radio, podías haber venido un día a la emisora. Ah, o sea que hubieras preferido que fuera otro día a Raig FM. No, no, qué digo, no, claro que no. ¿Lo ves?, si aún te habré hecho un favor, aunque no sé por qué, porque tú no te mereces ninguno, pero, mira, te lo he hecho sin querer y, mientras lloraba abrazada a ti he deducido parte de tu historia por lo que me has contado y luego te he hecho un par de preguntas estratégicas y he decidido fingir que te habías equivocado de nombre pero que todo coincidía, que trabajabais juntos y tú eras el único amigo que tenía porque se portaba muy mal y nadie quería saber nada de él cuando, en realidad, ocurre que no vivía aquí, que aquí no lo conoce nadie, sus padres murieron y su hermana también vive lejos. No sé, ha ido saliéndome así y he conseguido intrigarte lo bastante para que no te marcharas, dije con cara de niña traviesa, mirando a la puerta, y comprendí que por su mente pasaban oleadas tanto de odio como de satisfacción por la venganza convenientemente servida en un plato helado, como de reivindicación juguetona, como de casi compasión por el malo, que era yo, como de una especie de síndrome

de Estocolmo que yo notaba que en determinados momentos la asolaba y la hacía mirarme con otros ojos, con una mirada más tierna o más blanda o yo qué sé.

Todas aquellas preguntas del final, de si salíamos con mujeres y eso, eran para divertirme, eh. Sí, para divertirme, me contestó, no puedes imaginarte lo bien que lo he pasado en ese momento, viendo cómo intentabas salir del apuro, ha tenido gracia.

Qué le dices a una mujer que te habla así, contra la cual moralmente no puedes nada, que tiene toda la sartén por el mango, que se ha divertido tomándote el pelo y sacándote a pasear la conciencia, qué le dices o qué le haces o qué le prometes, yo no sabía por qué optar exactamente ni cómo enfocarlo, si de palabra o de pensamiento o de conciencia, pero la situación era delicada y complicada y retorcida, todo a la vez, y sentía que tenía que hablar para romper aquel iceberg que se había situado entre ella y yo, que tenía que hacer o decir algo, pero no sabía el qué y hablaba por hablar. Hay muchos Ramón García, de acuerdo, pero menuda casualidad que este haya muerto esta noche y además haya sido también en un accidente, yo soltaba cosas que se me ocurrían así, de golpe, que no tenían explicación o que tensaban demasiado la cuerda de la casualidad de las casualidades, que ya sabemos que la vida está llena de ellas, pero tampoco tanto. Aquí Cristina cambió de expresión, la cambió de repente, para presentarme un rostro bañado en tristeza, un rostro real, de amiga que llora la pérdida de un amigo y, después de mirar al suelo, alzó los ojos para clavarlos en los míos y decirme: No ha habido ningún accidente, Ramón se suicidó hace dos días.

Me quedé sin palabras. Inmediatamente un interrogante enorme me ocupó el cerebro y no me atreví a formular la pregunta de si yo también tenía algo que ver con el suicidio de Ramón, si también era consecuencia de aquella historia extraña, ilógica, sin sentido, porque la posible respuesta me daba pánico. No quería saberlo, no.

Vino aquí a suicidarse, según la carta que me ha dejado tenía una razón muy poderosa para venir y hacerlo. Cristina se calló, parecía que se había quedado sin pilas, se había echado adelante y apoyaba los brazos en las dos piernas mientras miraba a un punto inconcreto detrás de mí, estaba como hipnotizada, se había olvidado de su imagen entre erótica, malévola y existencial, ya no aguantaba el zapato con la punta del dedo, ya no se movía de manera insinuante, ahora era la amiga que se lamentaba por la muerte del amigo y se sentía afectada, puso una cara que no le había visto en todo el rato que llevábamos juntos y me habría sentado con ganas a su lado para abrazarla y consolarla un poco, pero evidentemente no podía hacerlo, si la tocase seguro que saltaría como si le hubiera picado un escorpión, ya debía de haberse contenido lo suyo al llegar yo y abrazarla, no podía arriesgarme y, además, habría parecido que me reía de ella, que me mofaba de aquello que yo, Sergi el de Raig FM, había provocado. Ella reaccionó al cabo de un momento: Te he dejado pasmado, eh, hay historias paralelas, pero todo parte del mismo punto. Ah, y el coche se movía y Ramón estaba dentro, eso sí, pero yo iba sola, sin niños.

Ya me había respondido, y yo había vuelto a quedarme sin alma ni ánimo. Cristina estaba diciéndome que yo era el culpable de todo. Yo, Dani y Luis, pero a

ellos les era igual, ellos estaban acostumbrados a acumular toda clase de culpas y pagaban continuamente por haberlas cometido, y posiblemente Luis pagaría con la vida. Ayer por la noche, precisamente, cuando volvía para casa, rechacé una llamada de Dani, vete tú a saber si quería decirme algo de Luis o si solo quería insistir una vez más en que había dejado la droga, que lo había conseguido, que esta vez era definitivo y estaba pensando en montar un negocio cuando saliera de la cárcel, porque esta vez sí que saldría de verdad y llevaría una vida modélica. Ayer por la noche no podía enfrentarme a Dani, cuando caminaba con el sobre de Ramón en la mano, un sobre que me quemaba pero que Cristina insistió en que me llevara y leyera y le devolviese al día siguiente. Cuando vengas al entierro, dijo, y yo pensé: Primer chantaje, me obliga a cargarme el programa y asistir al entierro, y yo, claro, no puedo decirle que no, no puedo decirle que no a nada, tengo que portarme bien, a partir de ahora tengo que ser un ángel, al menos en lo concerniente a Cristina.

Todo el mundo paga por lo que ha hecho, pero unos lo hacen con la piel, como mis amigos encarcelados, y otros lo hacemos de pensamiento, como yo. En realidad, lo de estar encerrado es solo una manera como otra cualquiera de tranquilizar la conciencia, me dan ganas de ir mañana mismo a un juez a que me diga cuántos años tengo que estar encerrado para redimir esta culpa, iría ahora mismo a la cárcel y, a la salida, me consideraría limpio de culpa, limpiísimo. Le diría a Cristina: Ve a poner una denuncia al juez, se lo habría dicho inmediatamente si no fuese por la radio, por la vergüenza que pasaría cuando lo supiera todo el mundo, Rosa se apartaría de mí, me quitarían el magacín, me lo quitarían todo; pensé horrorizado que de hecho era lo que ella decía, Cristina tenía la intención de proclamarlo a los cuatro vientos.

No era un hombre, le dije de pronto. Ya lo sé, contestó ella, eras solo un adolescente y por eso, en cierto modo, te exculpo, eras un menor, soy consciente de ello. Uf, respiro por dentro, es la primera muestra de compasión o humanidad que le veo, que le escucho hacia mi persona. Pero no por eso eres menos responsable, a los dieciséis o diecisiete años ya se tiene un sentido de lo que está bien y lo que está mal. Sí, pero te dejas llevar, le dije, y tú sabes perfectamente que el barrio del río no es precisamente un lugar muy edificante, o no lo era, vamos, porque ahora solo voy por allí de vez en cuando para visitar a mis padres y ya no lo sé, ya no sé nada. Yo tampoco, hace tiempo que no vivo allí. La sombra de la complicidad nos abrazó a los dos un instante, un instante breve y fugaz, pero un instante reconfortante al fin y al cabo.

Alguien llora en los bancos de delante y por un momento pierdo el hilo de mis pensamientos. Hasta ahora he estado completamente absorto y volveré a estarlo enseguida, es demasiado grande, demasiado fuerte, demasiado confuso lo que ha pasado y todavía está pasando y yo no sé cómo actuar ni cómo solucionarlo, y no se me contagia como otras veces esa paz que se respira en el funeral de alguien que no te toca de cerca, no, estoy demasiado excitado para calmarme y disfrutar convenientemente de este silencio roto tan solo por la letanía del capellán, por los

murmullos de respuesta, por los roces de abrigos, por alguna cosa que flota en el ambiente y no sé qué es, que no hace ruido pero lo parece, como si un espíritu escapado hace poco de un cuerpo sin vida se dedicara a rozarnos las orejas a todos y murmurarnos cosas absurdas, ininteligibles, porque qué hay más absurdo que morir y no dejar rastro.

Lo de dejar rastro es muy relativo, Ramón me había dejado uno y yo me lo llevaba a casa bajo el brazo, un sobre. Ten, me dijo Cristina tendiéndomelo, podría explicártelo yo pero prefiero que lo leas, vete a casa y lee, lee. Qué es, pregunté desconcertado aceptando lo que me daba. Pues lo que me dejó Ramón, lo que te decía, ¿ves?, viene a mi nombre, señaló su nombre en la parte de delante con una de sus uñas largas y rojas y un dedo algo amarillento de la nicotina, y mira, al dorso pone Ramón, giró el sobre y lo señaló. Gracias, le dije cogiendo el sobre y sin estar seguro de si debía dárselas porque temía que el sobre incluyera un golpe de efecto para mí, otro, y en realidad habría preferido decir, no, puedes quedártelo, no me interesa, todo tuyo, pero no tenía opción, el sobre era para mí y tenía que aceptarlo. No te preocupa que lo rompa, pregunté. No lo harás, me contestó, porque sabes lo que te juegas. Sonrisa irónica otra vez, sonrisa cruel, flecha directa al alma. Pero en el fondo, un comentario esperanzador, porque sabes lo que te juegas implicaba que quizá podía evitar de alguna manera que ella me arruinase la vida. Podría explicártelo yo pero quiero que lo leas, Ramón lo cuenta muy clarito y mucho mejor de lo que lo haría yo, es su historia, su versión, y así verás hasta dónde han llegado las consecuencias de tu acto, mañana lo hablamos, ya verás.

Se me cayó el sobre de los temblores. Ella lo vio. No te lo tomes así, hombre, no es para tanto, se mofaba de mí sin ambages, estaba en su derecho, pero me estaba matando. Se levantó y se encaminó primero hacia la caja a ver a su Ramón o al Ramón de otra o al Ramón de no sé quién, ya sin fingir, miró la urna y sonrió, no, no debía de haber nadie más, ninguna otra mujer, porque si no, claro, no estaría ella junto al cadáver, no suele pasar que uno se muera y se deja enterrar por una mujer que no es la suya, puede que hasta estuviesen casados oficialmente o pueden ser muchas cosas, tenía la cabeza llena de preguntas pero la impresión de que los papeles que me había entregado Cristina me aclararían un montón de dudas, así que me dejé de preguntas, de interrogantes, y decidí marcharme definitivamente.

Iba a despedirme y ella volvió a impedir que me fuera. Crees que me operé bien los pechos, me preguntó insinuándose, bajándose un poco el escote, como si no le bastara jugar conmigo y tomarme el pelo y recordarme continuamente que era culpable de un crimen que había quedado impune. Sí, contesté, claro que se había operado bien, le habían dejado una figura impresionante, qué iba a decirle, no supe cómo continuar y ella volvió a colocarse la ropa como antes. ¿Sabes?, una vez operada me tiré a la calle. Ante la expresión de mi cara, exclamó: Oh, me refiero a que empecé a salir con gente, con hombres, y descubrí el sexo. Está bien, eso del sexo, me gusta. Sí, a mí también, se me escapó sin pensar. Y me lancé al sexo sin

manías porque, a cierta edad, te lanzas sin manías, cuando me operaron me convertí en una persona completamente diferente, la Cristina que ves aquí, a la que has conocido, en realidad no tiene nada que ver con la caña de pescar de antes de la operación, eso seguro.

Yo estaba de pie junto a la puerta con el abrigo a medio poner, no sabía si marcharme o esperar todavía, tenía miedo de que volviera a detenerme, de que me amenazara o me chantajeara de alguna manera. Se acercó a mí. He conocido a médicos y enfermeros, lo de trabajar en un hospital da para mucho, además le he puesto interés y he conseguido lo que he querido, es fácil hacerlos caer. Pensé instintivamente en todas esas series televisivas de hospitales y urgencias, relacionadas con el sector médico en las que, en realidad, la parte importante y jugosa son los líos sentimentales. Me imaginé a Cristina asaltando a médicos en los pasillos. Pensé, decía ella, que si no podía llevar una clase de vida, llevaría otra distinta. Y es lo que hice después de dejar de lado los prejuicios.

Hizo un gesto con la cabeza como queriendo justificar de alguna manera sus actos supuestamente vergonzantes. Y entonces, de pronto, dijo: Ah, y Ramón era médico, te lo había dicho, ¿no? No, no me lo habías dicho, respondí tras la sorpresa inicial, me has dicho que era maestro o informático o las dos cosas. Se echó a reír, sí, me he contradicho un poco, me he liado porque tenía que ser informático como tu Ramón y después, a medio inventar, me ha salido que era maestro y he tenido que arreglarlo todo un poco. Pero no, Ramón era médico y no un enfermo del hospital, fue mi jefe durante un tiempo. Luego se marchó a trabajar fuera, se fue cuando pasó todo. Cuando me dejó y cuando...

Lo dejó así, y con la cabeza me señaló el sobre que me había dado. Quedaba claro que allí encontraría todo lo que tenía que saber sobre Ramón. Sobre Ramón el médico. Ni maestro ni informático, sino médico, yo ya no sabía ni dónde estaba, por dónde navegaba, y estaba dispuesto a creerme cualquier cosa o a no creerme nada, porque toda la historia que había ido cobrando forma en mi cabeza, así como las personalidades de los personajes que la conformaban, resultaba que carecía de fundamento, que era una mentira montada sobre otra mentira, una especie de pastel de merengue de esos con tanta presencia pero que dejan de existir en cuanto los pinchas, así era aquella historia insólita y extrañísima de Cristina. Solo me faltaba enterarme de que Cristina no era Cristina o no era enfermera o que tenía diez hijos o que Ramón no era su ex marido sino su hermano o su primo o lo que fuera.

Di un paso y, al ver que Cristina no me detenía, continúe caminando. Hasta mañana, dije. Ella no contestó, se volvió dentro, quedaban unos minutos antes de que cerraran las salas de vela y querría quedarse unos instantes a solas, o simplemente coger sus cosas para irse.

Caminé por el tanatorio casi completamente vacío. Marc y su familia ya no estaban, habían desaparecido todos. Bajé lentamente la escalera y consulté la información sobre los funerales a la entrada de aquella casa mortuoria. El de Ramón

era a las dos del mediodía. Por qué, entonces, me había dicho Cristina que era por la tarde, a la hora del programa. Lo entendí de pronto, no me lo había dicho ella, sino yo mismo, el funeral del otro Ramón era a las cinco de la tarde y ella debía de haberme seguido la corriente, como con todo lo demás. Con curiosidad tal vez morbosa consulté también el de Griselda, la chica que había comenzado a morir al saber que su padre no era su padre. Era por la mañana, a las doce.

Vi cómo recogían los puestos de flores, vi cómo algunas personas con los ojos enrojecidos e hinchados se iban abrazadas a otras personas quizá más serenas o también con los ojos enrojecidos e hinchados y dejaban que aquel edificio silencioso se quedara con sus muertos por una noche. Cómo sería una noche allí dentro, no me atrevía ni a imaginarlo.

Entonces me sonó el móvil y, cuando vi de qué llamada se trataba, decidí no contestar, no tenía ganas de que Dani me anunciase que Luis estaba en las últimas o ya no existía, ya estaba harto de muertos y él, en su última llamada, me había dicho que a Luis no le quedaba mucho tiempo. He aquí uno que paga por las culpas de todos, pensé. Luis había sido el líder del grupo, habíamos hecho y deshecho según sus órdenes y ahora era el que menos podía hacer y deshacer, cómo cambian las tornas, y cómo lo que está arriba baja en un segundo, en unas cuantas vueltas de la vida, que nos demuestra que, al fin y al cabo, es ella la que nos dice hacia dónde hemos de ir y la que decide enviarnos en una u otra dirección sin que podamos hacer nada al respecto.

El sobre de Ramón me quemaba las manos y aceleré un poco el paso para llegar a casa y sentarme a leer. Hoy no habría televisión ni fútbol. Por culpa de una equivocación estúpida, mi vida había cambiado para siempre.

2

Espero que te haya llegado bien esta carta, Cristina. Cuando te dispones a morir es fácil controlarlo todo y, todavía más, lo que pasa con las cosas que dejas para que se entreguen a una persona determinada.

Quizá te ha parecido, Cristina, que de alguna manera he alcanzado la felicidad lejos de casa, lejos de nuestra tierra. No ha sido así. Primero fuiste desgraciada tú y luego, yo. He vivido una especie de engaño que me ha conducido a este túnel sin salida, siempre con la esperanza de alcanzar una felicidad que ahora veo que nunca tendré, que no está hecha para mí. He entendido lo que decías de cuánto duele darte cuenta de que no puedes estar a la altura de las circunstancias. Siento un dolor tan terrible, Cristina, que no puedo soportarlo. Y la única manera de escapar es esta. No puedo sobrevivir, para mí todo ha acabado.

Silencié muchas cosas por no hacerte daño. No podía seguir contigo, ya te lo dije, fue un error, creí que poco a poco conseguiría librarte de tu obsesión enfermiza o que podría llevarte a consultar a algún colega de la profesión que te ayudase a superar aquel intento de violación que acabó contigo y con nuestros dos años de vida en común antes de que comenzara. Pensé que lo conseguiría y no fue así, tú cada día parecías más acostumbrada a aquel modo de vivir y relacionarte conmigo, era hasta cierto punto y basta, te lo tomabas con una calma pasmosa, te parecía natural y normal ser así, eras como una mujer maltratada que acaba considerando natural que la maltraten y no entiende que lo que ocurre es que ve la realidad completamente deformada, completamente diferente a como debería ser. Habías levantado una pared delante de una infección mayúscula que se complicó y te afectó al corazón y te convirtió en un ser extraño.

Tu negativa a curarte me condujo a dejar de verte como la persona que yo quería de compañera vital y, como ya sabes y no quiero repetirme más para no volver a herirte, me fijé en otras personas, me dejé llevar por necesidades tanto físicas como psicológicas y ya sabes qué pasó. Lo sabes todo hasta que me fui, hasta que dije basta. Todo... o casi todo.

Yo sí que lo sabía todo. De repente, de no saber nada, pasé a saber demasiado, y solo me faltaba ahora que aquella carta de Ramón continuara agujereándome por dentro como lo hacía, tenía el mismo efecto que el ácido perforándome la piel y la carne de debajo, dolía, escocía, me dejaba sin respiración.

La letra de Ramón era pequeña e inclinada pero desordenada, letra de médico, imagino, o quizá era así porque se trataba de las últimas palabras antes de acabar con todo, antes de tirar la toalla, antes de negarse a continuar luchando contra un fantasma desconocido, invisible, un fantasma que no se dejaba ver y que a mí, en casa, medio tumbado en el sofá y con los pies sobre la mesita, me parecía que estaba apoderándose de todo el aire de mi alrededor. Instintivamente cogí el mando del televisor y lo encendí, necesitaba compañía y normalidad, noticias, sí, noticias como

las de anoche, discursos del presidente de no sé qué país que amenazaba con invadir no sé qué otro país con la excusa de llevarle la paz, pronto lo invadiríamos todo con la excusa de instaurar la paz, sé que pensé, pero es todo lo que conseguí porque ya no pude desviar más el pensamiento, que se me iba forzosamente, como atraído por un imán, hacia aquellas páginas de letra inconcreta, hacia otra vida que por lo visto también había destruido.

Cristina, Cristina, escribía Ramón, te quise mucho, y continué queriéndote. Todavía te quiero, no creas, pero necesitaba una persona que fuera una persona, no te ofendas, por favor, tú antes no eras una persona, eras solo un cuerpo que aprisionaba a un alma con ideas obsesivas. Cuando ya no trabajábamos los dos en el mismo sitio, cuando me marché, tuve un par de líos de faldas y después la conocí a ella. Quizá te parezca que salí del fuego para caer en las brasas por aquello que te comentaba antes de las mujeres maltratadas. Ella lo era, entró por urgencias, tenía dos costillas rotas y el cuerpo cubierto de moratones, todos debajo de la ropa, el marido sabía exactamente cómo pegarle para que no se notara fuera de casa. La atendí y le dije que tenía que denunciar la agresión como había hecho contigo unos años antes. Ella se había inventado que se había caído por la escalera, pero no la creí. Cuando se lo dije, se escapó. Entonces yo todavía vivía contigo. Aquella mujer, que prefiero que continúe en el anonimato y a quien podríamos llamar Anna, por ejemplo, pues Anna volvió al cabo de un tiempo con una herida de dimensiones considerables a la altura de los riñones que había comenzado a infectarse y le había provocado fiebre, ella pensaba que se le curaría sola pero no fue así. Volví a atenderla yo y esa vez conseguí que hablara. Me contó que su marido la pegaba cuando estaba bebido, pero que estaba desintoxicándose, que quería darle una oportunidad. Además, me dijo, tengo un hijo. Me miró con miedo, por no decir pánico, no te creerías la de actos de supervivencia que frenan los hijos, Cristina. Me la llevé a tomar un café y debió de gustarle la compañía porque un día me la encontré en la puerta de urgencias proponiéndome ir a tomar otro. Y así empezó todo.

Al leer la carta de Ramón me di cuenta de que todas las mujeres cargan en su historia con un punto de maltrato. Será la respuesta a la manipulación que ellas son capaces de ejercer en nosotros porque a mí siempre me han dado miedo y me han parecido mucho más inteligentes que todos nosotros juntos, o tal vez sea yo, que no sé cómo tratarlas o no las veo venir, pero tanto Cristina como Rosa o incluso Mone son capaces de tomarme el pelo de una manera sorprendente, lo que me hizo sentir ayer Cristina no tiene nombre, consiguió desconcertarme por completo y que no supiera ni de dónde venía ni adónde iba ni quién era o dejaba de ser. Y si no eres de los que emplean la fuerza física para dominar a quienes no tienen tanta como tú, la respuesta a todo eso es un puñetazo sobre la mesa o subir el tono en una frase, o el basta, hasta aquí hemos llegado. Si, en cambio, eres como el marido de la maltratada Anna, descubres que el miedo es el mejor modo de dominar la situación.

De repente dejé de oír la televisión y dejé de ver las imágenes, tal vez yo también

era un maltratador nato, tal vez yo también utilizaba el miedo para dominar a mi equipo, con Rosa no lo conseguía, pero con el resto sí, y al pobre Ramón, al otro Ramón, al informático, a pesar de no ser una mujer, también lo tenía asustado.

Anoche, tendido en el sofá, me ruboricé por primera vez en mucho tiempo.

Enfrascado otra vez en la lectura de la carta de Ramón, supe que él y la paciente Anna habían acabado contándose mutuamente la vida, que Ramón no había comentado nada sobre la naturaleza del problema de Cristina, pero sí que este existía y era grave. Escribía Ramón: Nos entendimos enseguida, Cristina, y enseguida nos hicimos inseparables, ella tenía un trabajo que le permitía alargar y acortar los horarios y quedábamos y pasaba a verme, yo le preguntaba todos los días si su marido la había maltratado pero ella me decía que no, que no, que yo sepa solo lo hizo una vez mientras Anna y yo nos vimos y después se acabó, le costó mucho dejar el alcohol pero parece que, al final, lo dejó.

Me había enamorado, Cristina, había perdido la cabeza por ella como no la he perdido nunca por nadie. A veces pienso que me casé contigo por compasión, perdona que sea tan sincero, pero inspirabas una ternura y una lástima que creo que llegué a confundir con el enamoramiento y la atracción por una mujer, que era lo que sentía por ella. Anna no tenía nada que ver con el ambiente donde habíamos vivido tú y yo, ella venía de una familia donde nunca faltaba el dinero y donde era normal estudiar en la universidad tras la enseñanza obligatoria, como hizo ella, y no como nosotros que fuimos de los que pelearon por llegar a ser algo en aquel barrio que te empujaba indefectiblemente debajo de un puente o a convertirte en alguien como los que te hicieron daño cuando tenías quince años.

Al leer eso suspiré, basta, dejad de decirlo, basta, cómo duele que te lo digan y te lo repitan y te lo vuelvan a repetir, basta, Ramón, basta.

Pero Ramón no paró: Anna era educada e instruida, continuaba relatando la acusadora letra escrita, me relató toda una serie de cosas sobre su vida y después me tocó hablar a mí, le conté de dónde venía, le conté dónde vivía, le conté que en el barrio de donde procedía todo era muy diferente del barrio del hospital, que era el suyo. Y ella insistió en conocerlo y, al final, un día la llevé y se lo enseñé. Después fuimos a dar una vuelta en coche, aparqué en un rincón. No podía resistirlo más, la abracé, la besé, la hice mía. Estaba oscuro, me pareció que en aquella calle no había nadie y, Cristina, lamento que fueses precisamente la única persona que pasó por allí y que fuera el único día en tu vida que habías decidido hacerlo porque tu camino habitual estaba cerrado por obras. Era la primera vez que Anna y yo estábamos juntos. Después, las otras veces, no fue dentro de un coche, pero ese día nos sentimos como dos adolescentes. Y nos viste. A veces pienso que todo en nuestras vidas está predestinado, más previsto de lo que creemos. Y estaba previsto que nos vieras, Cristina.

Y estaba previsto que yo me equivocara de muerto, pensé yo.

Continué leyendo: No sé cómo, pero el caso es que Anna se quedó embarazada y

el hijo era mío. Le propuse mudarnos juntos a alguna parte, lo habría hecho antes o después, pero el embarazo precipitó las cosas. Ella estuvo de acuerdo, le había perdido el miedo al marido. Le diré que lo deajo, me prometió, le diré que me llevo al niño y que estoy a punto de tener otro que no es suyo. Y esperé a que lo hiciera. Y cuando lo hizo, él por poco la mata. Parecía que se había vuelto loco, volvió a beber y a darle palizas, ella apareció una noche en urgencias con un traumatismo craneal, el mismo marido se asustó cuando vio lo que había hecho y la llevó al hospital. Le vi, él no sabía, claro, que yo era el hombre al que amaba su mujer y comenzó a contarme una sarta de mentiras sobre una presunta caída de Anna por las escaleras. Y posiblemente habrá perdido al niño, me dijo triunfante. Me contuve como pude, Cristina, le pedí que esperara fuera, que ya le diríamos algo. Yo no sufría por el niño, sino por la vida de Anna. Fue una noche difícil, pero Anna la superó, no solo ella, el niño también. Estaba solo de dos meses, pero por lo visto aquella vida que habíamos creado entre los dos había echado unas raíces muy fuertes, quería nacer y crecer como fuera.

Yo quería un hijo de Rosa, pero ella me dijo hace mucho tiempo que conmigo ni hablar, eres demasiado inconstante e inconsciente, serías un mal ejemplo para el niño, quizá no esté preparado para ser padre y, si a estas alturas de la vida no lo estoy, seguramente no lo estaré nunca y, en cualquier caso, con Rosa ya es un poco difícil, me temo que, como suele decirse, se nos ha pasado el arroz, tal vez si encuentro a una mujer más joven podría ponerme de nuevo manos a la obra, pero a Rosa se le ha pasado la edad de concebir y, al fin y al cabo, qué haría yo con una criatura, no sabría qué hacer, no sabría cogerla, seguro que se me caería al suelo, los bebés son terriblemente pequeños y seguro que se te caen si no sabes cómo cogerlos y, si se te caen, da la impresión de que se rompen enseguida. Mi hermano sí ha tenido hijos, ahora ya son mayores, soy el padrino del primero y cuando me lo propusieron me sentí orgulloso durante unos días, no dormía, pero tampoco cogía al niño por la misma razón, tenía miedo de que se me cayera, y tenía pesadillas porque soñaba que lo cogía y, efectivamente, se me caía, como todo lo que tengo en las manos, salvo el programa de radio que por eso lo tengo tan bien cogido, por eso no lo suelto de ninguna de las maneras. Me parece que el programa de radio es el único hijo que tendré.

El resto ya lo sabes, Cristina, continuaba diciendo Ramón. Bueno, no sabes que cuando Anna recuperó el habla me dijo que no se iría conmigo porque el marido la amenazaba con no dejarle ver al otro hijo. Y yo sé que puede hacerlo, me dijo, no quiero una guerra con el niño como moneda de cambio. Y aquel bestia inútil le prometió que ejercería de padre del que iba a nacer como si no hubiera pasado nada. Lo siento, me dijo Anna mirándome a los ojos, relataba Ramón, era un adiós, Cristina, un adiós horrible, a una mujer y a un hijo, en aquel momento la odié por ser tan débil, pero ella me decía que no podía separarse del pequeño y yo le decía que si denunciaba los malos tratos ganaría la contienda, pero me contestaba que tenía miedo

de perder y yo, Cristina, pensé inmediatamente en ti y en el caso que nos hizo ir a comisaría por el intento de violación y también me eché atrás, tuve miedo de hacerla desgraciada y sentirme culpable para siempre de haberla separado de su hijo. Hace veinte años no se le daba la razón a una mujer maltratada, era muy difícil. Yo podría haber reclamado a mi hijo, claro, pero habría significado echar más leña al fuego y garantizarles a Cristina y su otro hijo un infierno en el hogar. Hace veinte años solo existía la solución de dejarlo estar. Y es lo que hice. Dije adiós a Anna y también a ti. Y dije adiós al país.

La historia escrita de Ramón me hizo pensar en el Marc del tanatorio y lo que me había contado de su casa, de sus padres y su hermana. Todas las historias se parecen, es curioso, todas acaban siendo la misma, una única historia que tiene diversas versiones y muchos protagonistas, de hecho, todos los que habitamos la Tierra y nos llamamos humanos y tenemos la facultad de pensar y sentir, cómo complican las cosas los sentimientos, Dios mío; continué escuchando al capellán, lo que dice y lo que cuenta, las palabras de consuelo dirigidas a los que ocupan los primeros bancos y me dirijo mentalmente al sacerdote. Ay, si supieras de qué va la cosa en realidad, te santiguarías, la vida es mucho más complicada de lo que pueda pensar o saber el capellán de un tanatorio, o tal vez no, quizá haya escuchado todo tipo de historias, a veces pienso que me gustaría meterme a cura solo para escuchar lo que me cuentan los que van a confesarse, porque tiene que haber historias dignas de escucharse.

Cuando Rosa se marchó de mi lado definitivamente fue porque salí a cenar con una becaria y le dije que salía con mi hermano. Pero esa noche, mira por dónde, a Toni, que no llama nunca, se le ocurrió telefonar a casa y preguntar por mí. Y Rosa se subió por las paredes. Cuando llegué, después de cenar y algo más, o sea, mucho más tarde porque eran las siete de la mañana, me la encontré sentada en el sofá con mis dos maletas a un lado y, al oírme entrar, solo me dijo: Vete y no vuelvas. Y dio igual como me pusiera, que no lo entendió, a ver, una cosa es el amor que siento por Rosa y otra que la becaria tenía veintidós años y, en un cuerpo de veintidós años, hay cosas que no tienen precio.

Esa no era la única razón para echarme de casa, claro, era solo la gota que colmó el vaso, pero es que yo, cuando llevo demasiado tiempo portándome bien, me aburro y tengo que cambiar de estilo de vida, a veces pienso que soy como Dani y Luis, los tres venimos del mismo sitio y a saber si, en el fondo, vamos también hacia el mismo lugar.

Cuando conocí la decisión que habían tomado Ramón y Anna o, mejor dicho, la decisión que había tomado Anna y empujado a Ramón a tomar la suya, interrumpí la lectura un rato. Anna, Cristina... dos nombres unidos por un hombre que las quería a las dos a pesar de que una no se dejaba querer, yo no me habría acercado nunca a una mujer así, para mí una mujer no está completa si no lo tiene todo, todo, Dios, Sergi, qué dices, si esta mujer es así por tu culpa.

Anna es un nombre falso, un nombre inventado por Ramón a fin de preservar la

identidad de una mujer casada, como hace dos siglos, la sociedad continúa ocultando el rostro de las que provienen de una familia respetable y pasean de noche por jardines ajenos. Continué leyendo mucho más tarde, ayer estaba cansado, cansadísimo, me sentía como si me hubieran dado una paliza, tenía la bolsa de los sentimientos vacía, creo que ayer por la tarde, durante un rato, sentí tan intensamente que ya no me quedaba ningún otro sentimiento en el corazón, ya no tenía capacidad para sentir más, en la tele no daban nada interesante pero la tenía encendida, y Ramón, a través de sus letras, contaba que llegó aquel congreso médico, un congreso que por lo visto le cambió la vida porque alguien le ofreció la oportunidad de vivir y trabajar en el extranjero. Y decía Ramón: Fue entonces cuando cogí y te dije: Cristina, me voy, aquella propuesta profesional era un regalo bajado del cielo, una oportunidad de escapar de mí mismo y de tanto dolor, no podía más, todo lo que me rodeaba me recordaba a Anna y pensaba en el hijo que tendría pronto y que sería de otro y no podía soportarlo, y no quería decírtelo, Cristina, porque te habría hecho mucho más daño y no quería, yo solo quería marcharme. Y fue cuando dije que sí y me marché. Cuando tú me acompañaste a la puerta con lágrimas en los ojos y, cuando, a punto de marcharme, te abrazaste a mí llorando y me suplicaste que te perdonara. Yo no tengo que perdonarte nada, te contesté, ¿te acuerdas?, solo tienes que perdonarte a ti misma, el día que lo consigas podrás volver a empezar e imaginar que eres una Cristina nueva, que promete y puede salir adelante. De momento, solo puedes dar vueltas alrededor de ti misma, de tu dolor y tu amputación imaginada, recuerdas que te lo dije, ¿verdad?, y también que desaparecí de tu vida, que estuvimos casi cinco años sin decirnos nada. Con estas cosas es necesario romper para volver a empezar de cero.

Cuando Ramón se marchó, me quedé traumatizada, en estado de shock, me decía ayer mismo Cristina, solo un poco antes de que yo leyera estas líneas. Me costó mucho reaccionar, me quedé encerrada en casa y ni siquiera fui a trabajar porque no podía y, cuando me llamaron del trabajo, no contesté al teléfono. Cristina miraba a Ramón, muerto, mientras me decía eso, mientras me contaba que no sabía qué hacer, que se pasó un día entero sin comer sentada en una silla. Que después les dijo que tenía gastroenteritis aguda, consiguió el papel de la baja y, durante los diez días que estuvo en casa, se estuvo quieta, sentada en la silla, pensando en cómo hacer volver a Ramón. Cristina me lanzó una mirada triste: Sí, sí, pensaba eso, yo ya sabía que Ramón quería a otra mujer pero me daba igual, bueno, al principio no, al principio soñaba continuamente con aquel coche que se movía y me despertaba alteradísima porque me aplastaba y me faltaba la respiración, pero después, Sergi, me acostumbré a aquella manera de vivir y me había habituado a entender la presencia de Ramón en casa como una compañía, solo eso, éramos comprensivos el uno con el otro, no nos peleábamos, no nos gritábamos, al contrario, entre nosotros había ternura, una ternura incómoda, pero ternura al fin y al cabo. Cada pareja es un mundo, ya sabes, aunque Ramón ya no era mi pareja.

Cada pareja es un mundo, sí, y también Rosa y yo debíamos de ser un mundo, éramos una pareja, sí, o al menos eso decía la gente. Rosa es la persona sin la que ayer yo no habría sabido vivir, en la tele había fantasmas de colores y, en mi cabeza, figuras de mujeres la mar de reales, Cristina, Anna, Rosa, quizá todas eran la misma y, mira por dónde, mientras estaba pensando en todo eso, Rosa en persona me telefoneó y esta vez sí que contesté al móvil, contesté porque necesitaba oír la voz de la rutina, de la cotidianidad, de la realidad que había perdido de vista hacía horas, que había desaparecido de mi radio de acción en el momento en que me equivoqué de tanatorio. Dónde leches te has metido, me preguntaba, ¿no habíamos quedado en que irías al otro tanatorio? A veces me pregunto por qué permito que me exija explicaciones de ese modo. Ya te lo diré mañana, le contesté, y después caí en la cuenta de que decía un disparate porque mañana, o sea hoy, no iba a trabajar, así que empecé a urdir mi mentira, a ponerla a punto para hoy, yo les miento mucho a mis padres, pero a Rosa nunca porque me pilla enseguida y sin embargo ayer me di cuenta de que esta vez tenía que hacerlo bien, tenía que engañarla bien, tenía que lucirme, vaya, y sentí como si hubiera madurado de golpe en el ámbito de las mentiras y la facultad de dar gato por liebre. Ya te lo explicaré mañana, Rosa, ahora déjame dormir que me encuentro mal, no sé qué tengo en la barriga, le dije. No caigas enfermo, me espetó con un punto de alarma en la voz. Creo que solo necesito dormir, tranquila, ya hablaremos mañana. Me colgó después de un ok. Mañana ya puedo estar enfermo, pensé, ya he instaurado un precedente, el recuerdo de Cristina explicándome su dolor de barriga unas horas antes me había dado la idea, gastroenteritis, mira por dónde, mañana tendré eso, y quiera Dios que no tenga que tenerlo más días porque no sé qué quiere de mí esta mujer, no sé a qué está dispuesta. Por primera vez en la vida, una mujer me da más miedo que Rosa, la tal Cristina tiene cara de ser capaz de cualquier cosa. A mí ya me ha pasado de todo, me dijo, no me asusta nada. Y se giró y me miró tan fijamente que tuve que desviar la mirada.

Cuando regresé, Cristina, tú eras otra persona, estabas mucho mejor, habías cambiado, continuaba explicándose Ramón, y vi que podíamos volver a empezar de otra manera.

Ramón era el único amigo que tenía, me contó Cristina. Mientras estaba sentada en la silla y casi no comía ni dormía y en los primeros tiempos de después, cuando volví al trabajo, hacía lo imposible para alejar de mi pensamiento mi problema real, hacía años que no me miraba los pechos, cuando me duchaba o me cambiaba aquellos sujetadores ridículos miraba arriba o a otro sitio, nunca volví a contemplarme, me lo prohibí, los pechos para mí eran un tema tabú, había decidido sobrevivir e incluso vivir de manera razonable sin pechos, pero ¿sabes qué pasó? Cristina se calló y me miró para ver si adivinaba o deducía lo que había pasado. Negué con la cabeza, su tono era, continuaba siendo acusador, y sentía que me llevaba a juicio, me sentía juzgado ante un tribunal implacable y ella se paseó por mi lado como haría un alto cargo exponiendo un tema mientras camina por la sala de juntas, mientras los otros lo

escuchan sentados. Después, se paró en seco y se giró. Pues ocurrió que, inconscientemente, fui alejando a todo el mundo de mi lado, me daba miedo que volviera a pasar lo mismo que con Ramón, pero también tenía miedo de tener amigos o amigas porque, si surgía un tema de conversación relacionado con los pechos, no lo resistiría, no sabría qué decir, así que me convertí en una persona solitaria que no se acercaba a nada ni nadie, que no se acercaba ni a sí misma, no sabía ni quién era, cerca de los treinta años no tenía personalidad, era un caparazón de caracol sin caracol dentro, o quizá sí había un animalillo, pero estaba tan recluso y aplastado al fondo de todo que ni se veía ni se notaba.

Calculé. Mientras Cristina pasaba por todo eso, yo me convertí en el rey de la radio: aquellos primeros años, aunque aún no tenía lo que quería, es decir, el programa de tarde, saboreaba mi ascensión punto por punto, paso a paso. A los treinta años había conseguido un programa diario y vivía por y para aquella emisora que me tenía robado el corazón, no me gustaba irme de vacaciones porque no sabía alejarme de aquel ambiente de cuentas atrás y prisas con el único objetivo de alcanzar una comunicación íntima con el oyente, de introducirme en su oído y contarle sin intermediarios lo que tenía que hacer y cómo tenía que hacerlo, la magia radiofónica me había aprisionado completamente, me sentía atado a ella y solo soportaba alejarme de aquello si Rosa me acompañaba y podíamos seguir charlando de lo que pasaba allí dentro, de lo que se hacía en la radio. En los primeros tiempos yo miraba con admiración a los realizadores que tenían un programa y ellos me miraban a mí como si no fuera nadie. Te equivocas de estudio, me dijo uno una vez, porque entré precipitadamente donde estaba grabando. Me toca a mí, murmuré con un hilo de voz, porque era cierto, me tocaba a mí, tenía reservado el estudio y ya llevaba media hora de retraso respecto al horario previsto. Te digo que te equivocas de estudio, repitió el realizador, y a mí me quedó claro que, sí o sí, me equivocaba de estudio y me quedé sin grabar y al día siguiente tuve que ir corriendo a suplicar de rodillas que me hicieran un hueco en otro momento con otra persona no tan conocida y más comprensible. Aquel día Rosa no estaba, porque si hubiera estado, habría podido grabar: Cómo eres tan criatura de hacerle caso, hombre, se enfadó conmigo, tendrías que haberte plantado en mitad del locutorio y decirle: El que se equivoca de estudio eres tú. Pero cómo quieres que haga eso, mujer, que es quien es. Y tú eres tú, y no crecerás nunca, me contestó Rosa casi a gritos. El caso es que el te equivocas de estudio se me quedó grabado para siempre y me entraron ganas de poder hacerlo, sentí que no haría las paces conmigo mismo hasta que no consiguiera decirle a otro. Oye, te equivocas de estudio.

Te equivocas de muerto, tendría que haberme advertido ayer Cristina, pero no lo hizo, y caí de bruces en la trampa. Y ahora me tiene bien cogido y no me suelta.

Un día todo estalló, me dijo Cristina de pronto, me había ido calmando, había ido curándome la herida, cubriéndola con una gruesa cicatriz, y fumaba mucho y enfermé de los pulmones, pillé una bronquitis para la que no encontré cura porque no quería

que me auscultara ningún médico. Y, de la bronquitis, pasé a la neumonía y por poco no lo cuento. Hubiera estado bien, me dijo mirándome con ironía, me habría ahorrado un montón de problemas, pero me cogieron a tiempo, me refiero a que estaba en el hospital y me desmayé, tenía muchísima fiebre y el médico con el que trabajaba se ocupó de mí, me metió en una cama y me prohibió levantarme hasta que estuviera recuperada del todo. Me auscultaron a diario, Sergi, yo no miraba cuando lo hacían, pero la primera vez lo pasé muy mal, no, no, me quejé y me agarré los sujetadores con furia pese a la debilidad. El médico comprendió que tenía un problema, pero creo que no llegó a intuir hasta qué punto, supondría que era una manía mía de no enseñar los pechos, no dejármelos tocar, pensaría que nunca había estado con un hombre, no sé. No sufras, no tienes que quitarte el sujetador, me dijo, ya lo sabes. Era verdad, yo ya lo sabía, se lo había visto hacer mil veces a los médicos, pero también me angustiaba que aquella cosa fría violase mi refugio sagrado, me rozase la piel virgen, se acercase peligrosamente al lugar de los pellizcos, de tus pellizcos.

Al lugar de tus pellizcos, ya lo había entendido, hala, Sergi, otra losa encima, por si querías más, Cristina estaba resarciéndose a placer, me parecía que se lo pasaba realmente bien recordándome continuamente el tema de los pechos y los pellizcos, se relamía cada vez que aludía al tema de algún modo. Me auscultaban, sí, y temblaba como una hoja y habría pedido que me quitaran las manos de encima, suerte que al principio tenía tanta fiebre que casi no me enteraba de nada. Después de quejarme un poco, les dejé hacer, qué remedio. Cuando pasaban a auscultarme la espalda respiraba tranquila. No sabes lo que es, Sergi, no lo sabes.

Eres un poco exagerada, le habría gritado yo en ese momento de la conversación, ayer. Habría querido decirle, de todos modos: ¿No crees que lo has exagerado un poco toda la vida? ¿Seguro que el hecho tan pequeño de pellizcarte puede llegar a afectarte de ese modo y puede llegar a afectar a otra persona y a su vida, y a saber si a toda su familia? Porque eso aún no lo sabía pero me lo olía, el folio de Ramón con sus últimas palabras me quemaba en las manos. Él estaba en un hotel, dijo de pronto Cristina cambiando de expresión y recuperando la cara de amiga triste, la de la amiga que ve que no hay nada que hacer, y yo me imaginaba al Ramón de los rizos dorados escribiendo durante horas en una mesita de una habitación diminuta como un condenado a muerte en la celda antes de que vayan a buscarlo para llevarlo a la silla eléctrica, o quizá la habitación no fuera tan pequeña, ahora que lo pienso, seguro que pensó que no la pagaría porque los muertos no pueden pagar y quizá se dijo: Sabes qué, vamos a tirar la casa por la ventana, que es lo último que voy a hacer, y quizá eligió el mejor hotel de Barcelona y encargó una cena de lujo remojada con champán francés.

Eso lo pensaba antes de leer la carta, porque por la noche todo eso se me fue de la cabeza, por la noche todo cambió y, cuanto más leía, más me inquietaba, más me parecía que todo nacía del mismo punto, que todo tenía que ver conmigo, que yo era el punto de partida de todo. Llevo cinco días sin comer nada, Cristina, continuaba

escribiendo él, soy incapaz de tragarme nada que no sea zumo o agua, se me ha cerrado el estómago, no sé qué habré hecho en esta vida para que me toque este número en la tómbola.

Levanté los ojos del papel y los fijé en el televisor, ya no aparecía el presidente del país con intenciones invasoras, sino una chica con aspecto de pánfila abrazada a un hombre de mirada glacial, un primer plano lo acababa de confirmar, a aquel actor le habían dicho: Tú demuestra que eres de hierro, y él, a fe que lo demostraba, en la teleserie de los miércoles de esa cadena estatal siempre salían superhombres de esas características y mujeres que lloraban porque no les hacían caso, justo lo que le gustaba a mi madre, recuerdo cómo se quedaba enganchada a una de esas historias de hace muchos años, la veía con lágrimas en los ojos y eso que no era de este estilo, sino una serie norteamericana con todos los ingredientes, eso sí, para conmover al público, y yo, claro, también me quedaba enganchado con mi madre si no miraba nadie y también tenía que luchar para que no se me saltaran las lágrimas, todo eso hasta que venía mi padre y decidía que se ponían las noticias de fútbol y sacaba a su mujer de la sala de un codazo y yo me escapaba antes de recibir.

Ahora que lo pienso, contemplando este ataúd tranquilo y en cierto modo aleccionador, me doy cuenta de que me hacía daño. No físico, claro, sino que me hacía sufrir ver cómo sacaba a mi madre de allí. Era antes de que ella se rebelara, claro, hasta que de la mujer asustada, no sé cómo, salió la que decidió agarrar la sartén y la justicia por el mango y empezó a jugar a provocarlo y, cuando él le soltó un golpe, ella le soltó otro y él se quedó petrificado y tardó un tiempo en volver a pegarle porque debía de haber descubierto que, en lugar de placer masoquista, en adelante tendría la guerra servida. Y mi madre no se amilanó, cuando quería ver el serial se plantaba y si él intentaba echarla, le mordía. Y yo, que era un adolescente, no sabía si reír o llorar.

Me alegró saber que estabas bien cuando volví, escribía Ramón, pero todavía me alegró más enterarme de que te habías operado el día que me lo contaste, y saber que habías conseguido hacer añicos la barrera que te separaba del mundo.

En el hospital vieron que no me recuperaba, continuó Cristina, y mi médico, que también era mi jefe, me envió al psiquiatra porque le pareció que, por lo que fuera, no estaba bien del todo, no acababa de curarme porque me faltaba la fuerza necesaria para levantar cabeza y salir adelante. El psiquiatra me inundó de preguntas y yo contestaba lo que me parecía, le dije a todo que sí para no complicar las cosas, no tenía ninguna intención de comentar el problema de verdad, lo quería esconder, sí, pero no de manera consciente, Sergi, mi actitud era completamente inconsciente, también quería escondérmelo a mí misma, siempre había estado convencida de que no era un problema, era una minucia y una estupidez, pero ¿sabes?, las noches que pasé en el hospital soñé mucho contigo y te veía, veía tus ojos claros bajo el cartel de Kodak.

Me ruboricé otra vez. Cristina continuó contándome que, por primera vez en

muchos años, había vuelto a revivir el incidente noche tras noche, con aquella fiebre tan alta todo me parecía real, decía, y me despertaba sudada y gritando: Ramón, Ramón, y llamaba a las enfermeras y les decía que quería a Ramón conmigo, con lo cual el médico, que evidentemente no sabía nada de mi mal de hacía tantos años, dedujo que no había superado el hecho de que me abandonara mi marido y por eso me mandó al psiquiatra.

¿Tú sabes lo que es una pared?, me preguntó. Desconcertado, señalé detrás de mí: Sí, eso. Pues eso era yo con el psiquiatra, me dijo Cristina, le conté lo que quería oír, lo que el médico le había pedido que me sonsacara, creía que mi gran problema era que Ramón me había dejado por otra y eso solo era una consecuencia del problema principal que él, claro, nunca supo, qué malos son los psiquiatras. Mujer, alguno bueno habrá, repuse en un intento de darle conversación al ver que se paraba un momento y sonreía mientras encendía otro cigarrillo. La sala estaba llena de humo pero yo no podía quejarme, solo habría faltado que me quejara del humo, yo tenía que callarme y portarme bien, Rosa a veces me consiente, pero Cristina no me consentía nada, no, Cristina quería que la obedeciese en todo y me quedara en una sala llena de humo, y allí me quedé, impregnado de aquel gas blanco y apestoso que, sin embargo, por la noche olvidé airear de la ropa porque tenía otras cosas más importantes en la cabeza y una carta de Ramón. Seguro que habrá alguno bueno, contestó después de dar una primera calada de aquellas tan intensas, después de verla succionar las mejillas otra vez, pero aquel no lo era, es evidente porque, después de conseguir que creyera conocer mi problema, conseguí que me recetara un montón de pastillas, las que después utilicé para intentar huir de todo. Las que me tomé una noche, poco tiempo después.

Me quedé helado. Como suele pasar en estos casos, el pensamiento, desesperado de acumular tanta culpa, intentó desviarla hacia otro lado: Yo solo hacía lo que me mandaban, repetí. Cristina levantó la cabeza: Ese es tu problema, siempre has hecho solo lo que te dicen, a ver qué día empiezas a pensar por ti mismo. Abrí los ojos como platos y pregunté en voz alta, sin pensármelo mucho: Y tú cómo lo sabes. Ella se echó a reír: Es evidente, con un atolondrado como tú, seguro que tienes cerca a una mujer que te maneja a placer.

La primera vez que Ramón vino a verme, a los cinco años de haberse marchado, yo acababa de intentar suicidarme. Por una de esas casualidades que impiden un gran evento, bueno o malo, aquel día mis padres habían decidido visitarme porque estaban preocupados por mí. Vinieron a las nueve, por lo visto habían dejado un mensaje en el contestador avisando de que vendrían a cenar, un mensaje que no escuché. Yo, a las ocho, me había tomado las pastillas y como no contesté cuando llamaron a la puerta, entraron con su llave. El resto te lo puedes imaginar. Ramón llegó al cabo de seis meses, cuando todo había cambiado mucho y nunca supo nada del intento de suicidio, nada de nada.

El resto me lo imaginaba, y también a Ramón de vuelta y diciendo, como contaba

en la carta, que Cristina estaba más guapa que nunca y con una expresión nueva en los ojos, como si estuviera saliéndole de dentro una mujer nueva: Va, vamos a cenar, te invito. Decía Cristina que había aceptado la invitación a cenar y luego había rechazado la continuación: Habríamos podido volver a empezar, pero yo no estaba preparada, decía, en el hospital me tuvieron controlada más de un mes y me obligaron a tomar la medicación hasta que se aseguraron de que no cometería ningún disparate, y después yo sola me di cuenta de que aquello me ayudaba y me encontraba mejor y continué tomando lo que me habían recetado, a pesar de que seguían sin saber exactamente el origen del problema, pero yo lo intuí poco a poco y llegó un día, Sergi, en que me quité el sujetador y me atreví a mirarme. Y fue cuando comencé a curarme.

La carta de Ramón era larga y, poco a poco, me iba iluminando el cerebro con una bombilla potente, aunque yo me negaba a admitir la realidad, cada vez más evidente, cada vez más clara y cargada de lógica. Oh, no, no puede ser, dije en voz alta en el momento en que descubrí que sí podía ser, que, de hecho, era. Oh, no, negaba con la cabeza mientras leía, no, Ramón, no. Pero sí que era, sí, la realidad se había convertido en una luz potente que se filtraba por debajo de la puerta cerrada de los secretos mejor guardados.

Porque llegado cierto punto, aquella letra inclinada, menuda, desigual, todavía se retorció más para asegurar: En el hospital británico todo el mundo me ha respetado siempre y creo que profesionalmente he gozado de muy buena consideración. Pero en casi veinte años Londres no me ha servido para huir de los recuerdos y de mí mismo, Cristina. Quería saber quién era mi hijo, cómo era, qué hacía, qué estudiaba, a qué se dedicaba, era mi hijo y, no obstante, se lo había quedado otro y yo no lo conocía de nada. Hace año y medio recibí una carta de Anna, a quien siempre mantuve informada, una carta donde me pedía ayuda porque la situación era insostenible, su marido volvía a beber y empezaba a hacérselo pagar al que no era nuestro hijo, sino nuestra hija, una niña, o mejor dicho, una chica. Y hace un año me telefoneó y me pidió que la acogiera porque su marido había acabado contándoles a todos lo ocurrido en plena cena de Nochevieja y ahora ella temía por nuestra hija. La chica se llamaba como su madre. Digo se llamaba porque, después de aprender a quererla, después de un año a mi lado, la he dejado esta tarde agonizando en el hospital.

Se me cayeron los papeles de las manos. En el tanatorio de Les Corts había un padre y una hija durmiendo el sueño eterno a escasos metros el uno del otro. Y nadie lo sabía, solo yo.

3

Cuando continué leyendo, temblaba. Temblaba y me daba cuenta de que seguramente Griselda madre debía de saber que Ramón dormía en la sala de al lado porque, claro, conocía el nombre. Evidentemente era así. Me vino a la mente aquella cara desencajada que había visto un momento, un instante, la cara de la mujer que acababa de perder a la hija, que también había perdido al hombre que amaba o había amado o, en todo caso, al padre de su hija muerta. Continuaba temblando cuando dejé los papeles en un rincón pese a que aún me quedaba bastante por leer, pero me incorporé y me tapé la cara con las manos. Dios mío, qué es esto, dije en voz alta, tenía la sensación de haberme visto arrastrado por un alud de nieve cada vez más grande, más espectacular, que había empezado como empiezan todos los aludes, con un ruidito, con una cosita de nada que en su momento me había parecido una molestia incómoda, quién se acuerda ahora de Ramón el informático y su muerte en accidente de tráfico, quién se acuerda de él, pobre chaval, si era de lo más normal, él sí, él no era como todos los que participan en esta historia extraña en forma de telaraña porque, me guste o no, en origen yo soy el punto de partida de todo. Y tal vez Ramón el informático también tiene su historia extraña, quizá no todo en su vida fueran ordenadores, ni aquello de haz un *reset*, apaga y vuelve a encenderlo, ni sí a todo, ni nada de todo eso, quizá había otra historia detrás de aquel chico en que tal vez yo también me había visto involucrado, porque hoy ha quedado claro que uno puede estar involucrado en lo que menos se espera.

Lo encontraron ayer de buena mañana, me decía Cristina, no pasó como conmigo, no pudieron salvarlo a tiempo, Ramón era médico y sabía exactamente qué administrarse y cómo hacerlo. Como me había dejado esta carta, vinieron a buscarme. Y te odié, Sergi. Y me pregunté cuándo se acabaría aquella caída en un pozo de hace treinta años, cuándo acabaríamos todos de salir del pozo, cuándo volvería a brillar la luz del sol.

Parecía que para Cristina la luz del sol había empezado a brillar al menos un poco hacía años, cuando, después de mucho tiempo, se había recuperado del intento de suicidio. Me sentí nueva, me decía, y después de mirarme en el espejo con otros ojos, me di cuenta de que por un lado empezaba a superar lo que había ocurrido y, por otro, me operaría costara lo que costase y me quitaría de encima el complejo de caña de pescar, sería otra, una persona nueva y diferente. Todavía me llevaría cierto tiempo acabar de recuperarme, todavía caería de vez en cuando en días negros y desesperanzadores, pero al menos parecía que era capaz de coger mi vida y decidir lo que hacía con ella, y decidir cuándo quería acabar de pasarlo mal y todo eso. No creas, me dijo mirándome a los ojos, me encontraba tan bien que tardé cinco años en operarme porque durante un tiempo pensé que no me hacía falta, me acostumbré a mi cuerpo, me sentí contenta con el que me había tocado y, al mirar a las otras mujeres por la calle, veía que había otras muchas en mi situación y les daba igual y no se

escondían como hacía yo. Entonces empecé a cobrar conciencia de que durante mucho tiempo, durante muchos años, no había sido normal.

Me saqué las manos de la cara y fui en busca de una cerveza. La necesitaba. Cogí el último vaso que quedaba limpio en el armario y me la serví. Después de beber un trago, me atreví a seguir con la carta.

Ramón continuaba explicándose: Me contaba Anna en su carta de hace año y medio que las cosas estaban complicándose, me hablaba de una situación difícil, yo siempre le había dicho que en cuanto me necesitara estaría con ella y mientras me mantendría al margen, pero tienes que pensar, Cristina, que para mí resultaba muy duro y muy difícil, suerte que no sabía qué cara tenía mi hija, suerte que no supe hasta entonces que era eso, una hija y no un hijo, porque en mi pensamiento había idealizado a un chico de aspecto parecido al mío, no sé por qué siempre pensé que sería un hombre, y Anna no me sacó de mi error hasta aquel momento porque debió de adivinar la verdad, que, cuanto más la concretara, más me costaría desentenderme de ella, de momento mi descendencia formaba parte de mi imaginación, pero en el instante preciso en que Anna decidió que yo participara, la Anna hija pasó a convertirse en una parte muy importante de mis preocupaciones. Tengo que hacer algo, me decía Anna, y prepárate porque quizá te pida ayuda, tu hija es una chica muy seria y quiere estudiar medicina como tú, lo de las profesiones debe de ser genético. Y a mi marido no le ha gustado nada la idea porque un día se me escapó que eras médico.

La cerveza me enfriaba el esófago, me invadía el estómago, todavía la noto ahora, me bebí solo tres porque no tenía más, me arrepentí de no haber comprado más la última vez que había ido a por cervezas. Después, de madrugada, salí a buscar una de esas tiendas que están abiertas casi siempre, pero no acerté, porque justo cuando fui coincidió con las tres horas del día que cierran. Estaba claro que esa tarde había empezado mi mala suerte en todos los sentidos.

La mirada de Cristina era triste cuando me dijo: Me trajo el sobre la policía, el sobre y la noticia, no fue la llamada que te conté antes sobre el accidente nocturno, pero el efecto fue similar, yo ya no era su mujer pero sí su amiga, quizá la única que le quedaba aquí, salvo su hermana que vive lejos y vendrá mañana al entierro, se me cayó el alma a los pies, fue como si una de las rocas que asomaba en el río de aguas turbulentas de mi vida hubiese desaparecido de golpe, hablaba poco con Ramón pero contaba con su presencia, desde mi sutil negativa a volver a empezar, nuestra relación se había encaminado para siempre hacia una amistad firme y segura, en los últimos tiempos nos enviábamos correos electrónicos muy a menudo y también nos telefoneábamos de vez en cuando.

Anna me contó que durante muchos años el que ejercía de padre de la pequeña supo contenerse y, efectivamente, le hizo de padre, continuaba Ramón en su cursiva. Había dejado de beber dos veces y en ambas ocasiones había reinado la paz por cierto tiempo. Trataba a la niña como a los otros, con normalidad, pero Anna, o sea,

Griselda madre, notaba que no podía evitar lanzarle según qué miradas. Con todo, estaba bastante tranquilo y ella, la madre, solo se la cargó un par de veces más, cuando bebía se volvía agresivo y cruel, pero ella era la única que lo sabía, ni la niña ni los dos chicos lo notaban. Así supe, decía Ramón, que Anna tenía dos hijos y que, con ellos, el padre era modélico, los hijos creían que no bebía porque él se cuidaba de hacerlo fuera de casa y de volver tarde el día que lo hacía, y los dos chicos todavía le tienen por abstemio. Imagínate, decía Ramón que le había escrito Anna-Griselda. Y todo coincidía con lo que me había contado el Marc de la limonada, uno de aquellos dos chicos, que me había hablado de que su padre no bebía nunca y, en cambio, en la cena de Nochevieja bebió, es curioso cómo una historia llega a tener versiones tan opuestas entre ellas y cómo puede llegarse a ver la misma cosa o a la misma persona desde dos puntos de vista tan distintos, claro, todo depende de dónde te coloques para mirar, la luz incide de una manera u otra, no falla, aquella Nochevieja en casa de las Griseldas y Marc debió de producirse un cataclismo impresionante para los dos chicos, un desastre que probablemente Griselda madre ya preveía y, por lo que decía Ramón, también Griselda hija. Cada día se peleaban más, contaba la madre en su carta angustiada de hacía año y medio, y un día él volvió a beber y regresó tarde pero la hija todavía no se había acostado y se lo encontró de cara, y él vio en ella lo que había visto en su madre, el mismo salirse por la tangente, el mismo desafío en la mirada, lo mismo que ella le había dicho con los ojos hacía tantos años, o sea, puedes apoderarte de mi cuerpo, pero nunca tendrás mi alma. Y Griselda escribía a Ramón, ya puedes imaginar lo que pasó, la nena venía de salir con su novio y yo, veinte años antes, también venía de salir con el mío, que eras tú. Ramón entrecomillaba el comentario para dar a entender a Cristina que lo que contaba de la carta de Griselda-Anna era literal, que lo había copiado de la que había recibido en Londres. Y volvía a entrecomillar, volvía a copiar otro fragmento de la carta cuando decía: Resulta que él le había prohibido salir con chicos, la había dejado encerrada una semana en su cuarto y ella se había escapado.

Yo me imaginaba lo ocurrido. Me acordaba de mi madre y me preguntaba por qué las mujeres no actuaban todas como ella, por qué no se tomaban la revancha, porque la inmensa mayoría se quedaban quietas y se dejaban hacer, entonces yo mismo me respondía: Claro, porque no tienen fuerza física, es imposible para una mujer llegar a ganar a un hombre, ni con la fuerza del cuerpo ni tal vez con la del espíritu, nosotros sabemos utilizar la violencia física o psíquica e imponernos a base de emplearla.

Mientras miro el ataúd que en este instante sacan de esta capilla silenciosa, me pregunto si yo alguna vez he recurrido a la violencia con Rosa. La respuesta es no. En cambio, mi violencia ha caído como un peso pesado sobre cualquier otra persona que se ha relacionado conmigo, que ha trabajado conmigo, en especial sobre cualquier otra mujer. Pero no en el caso de Rosa, porque Rosa me da miedo. Un día me advirtió que dejara de humillar a Mone delante de todo el mundo y yo no era consciente de que la humillaba. Siempre criticas su trabajo delante de todos, me dijo Rosa, y es una

chica muy sensible. A mí me daba igual que fuese sensible o no, era su jefe y ella tenía que hacerlo bien. Y por qué no le dices lo mismo a Jordi, me preguntó Rosa, desafiante. Pues porque lo hace bien. Mentiroso, me contestó ella sin cortarse, sabes perfectamente que los guiones de Mone tienen mucha más calidad, cuando hay que hacer algo delicado, se lo encargas a ella, no a Jordi. Rosa se marchó y yo me quedé dándole vueltas a lo que acababa de decirme, porque era cierto, realmente Mone lo hacía mucho mejor y en cambio era la que siempre recibía los palos. Quizá es que a Jordi lo dejaba por inútil, pero no, eso tampoco era verdad, a Jordi le encargaba guiones que sabía que podía hacer, más simples pero más claros, Mone era de buscar y rebuscar, de encontrar todos los detalles de un personaje, de una situación, de pasarse horas y horas hasta conseguir un producto redondo y casi perfecto. Muy bien, Mone, le había oído decir a Rosa alguna vez con admiración, después de echar un vistazo a un guión suyo. Ahora que lo pienso, esa actitud siempre me ha dado mucha rabia y, ahora que lo pienso, quizá por eso yo nunca le he dicho nada, porque ya lo hacía Rosa y yo en el fondo siempre intento llevarle la contraria, y por qué le llevo la contraria, pues no lo sé, eso me tiene completamente desconcertado.

Nunca había pensado tanto, las cosas siempre me habían parecido mucho más simples y llanas, y hace solo unas horas se ha destapado una olla a presión que dentro tenía aceite hirviendo del que quema de lo lindo. Y me he quemado tanto que es imposible que sobreviva, debo de haber entrado en otra fase, en otra vida donde lo más importante ha dejado de serlo, donde se ha invertido el estado de la cuestión, donde todo es exactamente lo que parecía que no era.

Todo cambia o, mejor dicho, todo acaba mostrando su verdadera naturaleza, como en el caso de Anna-Griselda hija, cuando la descubrió su padrastro y este comprendió que volvía a tener en casa a una mujer que sabía escurrir el bulto, cuando debió de revivir lo ocurrido años antes y cuando debió de emplear la fuerza física para retenerla. Fue una noche terrible, dice Ramón que le había escrito Anna, o Griselda, los arrastré a una habitación para que no despertaran a los dos chicos, nuestra hija recibió por primera vez dos bofetadas de su padre, me interpuse y entonces también recibí, la nena estaba sorprendida pero solo hasta cierto punto porque la oí decir: Se veía venir, siempre me has odiado, y eso todavía enfureció más a mi marido, que volvió a abofetearla mientras le decía: Mala puta, no serás doctora, se lo dijo varias veces, y entonces mi hija se calló porque comprendió que hablando solo se complicaban las cosas porque, a veces, hablando no se arregla nada, continuaba Griselda, nos abrazamos las dos y nos quedamos en un rincón, él se calmó poco a poco y salió de la habitación dejando un rastro etílico en el aire. Entonces ella se echó a llorar y yo, cuando se calmó, se lo dije, Ramón. Le dije que no era su padre.

Todo cambia, desde una idea hasta el concepto que se tiene de una persona. La cara de sorpresa de Griselda hija tuvo que ser de lo que no hay, uno no se imagina nunca que no es hijo de su padre, y resulta que todos podemos no ser hijos de nuestros padres y yo podría, por ejemplo, haber nacido en Sarrià, de donde soy ahora

y de donde es Griselda, de donde es todo el mundo en esta historia que no es del barrio del río, porque los dos barrios han quedado unidos para siempre en un cruce doloroso, insólito, pues ya no sorprendería que yo no fuera de allá abajo sino de aquí arriba y por alguna razón misteriosa hubiese ido a parar a casa de mis padres y un buen día, cuando rondase los veinte años, mi madre me hubiera dicho: Hijo, no eres hijo de tu padre. Surrealista. Tan surrealista como debió de parecerle a Griselda hija, ya se lo decía Ramón a Cristina en su escrito: Imagínate cómo se quedó ella, imagínatelo, pobre chica. Pero Anna quería alejarla de su padrastro porque empezó a temer que ocurriera algo grave. Por eso me escribió y por eso me pidió que estuviera atento, que tal vez me pidiese que interviniera. Y yo, Cristina, continuaba Ramón, cogí un avión inmediatamente y fui a Barcelona porque, por primera vez en muchos años, me parecía que tocaba al mismo tiempo la angustia y la felicidad con la punta de los dedos. Por un lado, las dos mujeres que amaba estaban en peligro; por otro, mi hija quería conocerme, su madre le había contado toda la historia, le contó por qué se había quedado en casa con ella, por qué los dos permitimos que yo no la conociera. Aquí, Ramón cambiaba de tema para decir: Perdóname, Cristina, por no haberte contado nada, pero no quería herirte, perdóname por no haberte dicho que tenía una hija y que la mujer a la que había amado quería replantearse la vida porque veía que ahora la justicia la apoyaría y ella podría salir adelante.

Mi vida es la mar de fácil comparada con esta, pienso ahora, estoy solo y mi único trabajo consiste en retener a una mujer que no sé retener, vaya, que no he sabido retener, una mujer que no sé si es mía o no porque ahora vive con otro hombre pero sé que no se entiende con él, como no se entiende con nadie que no sea yo. Y yo resulta que le pongo la zancadilla.

Mi hija y yo nos entendimos bien enseguida, aseguraba Ramón. Anna le había pedido que de momento no contara nada, que representara el papel de hija sometida al padrastro, que esperase porque pronto pasaría algo, estaba preparando los papeles para ir a juicio y ganarlo y, mientras, necesitaba silencio y, si las cosas se precipitaban, Anna hija debía fingir que no sabía nada para que sus hermanos no se sintieran engañados. La primera vez que nos abrazamos, mi hija lloraba y para mí fue como volver a casa, a una casa que nunca había tenido. Nos vimos un par de veces, tuve ocasión de resarcirme por tanto del tiempo que no había podido ejercer de padre, le compré algunas cosas y pasé con ella ratos maravillosos. Y después me volví a Inglaterra. Entonces, por Nochevieja, Anna me telefoneó y me dijo que, efectivamente, las cosas se habían precipitado, que necesitaba actuar y que quería que nuestra hija no estuviera presente porque temía por ella, me pidió que me la quedara un tiempo y así lo hice.

Qué diría Marc, el de la limonada, si supiera que todo aquello que él creyó espontáneo y simple consecuencia de un golpe de efecto de su padre era, en realidad, premeditado, previsto, preparado. Es verdad que decía que le había sorprendido la actitud serena de Griselda al conocer la verdad, que esperaba otra clase de reacción

por parte de su hermana, es verdad que le había extrañado un poco aquella huida rápida y aquel modo de arreglarlo todo tan deprisa, hala, a estudiar inglés, mira qué bien, todo solucionado, pero solo le había sorprendido, no parecía, por lo que me había contado en la cafetería, que hubiera sospechado nada. Y el hombre que lloraba, el padre y marido maltratador, la chispa que encendió el fuego, el culpable, si es que cabía llamarlo así, también había decidido marcharse de casa. Quizá viera en la mirada de Griselda madre que el juego había terminado y que ahora él llevaba las de perder. O quizá simplemente ella le había amenazado de palabra, que fuera madre no quita que pudiera ser buena abogada y sus razones tendría para pensar en poner una denuncia entonces y no antes, debía de saber perfectamente que la lucha entre abogados podía ganarla ahora y no antes. Así pues, quizá por eso ayer en la cafetería el maltratador procuraba ganarse la simpatía del hijo.

Sergi, esto parece el guión de un dramático y ya es bastante enrevesado, no hace falta que le añadas más jugo, a la una de la madrugada me dio por sacarle punta irónica a todo aquel lío que ya no sabía ni por dónde coger. Poca cosa más podía hacer salvo pensar y complicarlo todavía más en la cabeza, porque me era imposible dormir, no podía de ninguna manera, y no me dormí hasta las seis de la mañana, cuando mi cabeza dijo basta y cuando cerré los ojos durante hora y media, solo hora y media, después ya no pude ni quise dormir, tenía trabajo, tenía que llamar al jefe de programas y contarle que estaba enfermo, ir a confesarme para quitarme aquel runrún impertinente que me carcomía la boca del estómago y, finalmente, venir al tanatorio y asistir al funeral. Al funeral de Griselda.

Cuando Marc me ha visto ha abierto los ojos como platos, unos ojos que al instante se le han humedecido. Gracias por venir, me ha dicho, no hacía falta, ayer te metí un rollo que ya sé que ni te va ni te viene, lo siento. Si supieras, he pensado mientras decía en voz alta: Bueno, de algún modo me sentí implicado, ya sabes, y a mí también me supo mal lo ocurrido. Marc me ha dedicado una sonrisa mojada y se ha ido con los suyos. Aún he podido acercarme al ataúd antes de que lo bajaran a capilla, quería verle la cara a Griselda, quería saber cómo era aquella chica nacida del dolor de un sinsentido absurdo que yo había provocado hacía tantos años. Pero Griselda no tenía cara, el ataúd no tenía cristal, era todo de madera y, eso sí, encima había una fotografía que estaban retirando en ese instante porque tocaba llevarse a la muerta de allí y yo, aprovechando el follón de los que venían a sacar el ataúd, he ido a ver el retrato y me he encontrado con una chica sonriendo en el campo, una chica con mochila que contagiaba alegría, la alegría que hoy no tiene ninguno de los que la acompañan.

¿Conoces a mi nena? He oído una voz temblorosa, entre curiosa y desconfiada, mientras contemplaba la fotografía y me he girado de golpe, era Griselda madre, no sé si se parecía mucho a la de la foto porque esas cosas sobre papel no se ven, ya me dijo ayer Cristina que no me había reconocido hasta que me había vuelto a ver a un palmo de la cara como hacía treinta años. Griselda madre tiene aspecto de no haber

dejado de llorar desde hace cuatro días y, posiblemente, sea lo que ha ocurrido, cómo podrá soportarse el dolor de una madre en circunstancias similares. Un día una psicóloga me dijo en una entrevista del programa que es cuestión de instintos y que un hombre no puede llegar a entenderlo ni a saberlo ni a nada. Aquel día me quedé desconcertado, cuando te dicen algo así no sabes nunca si la psicóloga habla como profesional o como madre, o si te está tomando el pelo o si es una exagerada o resulta que es todo verdad y se trata de una simple cuestión del misterio insondable de la maternidad al que los hombres no podremos nunca ni siquiera acercarnos un poco, o si se lo están inventando las mujeres para hacerse las interesantes y resulta que nosotros podemos sufrir exactamente igual y sentir el dolor de la misma manera. En cualquier caso, viendo a Griselda he pensado en ello, su cara mojada, descompuesta, deformada, era la viva imagen de la desolación. Disculpa la intromisión, he respondido, ayer coincidí con tu hijo Marc en la cafetería y estuvimos hablando y yo solo quería...

Solo quería qué. Me estaba quedando sin palabras. Lo he arreglado todo con un: Lo siento. Gracias, ha dicho ella, y entonces un pequeño rayo luminoso le ha aclarado por unos instantes la mirada: Sales en la radio y en la tele, ¿verdad? Sí, he contestado, pero esto no es trabajo, vine ayer por una amiga y conocí a Marc y hoy he venido antes porque sabía que teníais el funeral. Me ha salido así, de golpe, seguido, y he rezado en voz baja para que no me preguntase quién era la amiga, pero afortunadamente no tenía intención de hacerlo, solo me ha dicho: Pues yo también lo siento, y después se ha olvidado de mí, tenía un agujero demasiado grande dentro, todavía lo tiene, la he visto salir de la capilla despacio, arrastrando los pies, al frente de ese séquito fúnebre por una muerte prematura que ha segado de golpe tantas vidas. Señor, he pensado cerrando los ojos y clamando al cielo, yo no soy culpable de la leucemia, dime que no, la leucemia es una enfermedad que se lleva dentro o no se lleva, no se provoca pellizcando pezones.

Pero se precipita. Ya lo decía Ramón en la carta y hoy, mirando a Griselda llorar en el primer banco de la capilla, he pensado: Ay, no sabes que he leído algunas de las frases que escribiste en una carta secreta hace ya tiempo, unas frases que se citan en otra carta que llevo en el bolsillo bien doblada para devolvérsela después a Cristina. Pero las enfermedades se precipitan si los enfermos viven situaciones angustiosas, insistía Ramón por escrito, y volvía a hablar de Griselda hija, a la que llamaba su Anna, que había cogido un avión días después de las fiestas para estar a su lado, donde se había quedado hasta que descubrieron que estaba enferma. Soy médico, Cristina, traumatólogo, sí, pero médico, y tendría que haber visto que mi hija estaba enferma. Pues no lo vi, ella decía que se encontraba mal, que la vida en Londres la cansaba mucho, que cada vez le costaba más levantarse por las mañanas. Y yo le di vitaminas, Cristina, solo vitaminas, y eso que la tenía al lado, y eso que vivía conmigo. No sabes cuánto me duele escribirlo, pensarlo, pensar que hasta que ella no dijo que se iba, que le pasaba algo raro, que quería volver con su madre, no pensé que

lo que le ocurría podía ser grave. Y eso fue la semana pasada. No me he dado cuenta de que mi hija se moría, Cristina.

Yo me doy cuenta de que me he quedado solo en la capilla. El capellán está quitándose la casulla, este es bajito y gordo, justo lo contrario al que me ha confesado esta mañana. Habla con una chica que va con traje chaqueta sobre flores y música, será para el siguiente funeral, este cura debe de estar acostumbrado a hablar para ataúdes que permanecen impasibles ante él. Vete tú a saber si las almas que nos preceden en el camino hacia lo desconocido flotan en el aire que nos rodea o vuelan sobre nuestras cabezas, a saber si ahora mismo Griselda y Ramón están aquí arriba hablando con sonidos que nosotros no podemos escuchar, que no escucharíamos ni con micrófono o amplificador. Vete tú a saber si finalmente han alcanzado la felicidad después de tanto sufrir, porque a saber dónde está el cielo, si se trata de la versión de mi madre, quizá sí se encuentra en algún lugar inconcreto por encima de nuestra imaginación. Y quizá el muerto después sobrevuela la imaginación de los dos que hablan sobre cómo organizarle el funeral, de qué flores ponerle, de qué música tocar para acompañarlo hasta el momento de tapanlo con tierra, o cemento, mejor dicho, o de incinerarlo y reducirlo tanto que quepa en un botecito que quede bonito y guardarlo, quizá, sobre una chimenea o un mueble.

A saber.

Ha sido el mejor año de mi vida, Cristina. Me lo ha dado ella, mi hija, dice Ramón, y yo no he sabido ayudarla. Y soy médico, Cristina, soy médico. La seguí cuando se vino para aquí, fue directa a consultar a un médico, sola, y después vino a verme al hotel y me dijo que estaba muriéndose, que ella lo sabía desde hacía tiempo, que siempre sabía las cosas antes que los demás aunque los demás creyeran que no las sabía. No hay nada que hacer, es cuestión de días, me dijo, no le digas nada a mamá, quiero estar con ella, sacando fuerzas de donde no las tengo, hasta el último momento, quiero hacerla feliz unos días o unas horas. Me miraba con desconfianza, con reproches en la mirada, Cristina, y cómo quieres que te mire una hija que sabe que eres médico y no has sido capaz de deducir que lo que le pasaba era algo más que una simple bajada de defensas. Me rogó que, si la quería de verdad, no la siguiera y solo me dio el nombre del médico que la había atendido cuando yo se lo pedí. El resto puedes imaginártelo, corrí a ver al médico, hablé con él, me enseñó las pruebas, descubrí que era inútil hacer más, era imposible, totalmente imposible, era un milagro que Anna todavía siguiera con vida, y rompí a llorar en el despacho de aquel médico que no me conocía de nada y le conté toda la historia. Él no habló más. Supongo que no sabía qué decir. Me levanté y me fui. La última vez que he visto a mi hija ha sido cuando su madre me ha avisado y he podido pasarme esta mañana por el hospital en un momento en que no había nadie, daba sus últimos estertores, estaba conectada a un tubo que tal vez la mantenga con vida uno o dos días, no más. Cuando Anna me ha telefoneado esta mañana, no me ha dicho nada, no me ha hecho ningún reproche, ningún comentario, solo ha llorado y me ha anunciado que nuestra hija está

muriéndose en el hospital Tal.

No puedo continuar escribiendo. Adiós y gracias por todo, querida Cristina.

Esas eran las últimas palabras del torturado Ramón. Por fin salgo de la capilla, más porque atraigo las miradas del capellán y la chica del traje que porque realmente lo necesite, pero los dos me lanzan una mirada que parece decir: Oye, que tu muerto se ha ido y no tienes derecho a quedarte con el siguiente, vete de aquí. Me voy, sí, no sea que se enfade el espíritu del muerto siguiente y me saque de aquí a la fuerza. Me apresuro a irme y, justo a la salida, me topo con la procesión de gente que acompaña al séquito. Fuera veo a Cristina entrando en el tanatorio y ella me ve a mí, le distingo la extrañeza pintada en la cara seguida de una expresión un tanto irónica. Se me acerca con paso decidido y firme y la veo más impresionante que ayer. Me tiende la mano para que deposite en ella la carta, supongo. Le da igual que estemos detrás de un grupo de gente bastante numeroso que acaba de rezar por el alma de una muerta que lo ha sido demasiado pronto. Le doy la carta y murmuro una excusa precipitadamente, algo relacionado con Marc y que había llegado pronto y eso. Ni siquiera me escucha. Coge la carta y se va, no sin decirme con una frialdad que me hiela la sangre en las venas lo que tendría que haberme dicho cuando me vio la primera vez:

—Te equivocas de muerto, Sergi.

TERCERA PARTE

Los gladiolos se han manchado de chocolate. O quizá debería decir el gladiolo, no lo sé, porque todas estas flores lilas son hijas de un mismo tallo. Planteo la duda en voz alta.

—Yo tampoco lo sé —me contesta Cristina sin darle demasiada importancia mientras vuelve a meterse una cucharada de nata en la boca.

Hoy va vestida de otro modo, con pantalones vaqueros y un jersey debajo del cual se adivina una camiseta. Lo único que se mantiene inalterable es el escote. Me la imagino dejando de taparse hasta el cuello, de un día para otro, para lucir todo lo lucible que, francamente, es mucho. El cambio tuvo que ser sorprendente, a saber qué dirían el portero o los vecinos de la escalera o los compañeros del hospital, se quedarían de piedra.

No ha dejado de darme miedo, simplemente hace ya rato, por no decir horas y por no decir desde anoche, que me he acostumbrado a la idea de quedarme sin trabajo. Salta a la vista que el trabajo se me ha acabado y ahora sabré exactamente cuándo y cómo. Y ahora sabré si tengo que abandonar yo antes, si tengo que dimitir, si tengo que huir. Sea lo que sea, lo haré sin complicaciones, es evidente que ahora me toca a mí pasarlo mal. En la vida de las personas siempre hay subidas y bajadas, si subes enseguida, bajas inmediatamente después. Si tardas en subir, haces más alta la montaña. Si subes gradualmente, quizá te mantengas en la cima. Yo debería ser de este último grupo, pero con este derrumbe, todo el proceso ha quedado roto y ya no sirven las normas generales ni las estadísticas.

Esta mañana los dos nos hemos sentado a esperar que se llevaran al muerto, pero no hemos tenido tiempo de decirnos nada porque enseguida ha hecho acto de presencia una mujer de unos cincuenta años con aspecto preocupado y triste. Lidia, ha exclamado Cristina, y se ha levantado para saludarla. Lidia iba con un chico joven, su hijo, y Cristina me los ha presentado diciendo que era amigo de Ramón, que habíamos trabajado juntos. Madre e hijo hablaban un catalán extraño, del que acaban hablando los que viven mucho tiempo en Estados Unidos, quizá, qué familia más anglosajona, Lidia ha pasado directamente a ver lo que quedaba de su hermano y, al cabo de un momento, la hemos oído sollozar. Cristina ha ido con ella y yo me he dado cuenta de que el sobrino no quería entrar, debía de darle miedo, así que le he invitado a sentarse, me he sentido anfitrión y, de hecho, lo era, más que nadie, desde

el punto de partida de todo. El Culpable, con mayúscula. Así pues, qué hago tomando un café con una mujer que me odia, la verdad es que no acabo de entenderlo, no se toma un café ni un chocolate con nata con quien te quiere mal y a quien heriste de muerte hace tantos años, pero antes me ha hecho una señal y me ha dicho en voz baja: Después del funeral iremos a tomar un café y acabaremos de hablar, no te escapes. Gracias por haberte ocupado de todo, Cristina, le ha dicho Lidia después de ver el cuerpo sin vida del hermano, ya acabaremos mañana de hablar de todo esto. Y entonces ha dicho lo que todo el mundo dice en estos casos y que no se sabe muy bien si es verdad o una excusa por no haber acudido antes: No sabéis lo que nos costó encontrar un billete de avión para venir.

En ese momento, más o menos, ha entrado Marc con el gladiolo, si es que al final es uno y no muchos. Me he levantado de pronto, me he dirigido a él ante la mirada sorprendida de Lidia y su hijo, pero no tan sorprendida como la de Cristina, celosa diría yo, no le ha gustado nada que fuera a ver a otro muerto, yo estaba en el tanatorio solo para ella y su muerto, volvía a tener la impresión de que era su marido o su hermano, de que no tenía derecho a cortejar a nadie más. Dice mi madre que te dé esto, decía el chico, con nuestro agradecimiento por haber venido esta mañana y haber pasado un rato conmigo ayer. Yo había empujado a Marc un poco hacia fuera, no quería que las dos mujeres y el hijo de Lidia escucharan nuestra conversación.

Me ha dado la flor mirándome a los ojos y mientras me tenía así, casi hipnotizado, me ha metido un papel en el bolsillo. Léelo después, es para acompañar a la flor, me ha dicho, y gracias por todo. Se ha ido dejándome un tanto desconcertado. Será poeta, me he dicho, y glosará la muerte y la vida y las flores y el dolor. He vuelto adentro y he pensado en decir que iba al lavabo para leer el papel que me intrigaba, pero un sexto sentido me ha dado a entender que no podía, que se habían acabado mis idas al lavabo en aquel tanatorio, al menos delante de Cristina. Y así ha pasado que me he quedado con el poema onírico de Marc en el bolsillo, donde sigue todavía.

Rosa ha telefoneado justo cuando acababa de entrar de nuevo en la sala. Me he levantado y he vuelto a salir para responder, pero no he podido evitar que se colara en el teléfono la voz de Cristina. Rosa me ha preguntado inmediatamente quién era aquella mujer, de quién era aquella voz. Le he dicho lo primero que me ha pasado por la cabeza. Oh, de una amiga que ha venido a verme. Se ha quedado de piedra. Después ha dicho: Vaya, quería pasar a visitarte, pero veo que ya estás bien acompañado. No, es solo un momento, se va enseguida, he contestado, desconcertadísimo. Ella me ha preguntado de mala gana cómo me encontraba. Mejor, pero no puedo ir a trabajar, me paso el rato en el lavabo, ya sabes. Después me pasaré a prepararte el almuerzo, me ha dicho. No, no, que no estoy para visitas, no. Y la amiga, qué. La amiga solo ha venido a dejar algo de comida, ya está cocinada, no hace falta que vengas, he improvisado. Entonces Rosa me ha colgado. Y me he dado cuenta de lo que pasaba, era la primera vez que veía peligrar su puesto de primera

dama a mi lado. Yo no tenía amigas, salía con mujeres, sí, pero solo las utilizaba para salir una noche o divertirme un rato, a mi alrededor no había nadie aparte de ella que me preparara la comida si enfermaba. Y ahora Rosa creía que sí.

En cierto modo era así, o es así. Ahora hay otra mujer en mi vida, una mujer real, me refiero, una de cuerpo y alma, una persona entera, para bien o para mal, en este caso para mal, pero una mujer con un peso específico importante en mi historia al fin y al cabo, una mujer que me ha presentado a su ex cuñada como un amigo de su hermano porque ella, al vivir fuera, no debe de conocerme de la radio ni de la tele, es curioso cómo puedes llegar a ser muy importante en la vida de algunas personas y nadie en la vida de otras, Lidia me ha repasado de arriba abajo con una mirada desconfiada, esta mujer sí que es fea y su hijo parecía totalmente yanqui, con unas deportivas flamantes y un caminar como si montara a caballo en pleno tanatorio, seguramente el padre será de aquellas tierras. Rosa y yo fuimos un año, aterrizamos en Nueva York, visitamos Brooklyn y Broadway, vimos un par de musicales y una misa negra en Harlem, rascacielos y avenidas, y tiendas y más tiendas, fue antes del 11-S, unos años antes, y las torres gemelas lucían su provocadora cristalería al sol y su altura desproporcionada con el hombre de la calle, no debería haber edificios tan altos, es inhumano, hace que te sientas pequeño. Subimos hasta arriba del todo y fotografiamos la ciudad en un día de cielo immaculado, impecable. Después, el 11-S, no podía apartar la vista de las imágenes de la televisión recordando mi visita, temblaba al pensar que aquello podía haber pasado estando yo allí, ni más ni menos, porque estaba llena de turistas, solo que los turistas en aquel momento eran otros. Y en cambio, unos años antes, en un día D de otro verano que ya no recuerdo cuál era, uno de los turistas era yo.

Yo no sabía de esta cafetería tan cerca del tanatorio. Vine ayer antes de encontrarnos, me ha confesado Cristina. Hoy hace frío y entrar aquí ha sido agradable, se está tranquilo y sirven bebidas calientes. Yo quiero un café, le he pedido al camarero pensando que, para no dormirme a lo largo del día de hoy, tendría que tomarme uno cada diez minutos. Tú qué quieres. Cristina estaba quitándose el abrigo. Me parece que tenéis chocolate caliente, ha dicho señalando un cartel de la entrada que yo no había visto. El camarero ha asentido. Pues una taza de chocolate con nata, por favor. El camarero se ha ido y Cristina se ha sentado delante de mí. Tengo hambre, ha dicho como para justificarse, y ha añadido: Además, ya te he contado que desde aquel día, desde el día de Kodak, relaciono el chocolate con una sensación de bienestar. Ha recalcado las kas de Kodak y me ha mirado con insolencia para decir: Y la verdad es que ahora mismo me siento muy bien.

He dejado el gladiolo a un lado, nuestra conversación seguramente no tendría nada que ver con flores, aunque antes de empezar a hablar le he preguntado sobre la multiplicidad de esa flor en concreto, pero ha sido más un pensar en voz alta y aprovechar para romper la atmósfera seca y gélida que se ha creado entre nosotros pese al calor del local. En las mesas de alrededor hay gente seria, con cara de

circunstancias, con cara de intentar dejar atrás un trance difícil, seguramente los clientes de este sitio salen en su inmensa mayoría del tanatorio, no es lo mismo ir a desayunar o merendar al bar de la institución que a uno de fuera, me he fijado en que hay bastante gente que ingiere alcohol a estas horas y yo también lo haría si estuviera solo o con cualquier otra persona, pero con Cristina no me atrevo y, encima, con una Cristina que pide chocolate con nata.

En un día de muertos, ella se relame.

Qué te ha parecido la carta de Ramón, me ha preguntado mientras esperábamos a que nos sirvieran. Me lo ha preguntado con interés real, no me tomaba el pelo ni nada de eso, me lo ha preguntado para saber qué efecto me había causado, para saber si me había martirizado lo bastante. Y qué quieres que me parezca, le he dicho, me parece que ya no tengo capacidad de sorpresa, entre ayer y hoy me has dejado arrastrándome por el fango. Más o menos como he estado yo durante muchos años, ha respondido con toda la naturalidad del mundo. Pues sí, supongo que sí, lo siento, no sé qué más decirte, si hay algo que pueda hacer, solo tienes que decirlo. No sé por qué lo digo, si es ella la que hará algo, la que me destruirá la vida y me mandará de vuelta a los orígenes en un visto y no visto, cuando lo he dicho ha soltado una risita irónica y sádica y un: Oh, no será necesario. Después le han traído la bebida y le ha cambiado la cara. Tengo debilidad por el chocolate, ha confesado. He sonreído un poco, se me ha escapado. Tú sonríe, sonríe, Sergi, me he dicho inmediatamente para mí, que después no tendrás ganas, esto se acaba y mira que te ha costado llegar hasta donde estás. Mira que te ha costado que te respeten.

El primer día que pude decirle a otro: Te equivocas de estudio, fue como si me hubieran abierto las puertas del cielo. Se lo dije a un becario vergonzoso que llegaba con un invitado de segunda fila, con uno que estaba seguro que no era conocido, y el chico empezó a decir: Pero..., frase que yo derivé hacia lo que ya le había dicho: Pero te equivocas de estudio. Nada más, porque recordaba el impacto que había causado en mí esa frase, la misma que ya veía impactando en el becario miedoso, que dijo: De acuerdo, y se marchó con su invitado quién sabe si a buscar un hueco en otro estudio, quién sabe si a excusarse porque todavía faltaba media hora para poder entrar a grabar en el mío, yo me reía por dentro y pensaba. Ahora le estará ofreciendo un café y agua o una CocaCola, y más agua y otro café y otra CocaCola, lo que sea por hacer tiempo, pobre chico, todos hemos pasado por eso y todos hemos salido adelante.

Te equivocas de estudio, te equivocas de muerto. En definitiva, te equivocas de vida. Si no hubiese cometido el gran error de mi vida, ahora estaría haciendo mi programa de la tarde y no esperando a que Cristina dicte sentencia después de tomarse dos chocolates con nata.

A saber si la pobre chica todavía agoniza o ya ha muerto, me ha dicho con el primero. Me refiero a la hija de Ramón. Sería fácil buscarla, basta echar un vistazo a las esquelas de los diarios que vayan saliendo, pero no tengo ganas, no tengo ganas

de encontrar el nombre y la procedencia de la mujer que sedujo a Ramón, imagínate que la conozco, imagínate que tenemos alguna relación. Imagínate que hoy ha pasado una vez por delante de tus narices, pienso yo o, mejor dicho, que tú has pasado por delante de ella y no os habéis hecho ni caso, porque cuando íbamos siguiendo el ataúd de Ramón hacia la capilla nos hemos encontrado con Griselda y Marc, que debían de estar recogiendo sus pertenencias o pasando cuentas o lo que fuera para irse, del marido, ni rastro, pero de ellos dos, sí. He alzado un poco el gladiolo que llevaba en la mano y he musitado: Gracias, con una leve sonrisa a la madre y al hijo, una sonrisa minúscula a la que ambos han correspondido y he visto cómo Griselda esperaba con un poco de impaciencia a que pasara la comitiva, con un poco de impaciencia y ni una sola lágrima, solo impaciencia, nada más, y entonces he constatado con sorpresa que no lo sabía, no, no tenía ni idea de que aquel cuerpo que se llevaban protegido ahora con una tapa de madera sólida y opaca era el del padre de la joven que acababan de enterrar. Y he pensado: No habrá mirado los nombres de los otros, claro, lo más lógico es no ir mirando los nombres de los demás, qué burro eres, Sergi, cómo se te ha ocurrido algo así, qué importa como se llame el de al lado cuando se te acaba de morir la hija, te da igual cómo se llamen los muertos y los vivos que te rodean, cómo se me ha ocurrido pensar que Griselda lo sabría, pues no lo sé, pero es evidente que no lo sabe.

Ahora sí creo que solo lo sé yo y eso en cierto modo me hace responsable de algo muy personal, muy privado, muy delicado.

Ramón no contaba nada en la carta de todos los años que pasó solo en Londres, ha comentado Cristina sin prisas. No lo contaba porque no hacía falta, porque me lo ha ido contando no día a día, pero sí de vez en cuando, no me agobiaba demasiado porque sabía que yo no estaba bien, pero sí me contaba que se encontraba solo, que había tenido que someterse a tratamiento durante temporadas largas para seguir adelante. Cristina se ha detenido para llevarse una cucharada a la boca. Y yo he pensado: Dios mío, todos depresivos, qué familia.

A Ramón siempre le han gustado las mujeres. Me refiero a que cuando tenía ocasión salía con alguna, me lo contaba en los e-mails desde Londres, habíamos llegado a ser más que amigos, quizá hermanos, nunca nos hemos divorciado, en realidad legalmente seguimos casados, era una deferencia que nos teníamos uno al otro mientras no hiciera falta divorciarse porque apareciese una tercera persona. Una vez apareció una tercera persona, Ramón me dijo que le parecía que había encontrado a alguien diferente. Cristina se calla un momento antes de añadir: Y yo me alegré mucho.

Tú en realidad te pusiste celosa, he pensado al instante. Me doy cuenta de que, en unas horas, me he vuelto muy suspicaz, he pasado de no analizar nada a analizarlo todo, a intentar saber por qué las personas reaccionan de una manera u otra y por qué dicen blanco si quieren decir negro: Por un momento, mientras me explicaba su correspondencia con Ramón, Cristina me ha parecido débil y delicada, fácil de

romper como una copa de cristal, sutil como la princesa del guisante, quizá sea eso lo que se esconde detrás de esta mujer que parece un tornado de esos que lo devoran todo a su paso. Quizá todos los que parecen tornados en el fondo son delicados. Como Rosa. O como yo mismo.

No dirías nunca quién tengo a mi lado, Rosa ha vuelto a telefonar a la salida del tanatorio, otra vez y en otro tono, en un tono desenfadado, sorprendido, ya no estaba celosa, y yo he tenido que retirarme un momento y decirle por gestos a Cristina que me esperara, he ido al lavabo, no al de ayer, sino al de la planta de abajo para que se oyeran menos ruidos, menos gente. Pues no, no lo diría nunca, he contestado y, recordando mi gastroenteritis ficticia, he añadido: Pero date prisa, que no me encuentro bien y, si me entra el apuro, te dejaré con la palabra en la boca.

De acuerdo. Estoy con Dani.

El estómago me ha dado tal vuelco que casi se me sale por la boca. Cómo dices, qué Dani, no estaba seguro de haberla entendido bien, pero parece que sí, que la información era correcta. Sí, sí, Dani, el que habló contigo por la radio cuando erais adolescentes, Dani, si supieras cuánto ha cambiado alucinarías, parece salido de debajo de un puente, pero él dice que acaba de salir de la cárcel. Pásamelo, le he pedido. El mundo al revés. De dónde sales, Dani. Hey, colega, te llamé anoche y no contestaste, me ha dicho. No, claro, es que estoy enfermo. Me han dado un permiso, estaré tres días en la calle y he pensado, sabes qué, ve a ver a Sergi a la radio, a hacerle una visita, tío, qué pasa, y tú no estás pero me he encontrado con tu señora esposa. He oído una queja de Rosa muy cerca, no debe de querer separarse de Dani ni un instante, tendrá miedo de que le robe el teléfono. Dani continuaba, me refiero a Rosa, ja, ja, pensaba que era tu mujer, y por qué te pones enfermo precisamente hoy. Pues no sé, y no es mi mujer, pero Dani, avisa antes de venir. Ya lo hice, pero te digo que no contestabas. Lo he dejado correr y le he preguntado por Luis. Está bien, me ha anunciado, y luego ha hecho una bromita, ya sabes que mala hierba nunca muere, está bien, hasta es posible que lo cuente, sabes. Pero tenía sida y estaba muriéndose, ¿no?, no entiendo nada. Bah, eso dicen los médicos, ya sabes.

Imposible sacar nada en claro, a saber qué había de verdad en todo lo que me contaba Dani sobre Luis y qué de mentira, a veces me olvido de que es un mentiroso profesional, de que dice solo lo que su ama le ordena decir, la única que tiene derecho a poseerlo, la que vive dentro de su sangre y su cerebro, y nosotros, en aquel banco de la calle, venga a jugar con la droga como si de una bolsa de kikos se tratara, nos la pasábamos uno a otro, ay, suerte que no llegué a pincharme. Quizá Luis tenía la enfermedad controlada y Dani me contaba que estaba muriéndose para tener excusa para llamarme o quizá realmente agoniza y ahora Dani dice que no tiene nada, tendría que investigarlo y no vale la pena, podría descubrir que está la mar de vivo y no tiene nada y me llevaría un disgusto, porque yo lo que quiero es que desaparezca de mi vida de una vez por todas. Que desaparezcan los dos.

Sí, lo he dicho y lo he pensado. ¿Es lícito desear la muerte de los otros? Lícito sí,

y pecaminoso también, no nos engañemos. Pero el pensamiento es libre y no puede controlarse. También he llegado a desear la muerte de mis padres, he llegado a desear la muerte de todos los del barrio del río, de ese barrio que deja un rastro y un lacre para siempre en los que hemos pasado por él, en los que hemos vivido en él.

Yo me volví un poco como Ramón cuando me operé, me ha dicho Cristina. No sabes lo que se siente al salir de la clínica con pechos. Llegué a casa sintiéndome otra mujer, una que no había sido hasta ese momento, una mujer diferente, y mira que me encontraba mal, pero solo me dolía el cuerpo. En cambio, el alma se me curó para siempre.

Así pues, unas buenas tetas sanan el alma, cualquiera que la escuchase llegaría a esa deducción. Me sentí con fuerzas para salir a conquistar el mundo, continuaba ella, me compré ropa nueva, toda con escotazo. Me descubrí siendo el centro de atención del género masculino porque era de las pocas que todavía no tenían pareja y sí, en cambio, una buena figura. Descubrí que también era guapa, como si también me hubiese operado la cara, parecía que me lo hubiera operado todo y, sabes por qué, pues porque sonreía y, cuando sonreía, resultaba muy atractiva. Era Cenicienta, que se ponía el vestido de noche y cambiaba de arriba abajo. Y ya no necesitaba la compasión de nadie.

Cristina hablaba mirando la ventana que tengo detrás, con una sonrisa en los labios y una mirada iluminada y caliente. Y cuanto más hablaba, más me martirizaba, por la naturaleza misma de sus palabras y porque me entretenía y me entretenía y yo no sabía qué pasaría a partir de ahora, cuándo y cómo anunciaría al mundo entero que era un depravado que le había pellizcado los pezones hacía treinta años. Y, mientras, Jordi debe de estar realizando el magacín, esta mañana el jefe de programas me ha preguntado qué hacíamos, si Jordi o Mone. Jordi, he contestado de inmediato. Y ya sé que Rosa me había dicho que Mone lo haría mejor, y quizá tenga razón, pero yo no tenía ganas de que lo hiciera Mone, tenía ganas de que lo hiciera Jordi y por qué, pues por eso mismo, porque no lo hará tan bien como lo haría Mone. Y no corro el riesgo de que me quite el trabajo. Ahí, ahí, ese es el quid de la cuestión, y ahora caigo en que quizá por eso intento continuamente que Mone no se sienta segura. Pues sí, ahora que lo pienso, debe de ser por eso.

Pero ya se apañarán, las tardes de Raig FM han dejado de ser mías.

Paso a verte, colega. No, he saltado de inmediato, ni hablar, no me encuentro bien. Solo falta que ahora Dani se me presente en casa, ahora que no estoy, pero es que si estuviera en casa sería aún peor, no quiero que me encuentre, no quiero verle, no quiero historias sórdidas, me basta con la mía. Claro que, bien pensado, Dani podría cargar con una parte de la culpa de todo este asunto. Porque suya es también una parte de la culpa, nosotros dos éramos los ejecutores de las órdenes del líder, de Luis, o sea que los dos somos igual de culpables aunque Cristina solo me viera a mí y viera mis ojos claros y no los marrones de mi viejo amigo. Estoy a punto de decírselo, de contarle a Cristina que acaba de telefonarme otro de los tres que

estuvieron a punto de violarla, uno de los que la agarró fuerte, uno de los que la hizo sentir indefensa y a merced de la bestia de ojos claros bajo el cartel de Kodak, lo tengo en la punta de la lengua.

Callo a tiempo. Solo faltaría eso, Cristina montaría un espectáculo público con alguna clase de número nostálgico del pasado porque se la ve muy decidida a seguir adelante con su juego sádico y, si le doy pistas, las aprovechará. No, no vengas a verme, le he dicho a Dani, dime dónde estás y, cuando me encuentre mejor, ya iré yo. Es que me vuelvo al talego, tío. Vaya, lo siento, pues la próxima vez. Pero no sé cuándo será, mira, mañana me paso y... No, hostia, no, que me encuentre mal, Dani, pásame a Rosa. He sido un impertinente y un maleducado, le he cortado, lo sé, pero ya se le pasará, y de aquí a dos días volverá a ser el mismo y volverá a molestarme, a perseguirme, a no dejarme en paz, pero quizá cuando todo haya pasado y cuando sepa por qué he tenido que huir de la radio, la cosa cambiará y le dará miedo acercarse a mí por si le salpican los problemas. Ok, ok, tío, está bien, que no te he hecho nada, eh, está bien. Me he mordido un dedo para no contestar, porque él esperaba que lo hiciera, y a mí un sexto sentido me ha aconsejado que me contuviera. Y me ha pasado a Rosa.

Todo, o casi todo, acaba con soluciones lógicas, acaba donde debía acabar, y era inevitable que un día Rosa descubriera que aún me hablaba con Dani, ella siempre había sabido que yo hablaba con alguien por el móvil y, sobre todo, en los primeros tiempos, cuando me llamaba a la emisora, pero no había imaginado que fuera uno de aquellos dos que ella sacó de la nada infecta, del descampado de sus vidas, para hacerlos hablar por un micrófono y sorprender a un *target* de clase media-alta preocupado por la inmigración, la política, la cultura y el medio ambiente. Ahora, allí también se preocupan por el medio ambiente, como mi madre, que la pobre camina arrastrándose, a duras penas consigue poner un pie delante del otro, tiene una artritis que la ha paralizado bastante, pero ella continúa existiendo, que es lo importante, a pesar de no ser más que una sombra de la mujer que gritaba a mi padre. Y mi padre no es más que una sombra del maltratador que había sido, un día que fui a visitarlos, estaban unos amigos presentes y en un momento dado uno de ellos soltó: Ya no tienes fuerza ni para pegar a la mujer, eh, y todos se rieron, todos, mi madre también, y yo me quedé viendo visiones, porque yo ya soy de los otros, de los de aquí, de los de Sarrià, y me preocupa que se maltrate a mujeres a diario y que todos los días muera alguna por culpa de ello. En cambio, en el barrio del río, no se habla del tema o, si se habla, es de otro modo, se toma como una cosa cotidiana el chiste ese que dice: Cuando llegues a casa, pega a la mujer y ella sabrá por qué.

Sin embargo, al menos allí se habla abiertamente de estas cosas. Y aquí no, aquí la maltratada Griselda lo escondía, y también lo escondía el marido, aquí no queda bien ser maltratador, ni antes ni ahora, como tampoco queda bien ser maltratada, parece que no seas capaz de dominar una relación, de hacer que la persona que tienes al lado te respete, eso mismo debía de pensar Griselda y quizá detuvo la denuncia una

vez la hija salió del país y el marido del hogar, debió de pensar que es mejor que las cosas se arreglen por la vía natural, en silencio, en voz baja, este es el barrio de las apariencias donde todo el mundo parece contento, feliz, educado, con el pastel del domingo y el diario bajo el brazo y cuidando de que los niños no se lastimen. Donde todo el mundo se preocupa, sí, por el medio ambiente. Como allá abajo, como mi madre, que tiene cuatro cubos de basura diferentes para discriminar los residuos. Pero en Sarrià, por la calle, los papeles de los caramelos se tiran en la papelera y, en cambio, mi madre, cuando va por la calle tira cualquier papel que le sobre al suelo, ella ha hecho su selección en casa, ha contribuido a respetar el medio ambiente en la cocina. Pero qué haces, mamá, le dije la última vez, y recogí lo que acababa de tirar. Sí, hombre, solo faltaría que aquí tambiénuviésemos que andarnos con puñetas, respondió ella, que lo hagan los de la limpieza del ayuntamiento, que para eso les pagan.

A veces queríamos tirar trozos de nuestra vida a la papelera pública, al contenedor, y ver cómo los recogen y los aplastan con esas prensas que utilizan los basureros y que nos dejarían el pasado plano, sin relieve. Porque todo lo que tiramos forma parte de nuestro pasado. Claro que, a veces, nos equivocamos y tiramos lo que no tendríamos que tirar.

Ni se te ocurra decirle dónde vivo, he advertido precipitadamente a Rosa cuando se ha puesto al teléfono. No pensaba hacerlo, no sufras, vaya, creía que ya no te hablabas con estos. Pues sí, mira, hace muchos años que me persiguen y no me dejan en paz, siempre llama él. Ah, pues me parece muy bien, los amigos no se abandonan ni aunque estén en prisión. Hala, ya te la ha soltado, he pensado yo, Rosa tiene la facultad de decirme las cosas tal como son, sin vergüenza, sin cortarse, y de meter el dedo en la llaga cuando lo hace. Siempre me miente, he dicho para defenderme, me decía que Luis estaba muriéndose y ahora resulta que no se muere, Luis era el tercero, sabes de quién hablo, ¿verdad?, y me dan ganas de añadir, el que me mandó pellizcarle las tetas a Cristina. Se lo diría, pero no puedo hacerlo porque no puedo hablarle de Cristina ni puedo hablarle de lo que pasa, no, de momento no, ya lo haré cuando toque y ya veo que me vendrá con algo como: Tío, eres un desgraciado, suerte que me separé de ti, me das asco. Eso sí que me angustia, que Rosa me diga que le doy asco y que no quiere saber nada más de mí, no lo soportaré, será peor que verme marginado de la radio, de la televisión, de la vida pública, con titulares en todos los diarios que me tildarán de mediático violador, mis enemigos se me comerán vivo, todos lo que me sonrían en las fiestas y los vestíbulos del TNC y el Liceu, todos los que se mueren de ganas de robarme el liderazgo de la franja de tarde, que me dicen cosas agradables y que me preguntan por una familia que no tengo o no quiero tener, porque no se acuerdan nunca de que no tengo ni mujer ni hijos, pero ellos me preguntan por darme conversación y tenerme bien ubicado, porque toda la información extra que obtengas del contrario puede servirte para ganar la partida en un momento determinado. Todos esos se me comerán vivo, pero no será nada

comparado con el punto y final a mi relación con Rosa.

Cristina ha terminado de endulzarse el estómago y la vida, ha acabado de comer. Supongo que ahora me comunicará la sentencia, qué es lo que me merezco, de qué voy a morir. Pero, para mi sorpresa, en lugar de eso, se calla y mira al infinito. Y yo ya no puedo más:

—Me dirás qué piensas hacer, ¿no?

Me ha salido así. No sé si está bien dicho o no, no sé si tendría que haberlo hecho. Ella suspende la contemplación del infinito para mirarme con una expresión que me desconcierta. No sé si adivino en ella ironía o dureza, odio o desprecio. No sé qué veo en ella.

Y de pronto, se me ocurre una cosa. Por qué yo sí y el marido de Griselda no. Es decir, por qué yo tengo que pagar por unos pellizcos de cuando tenía dieciséis años y el marido de Griselda no paga por los malos tratos infligidos a su mujer durante buena parte de su vida adulta. Él, un abogado respetable, con plena conciencia y conocimiento de causa. Yo, un menor descarriado, sin educación e influido por todo lo que me decían mis amigos, en un momento de la vida en que lo más importante es lo que dicen los amigos y en un barrio de Barcelona donde la miseria y el abandono te llevan a invertir tu escala de valores. Por qué yo tengo que pagar y el abogado no. Abro la boca y formulo la pregunta en voz alta. Ella responde simplemente:

—Yo no soy Anna. Soy Cristina.

Claro, todas las historias se parecen, pero todos somos personas diferentes. También Ramón llevaba el mismo nombre que el otro Ramón y poco tenían que ver uno con otro. De hecho, los Ramones han intercambiado su importancia en mi vida, el que tenía más próximo ha pasado a ser un desconocido y el que pensaba que no conocía de nada ha pasado a ser uno de los personajes más importantes e influyentes de mi vida o de la vida de los otros a partir de la mía.

Siempre, siempre regresamos al mismo punto. Y ya me estoy exasperando.

Sabes cómo les fue ayer en el tanatorio, he preguntado a Rosa refiriéndome a Mone y Jordi. Bien, te excusaron, no puedo entender que te equivocaras, Sergi, eres un despistado. Mira, otros se equivocan de estudio, he replicado de mal humor. Cómo dices. Nada, el caso es que me excusaron, que es lo importante, pues gracias, creo que mañana iré a trabajar, pero hoy tengo que acabar de vaciar todo esto, tengo algo dentro que tengo que sacar, ya sabes. A Rosa se le ha escapado una risita: Te refieres a las tripas. Al alma, he pensado, tengo que vaciar todo lo que tengo en el alma. Bueno, pues ayuda a Jordi. Ok, me ha dicho cambiando de tono, tomando con profesionalidad las riendas del programa. Y la próxima vez, he empezado a decir, pero me he callado porque de pronto me ha dado vergüenza continuar. La próxima vez qué, me ha incitado ella. Pues que la próxima vez lo hará Mone, si te parece bien. La voz de Rosa, tras una larga pausa, ha sonado alegre, he notado que sonreía. Pues claro que me parece bien, Sergi. Ahora ya se lo hemos dicho a Jordi y ya sabes. Sí, ya ha hablado con el jefe de programas y todo eso, no pasa nada, lo hará bien, pero

Mone lo hará mejor la próxima vez.

De repente Cristina me habla:

—¿Sabes qué pasa, Sergi? Pues pasa una cosa muy curiosa y es que desde que he descargado en ti el peso que me ha oprimido todos estos años, me he quedado tranquila y, para mi sorpresa, he relativizado el problema, no consigo verle la gravedad que tenía hasta ayer, no consigo hacerlo tan importante. De hecho, me está dando vergüenza que hasta fecha de hoy haya significado lo que ha significado. Quizá me esté volviendo una frívola.

Yo no me vuelvo frívolo, sino frío. Acabo de quedarme sin respiración.

¿Todavía está contigo la mujer de antes?, me ha preguntado Rosa tímidamente. No, qué va, no, he contestado, se ha ido hace rato, era una vecina, nadie, ya sabes, pero mira, me ha dejado comida y así no he tenido que preocuparme del tema. Esta vez he sido yo el que ha adoptado un tono de profesional competente: Tú ocúpate de que el programa salga bien y quítate de encima al pesado de Dani. De acuerdo, me ha dicho ella con una risita, y me ha parecido que era feliz, que lo de Mone la había empujado a reconsiderar su actitud hacia mí y que encima la mujer que ella pensaba que estaba conmigo no era nadie, solo una vecina preocupada.

Mientras, Cristina me dice que lo relativiza todo.

A mí me pasa al revés, a mí me pasa que ahora me parece muy grave lo que he hecho durante mucho tiempo con Mone, con Ramón el informático, que ahora yace en otro tanatorio descansando de tantas humillaciones y malos tratos por parte de un tarambana como yo. Y también me parece muy grave no haber sido capaz de pararme a valorar ni un instante qué ha significado tener a Rosa a mi lado, más lejos o más cerca, durante tantos años. Me parece muy grande el peso en la conciencia que desde ayer se me ha metido en el cuerpo. Es el peso que tenía Cristina, el peso que me ha pasado para que lo cargue yo porque, al fin y al cabo, soy el que debe soportarlo.

Y, por si fuera poco, el peso de la culpa no es solo de una vida, sino de varias vidas cruzadas en torno a dos tragedias que provoqué con mi cerebro adolescente.

Finalmente reacciono:

—¿Cómo que estás volviéndote una frívola? Lo que hice fue muy grave, Cristina. Recuerda que te ha arruinado la vida.

Qué dices, Sergi, estás tirando piedras a tu propio tejado, estás diciéndole a Cristina que piense que para vengarse tiene que hacértela muy gorda, qué estás diciendo, Sergi, qué estás haciendo, por qué hablas así.

Cristina no contesta. En lugar de eso, se levanta y murmura que se va un momento al servicio, ahora es ella la que se sale por la tangente, como yo antes, como yo ayer, cuando necesitaba pensar, cuando necesitaba escaparme. La veo desaparecer unas mesas más allá y me viene a la cabeza el dibujo que conservo difuminado en la memoria, ahora que la he recuperado, de aquella caña de pescar que contemplábamos todos, nosotros y los hombres del bar, cuando se alejaba tímida, sola y asustada, realmente no tenía nada que ver, no caminaba así, no se movía así, no era sí, menudo

cambio, quién lo diría, es el cuento del patito feo, mira dónde está ella y mira dónde están los hombres del bar.

Y yo, por qué me preocupo tanto.

De pronto me acuerdo del papel de Marc. Ahora que estoy solo, lo saco del bolsillo, lo desdoblo.

No es una poesía, es un texto, un escrito.

Se me acelera el corazón, cuando veo tanta letra junta me da la impresión de que todavía no está todo dicho. Es evidente que Marc lo ha escrito deprisa en un rincón, a saber si en el lavabo donde nos encontramos ayer un par de veces o abajo, en el bar. Dice: Sergi, perdona que ayer te asaltara de aquella manera y te agobiara en la cafetería. Me pareció muy extraña la reacción de mi madre y de mi hermana cuando mi padre provocó aquel cataclismo en una cena de las fiestas de Navidad del año pasado. Todavía me pareció más extraño que mi madre le encontrara rápidamente una familia a mi hermana en Londres, de modo que investigué un poco y así supe que iba a casa de un hombre solo. Y ese hombre solo podía ser una persona.

Suspiro. Ay, mira por dónde, se deshace una vez más todo lo que no era sólido, las convicciones continúan no teniendo derecho a serlo, pierden su valor a la mínima de cambio, así pues Marc también sabía de qué iba el asunto. De ahí la mirada clara. Continúo leyendo, adiviné el nombre y la procedencia de ese hombre. Cuando mi hermana regresó, un día la seguí hasta el hotel donde él se hospedaba y conseguí verle la cara, que volví a verle al cabo de dos días cuando ella se moría. El hombre se escabulló fuera sin que lo viera mi madre, pero yo sí le vi marcharse. No entendí por qué no decía nada, por qué no venía con nosotros, no entendí por qué no aparecía hasta que ayer, antes de bajar a la cafetería con mi padre, antes de encontrarme contigo, me entretuve leyendo los nombres de los otros difuntos a la entrada del tanatorio. Puedes suponer que me llevé un buen susto cuando encontré el suyo. Y entonces leí que era médico y me imaginé el resto, no se atrevería a enfrentarse a mi madre, a decirle que no había sido capaz de salvar la vida ni de detectar una enfermedad tan grave en la hija de ambos. No dije nada ni lo diré, pero puedes imaginarte mi sorpresa. Deduje inmediatamente que se había suicidado. Y resulta que tú eres amigo de la viuda. Por eso te conté toda la historia, para ver si sabías algo y podías ayudarme a redondearla. Hablando contigo me di cuenta de que ayer no tenías ni la más remota idea. De la misma manera que esta mañana, cuando te he visto en el funeral, he comprendido que habías atado cabos, que ya lo sabías todo. No sé cuál era exactamente tu relación con él, pero quizá puedas contarme algo que yo no sepa. Al fin y al cabo se trata del hombre que quiso de verdad a mi madre, aunque cometiera un error tan grave como el que ha llevado a mi hermana a la tumba.

Firmaba, Marc.

Y yo que creía que había perdido para siempre la capacidad de sorprenderme. Mientras miro el número de teléfono móvil que ha anotado debajo pienso que, en el fondo, Marc no sabe demasiado en comparación con la magnitud de la tragedia, no se

imagina ni por asomo lo que pasó y quién es el origen de todo.

Doblo de prisa el papel porque vuelve Cristina. Pasan tantas cosas que no doy abasto a ordenar los golpes de efecto, uno al lado del otro, cada uno en su sitio, me dan ganas de decirles: Eh, un poco de orden, cada uno en su momento, por favor, tranquilidad, primero este golpe de efecto, después el otro, y tú espérate un poco que por hoy ya basta. Sí, me dan ganas de decirlo, pero no hay nada que hacer porque todos quieren ser los primeros, todos quieren aparecer a la vez, no entienden que así amontonados deslucen y pierden un poco porque al final, de tanta sorpresa, ya no te afecta igual lo que pasa. O sí que te afecta.

Cristina se sienta y habla:

—Quieres que te lo haga pagar, ya veo...

No sé qué contestar. Ella se calla un momento y suspira mientras coge el gladiolo y le da una vuelta para mirarlo por todos los lados. Después, vuelve a arrancarse:

—Fui a confesarme un par de veces por no permitir a Ramón que me tocara los pechos. No sabes qué dolor de conciencia. Y cuando el capellán me preguntaba por qué no le dejaba, yo le respondía que no tenía ganas y de ahí no salíamos. Allí en el barrio del río uno acababa confesándose por todo, era la manera de quitarse la culpa de encima.

—Yo me he confesado esta mañana —digo con un hilo de voz.

—Caramba... ¿Y te han dado la absolución?

—Pues claro que me la han dado. Los curas siempre dan la absolución.

—Tienes razón, los curas siempre dan la absolución. No como el resto de los humanos, no como los ofendidos...

Ha vuelto a quedarse quieta mirando el gladiolo. Después ha vuelto a dejarlo poco a poco y me doy cuenta de que está pensando. Finalmente, para mi sorpresa, mueve un poco los labios como si estuviera recordando algo o como si estuviera hablando con alguien inexistente, tose un poco y se levanta para coger el abrigo y marcharse. Me alarmino:

—¿Adónde vas? Todavía no has acabado... Dime qué pasará a partir de ahora...

Ella me mira fijamente. De hecho, me clava la mirada, se mueve toda menos la mirada.

—No pasará nada. A partir de mañana harás tu programa de radio y yo lo escucharé, como siempre, pero ahora sabré que eres tú. Hasta puede que algún día llame para participar...

—¿Y qué harás? ¿Me pondrás en evidencia delante de toda Cataluña?

—No, hombre, me refería a participar como una oyente normal. Ya lo he hecho alguna vez. Lo que pasa es que todavía no sabía nada de todo esto...

Coge el gladiolo y con un gesto me indica que se lo lleva. Se ha puesto el abrigo y se gira para marcharse. Adiós, me dice únicamente.

Adiós. La contemplo marcharse, el abrigo que lleva es marrón oscuro y deslucen su espectacular figura.

Me despierto de pronto, no puedo dejarla marchar sin más, me falta una cosa que necesito imperiosamente para continuar viviendo. Me lanzo hacia la puerta y oigo detrás de mí al camarero reclamando el pago de lo que acabamos de tomar. Le indico con un gesto que enseguida vuelvo, al fin y al cabo, lo he dejado todo dentro, he salido sin ni siquiera ponerme el jersey y hoy hace un frío que pela. Ahora daría media vida por la capa de toalla de mi infancia, aunque no sé si me serviría de algo.

Cuando estoy fuera la llamo y ella se gira y se para. Me acerco y me dice que tiene más frío solo de verme. Yo no le hago caso, tengo otra prioridad en mente. Jadeando por las prisas y los nervios, le digo sin ambages:

—Necesito que me perdones.

Ahora soy yo quien le clava la mirada y por primera vez en estos dos días negros veo que no lo tiene claro, vuelve un poco la inseguridad de la caña de pescar que se dobla cuando se le engancha un pez grande en la punta. Por un instante desvía un poco los ojos, pero solo por un instante. Después, me dirige una mirada algo más blanda. Extiende el brazo y me da el gladiolo.

—Ten —me dice—. No soy yo quien debe perdonarte.

Miro el gladiolo y pienso que quizá Cristina sabe más de lo que yo creo que sabe, más de lo que me ha dicho hasta ahora. Me habla de otra persona que tiene que perdonarme y no sé a quién se refiere. Quizá a Ramón, a Griselda o a Marc, a las dos familias enteras. Realmente no sé a quién se refiere.

—No te entiendo —murmuro.

Y entonces ella hace un gesto sorprendente. Sin avisar, se acerca y me besa en la mejilla, me da un beso de los de verdad, de los blandos y dulces, de los que se hacen notar y solo saben dar los niños mientras son pequeños, de los que, al crecer, nadie te da, ni los amigos, ni los amantes, ni siquiera tu madre, de los que te llegan al corazón, Dios, me da un beso que me hace saltar las lágrimas sin que pueda hacer nada por evitarlo. Ella se sorprende:

—¿Nunca te han dado un beso?

No contesto porque no puedo. Bastante me cuesta tragar saliva muy deprisa. Para acabar de rematarlo, me mira y me dice:

—Tengo que darte las gracias. Me has hecho un gran regalo: me has librado del peso que llevaba dentro desde los quince años. Desde ayer he encontrado una paz que creía que nunca obtendría.

Insisto:

—Sí, sí, pero... ¿me has perdonado? ¿Quién tiene que perdonarme? ¿A quién más debo pedir perdón? No te vayas, por favor...

Soy otro. No sé qué hago secándome un par de lágrimas en plena calle, suplicándole a una mujer que no se vaya, que me perdone, que se explique, si no lo he hecho nunca con nadie y menos aún con una mujer. No lo he hecho ni siquiera con Rosa.

Ella, al final, lo suelta cuando ya se ha alejado unos metros.

—Yo ya te he perdonado, Sergi. Es muy desagradable vivir sin perdonar y, al fin y al cabo, ahora eres otra persona... desde ayer eres otra persona. Y yo también. Los dos hemos salido ganando ¿ves? Pero a ti te falta una cosa... te falta perdonarte a ti mismo. Y eso ya es más difícil... Espero de verdad que lo consigas...

Me lanza una última mirada entre comprensiva y compasiva y se va definitivamente. La veo desaparecer con el abrigo que por la parte de abajo le barquea un poco, se mueve para un lado y para otro, al ritmo de sus pasos decididos sobre un tacón más ancho que el de ayer, porque hoy Cristina parece realmente una viuda, se ha disfrazado de funeral, va oscura y discreta a pesar, eso sí, del escote, que de todos modos debe de acompañarla siempre, haga lo que haga, porque después de lo que ha pasado todos estos años, si yo fuese ella, también me lo pondría siempre.

Oigo una música lejana. Miro hacia allí, hacia el tanatorio, y veo que fuera hay un violinista que debe de estar afinando o ensayando una misa de réquiem, un valle del río rojo o una melodía de Simon & Garfunkel o de Bob Dylan, la música aporta paz a los vivos y envuelve a los muertos con un perfume sonoro que los humaniza un poco, pediré que toquen música cuando me muera para tranquilizar a los vivos, si es que hay alguno, de los de verdad, digo, de los que me quieran y no de los que se sientan obligados a asistir porque soy una persona conocida. De pronto me recorre un escalofrío. ¿Habrá alguno de los de verdad? ¿Me quiere alguien?, me pregunto de pronto. Rosa debe de quererme, me digo esperanzado. Y mis padres. Y Toni en cierta manera, aunque sea solo por lazos de sangre. Y no sé si alguien más. No me atrevo ni a pensarlo.

Un escalofrío y otro y otro más. Lo que pasa es que estoy temblando porque la temperatura es gélida, uno de los días más fríos del año, creo recordar que avisaron los del tiempo hace ya unos días, aunque yo ya no sé ni el año ni el día en el que estamos. Pero al menos hoy el cielo de Barcelona está limpio, es uno de los pocos días en que el viento del norte, seco, se lleva toda la humedad del aire normalmente turbio de la ciudad.

Me abrazo a mí mismo, me rodeo con brazos y manos, y vuelvo con pasos decididos a la cafetería donde me espera el camarero desconfiado. Mientras recojo mis cosas y pago me doy cuenta de que tengo la mente en blanco, que no sé si estoy tranquilo o intranquilo. Ahora sé que nadie me impedirá seguir con mi vida, que podré continuar siendo Sergi, el líder de las tardes de Raig FM. Por otro lado, sospecho que Cristina sabía de qué hablaba cuando me decía que me costará perdonarme a mí mismo. Porque ahora sé que soy culpable. No es que hasta ahora no lo fuera, es que hasta ahora no lo sabía. Se me había borrado de la memoria un hecho crucial y a saber si es el único, a saber si hay más como ese a los que no he dado importancia y resulta que han tenido tanta que han cambiado el curso de la vida de una o varias personas. A saber si he cambiado, por ejemplo, el curso de la vida de Mone a fuerza de humillarla. O si fue por culpa mía por lo que el otro Ramón, el informático, al que también deben de haber incinerado y enterrado hoy en otro punto

de Barcelona, ingirió alcohol en exceso hace un par de noches. O si he acabado por largo tiempo con la confianza en sí mismo del becario que se atrevía a entrevistar por primera vez a un invitado y al que hice dar media vuelta con un tajante: Te equivocas de estudio.

Vale más que no lo sepa nunca con seguridad porque debe de ser muy difícil continuar viviendo tranquilamente con un peso tan grande sobre la conciencia.

Claro que yo también me equivoqué de estudio, a mí un día me dijeron lo mismo. Todos somos inocentes y todos somos culpables, todo depende desde dónde se mire la culpa. Desde un lado es como una gran sombra que te cae encima. Desde otro, una proyección como una flecha que apunta directamente a alguien que no somos nosotros. Basta un toquecito, un empujoncito sutil para decantarlo de un lado o del otro, hacia una persona, como ha hecho Cristina conmigo, o hacia una situación, como Dani y Luis, que piden a la sociedad que les imponga un castigo que los ayude a soportarla. A mí, Cristina no ha querido ayudarme, se ha lavado las manos y se ha ido con la conciencia la mar de limpia. Incluso me ha devuelto el gladiolo que ahora llevo en la mano derecha, como si tuviera miedo de que un día se lo reclamara. Y solo me ha dejado, eso sí, un beso caliente, que para ella debía de significar poquísimos y que para mí ha sido una bolita de algodón que ha secado con delicadeza un poco de la sangre de esta herida reciente.

Me detengo un momento delante de una papelera y, sin miramientos, tiro el gladiolo. Saco del bolsillo el papel de Marc, lo rompo y también lo tiro. Gracias, Marc, pero no quiero saber nada más de todo este asunto, si hablase contigo tendría que hablar de más, tendría que contar lo que no hace falta que cuente, no hace falta hablarlo más, el ciclo se ha cerrado, ha pasado la muerte y ha hecho limpieza, se ha llevado lo que quedaba por liquidar. Confío en que el chico lloroso no venga a buscarme, que haga como Dani, que no deja de ser un poco del pasado empeñado en infiltrarse en el futuro. Cada cosa en su sitio y en su momento. O quizá también tenía que cerrarse un ciclo con el encuentro entre Dani y Rosa, que hace tantos años le dejó decir unos cuantos disparates por el micrófono de la radio más escuchada del país.

En realidad todo había empezado unos años antes. El año del nacimiento de la culpa que ahora mismo me llevo a casa, que seguramente llevaré encima mientras viva, a menos que encuentre la manera de pasársela a otro. A alguien que un día se equivoque de muerto.

Cantonigròs, junio de 2008



BLANCA BUSQUETS I OLIU (Barcelona, 20 de marzo de 1961) es una escritora, filóloga y periodista catalana. Nacida en Barcelona, y muy arraigada a Cantonigròs, enseguida fue a vivir a Pamplona donde su padre trabajaba y donde estuvo hasta el año 1972. En Pamplona estudió en una escuela francesa y aprendió a leer y a escribir en francés primero y en castellano después, a la vez que leía música. Después volvieron a Cataluña y se instalaron en Barcelona donde continuó los estudios musicales. Formó parte de varios coros y tocó durante diez años en lo Orquesta Juventud Percusionista de Cataluña.

Como periodista, trabaja desde 1986 en las emisoras de Catalunya Ràdio donde ha realizado varios programas. También ha trabajado de redactora en Televisió de Catalunya durante siete años. Escribe artículos para el digital Osona.com y es autora de cabecera de la biblioteca de Lliçà de Vall.

Ha publicado varias novelas: *Presó de neu* (2003), *El jersei* (2006), *Tren a Puigcerdà* (2007), *A saber dónde está el cielo* (2009), *La nevada del cuco* (2010), *La casa del silencio* (2013) y *Palabras a medias* (2014), *Jardí a l'obaga* (2016) y *La fugitiva* (2017). Sus libros han sido traducidos al español, el italiano, el alemán, el polaco, el ruso, el noruego, el francés y el inglés.

Ha ganado el premio Llibreter 2011 por *La nevada del cucut*, y el premio Alghero Donna de literatura y periodismo 2015 por la traducción al italiano de *La casa del silencio*.